María Elena Morán

Los Continentes del Adentro

ménades actuales

ebook novela

María Elena Morán

Los Continentes del Adentro

ménades actuales

ebook novela

los

CONTINENTES

del

ADENTRo

María Elena Morán

actuales

Los Continentes del Adentro

Primera edición, 2021

Del original portugués Os Continentes de Dentro,

Porto Alegre 2021, © Editora Zouk.

© María Elena Morán

Diseño de portada:

© Sandra Delgado

Fotografía de portada:

© Rafael Trindade

Diseño del mapa:

© Maria Williane

© Editorial Ménades, 2021

www.menadeseditorial.com

ISBN: 978-84-123354-8-4

ménades
EDITORIAL

en colaboración con

AMEIS Asociación de Mujeres Escritoras e Ilustradoras

Agradecimientos

En la historia de este libro caben varias décadas, países, lenguas, árboles genealógicos, áreas de conocimiento, incontables personas. Tengo, por lo tanto, una deuda vital tan grande que no logra ser rastreada, mucho menos nombrada; una deuda circular, que solo puedo pagar escribiendo páginas-homenajes que la multiplican.

Pero hubo también ofrendas cercanas, como la de mi papá, Rodolfo Morán, sonrisa rodeada de hombre, a quien le agradezco por enseñarme a amar la vida y los libros, y por escribir Dulce Naufragio, regalándome, sin saber, la idea de esta novela. Sé que me estás leyendo desde el Adentro.

A Marisela Atencio y Oriana Morán, mis mujeres, les soy grata hoy y siempre por ser, además de mi madre y mi hermana, lectoras atentas, universos y diálogos posibles.

A Los Atencio y a La Moranera, dejo aquí mi reverencia; ustedes son mi fuente inagotable de motivos.

Tengo una deuda grande con mi profesor y amigo, Luiz Antonio de Assis Brasil, por el incentivo y por la generosidad de acompañar la creación de esta novela de inicio a fin.

Agradezco los apuntamientos imprescindibles de Ciro Nogueira, Marianela Díaz Cardoso, Maria Eunice Moreira y Byron Vélez, primeros lectores de esta novela, junto con Julia Dantas.

Infinitas gracias a Taiane Santi Martins, Ángela Cuartas, Arthur Telló y Davi Boaventura, por las conversas sobre el libro en nuestra asamblea literaria particular. A mis amigos de siempre, Jesús Salvador Millán, Neomar Semprún y Ana Lourdes Colina, por apoyar mi trabajo de las más diversas y amorosas maneras.

Toda mi gratitud y admiración para las Ménades, por creer en mí y en mis Continentes.

Cierro esta lista de deudas con la mayor de todas, la que tengo con Rafael Trindade, mi amor, por el apoyo incesante, el diálogo sincero y el encaje siempre fascinante de su abrazo, que hizo este recorrido infinitamente más leve y feliz. Por eso, y por todo lo que no cabe en este texto condenado a la insuficiencia, gracias, mi amor. Hicimos este libro juntos.

Los Continentes del Adentro

Para mi papá

explicar con palabras de este mundo

que partió de mí un barco llevándome.

Alejandra Pizarnik

1.

De aquel episodio maldito yo recordaba retazos, fragmentos sueltos que mi familia supo completar con miedo. Dijeron que Ella intentó matarme y no admitieron atenuantes. La extirparon de nuestra vida y quedó decidido que yo debía odiarla. Entre el silencio y los años, lograron este olvido cruel y conveniente, más cómodo que el odio.

—Ella tenía tu edad cuando empezó a volverse loca —dijo mi madre, cuando le conté que buscaría a mi abuela Aída.

Y como Ella no se mencionaba, no se recordaba, no se invocaba, Ella sonó a bofetada. Pues Ella era escombro y de escombros nadie hablaba porque hablar de ellos hacía que un cierto olor a naftalina, cucaracha o alcanfor impregnara todo lo que aún sobrevivía y con esos olores nadie aguantaba existir. Por eso Ella debía continuar silente en el cadalso al que la mandamos, a pesar del descubrimiento de esos papeles pretéritos, súbitamente futuros, que ahora yo tenía en las manos.

Mi día había comenzado en la casa del abuelo Ignacio, que estaba mudándose para un apartamento más moderno y más fácil de mantener. Fui allí con una maleta, dispuesta a llevarme apenas lo que cupiera en ella, y salí con el peso de un aniquilamiento. Abuelo quería deshacerse de la insana cantidad de muebles y chécheres acumulados. Por chécheres, léase: libros. Aquellos que en una era previa a la tragedia fueron el tesoro de la casa, habían sido inútiles durante todos esos años y ahora la verdad era que estorbaban. Por fin, el abuelo asumía el carácter decorativo de las centenas de títulos que cubrían las paredes de la sala desde que Ella no estaba para leerlos.

A mi madre le daba igual lo que él hiciera con los libros, se había ofrecido para donarlos a alguna biblioteca local, pero antes tuvo la

inusitada delicadeza de dejarme escoger los que yo quería para mí. Ella y yo sabíamos, aunque ninguna lo dijera, que esos libros eran el último rastro de la presencia de Ella en nuestras vidas.

Como yo estaba viviendo en un apartamento compartido desde que me separé de Franco, no quería llevarme muchas cosas, pues acabarían atiborrándome el cuartico que había alquilado. Los doce tomos de la Enciclopedia Salvat quedaron de inmediato excluidos de mi selección. Los bajé por grupos, les sacudí un poco el polvo y los metí en una de las cajas para donaciones. El peso del último trío de tomos me sorprendió; mis músculos estaban preparados para levantar el mismo peso que ya habían levantado otras tres veces, pero se quedaron con las ganas. La levedad inesperada, sumada al impulso innecesario que mis brazos prepararon, me desequilibró. Libros, silla y yo acabamos en el piso.

Libros caídos, abiertos, desnudos. Libros preñados de hojas ajenas. Mutilados con sumo cuidado, cada uno de los volúmenes conservaba el borde de todas las hojas intacto, pero el cuadrado central había sido removido, haciendo de cada obra un cofre y de cada cofre un lamento textual de la innombrable que, dieciséis años después, se atrevía a convocarme.

Diccionario Enciclopédico Salvat

Varios autores, 1972

Hojas en libro cofre

17/09/1981

Todo lo que sabes del mundo es mentira y te lo voy a probar. Mi secreto es secreto de Estado. El doctor Urbino quiere que le cuente por escrito lo que no le digo en las consultas. Pero mi secreto es secreto de Continentes. Los habitantes de los Continentes del Afuera no sabrían lidiar con lo que yo sé. El doctor Urbino no es estúpido.

Si él quiere saber es porque quiere evitar que mi misión tenga éxito. Pero en caso de que eso ocurra, lo cual es muy probable, será mejor dejarle orientaciones a mi Sirena. Doctor Urbino, contaré por escrito lo que no cuento en las consultas, pero usted nunca sabrá leerme. Hoy le parezco una persona incompetente para la vida. Si usted supiera, si supieran todos, que mis capacidades son gigantes y no paran de crecer. Doctor Urbino, usted hace bien su trabajo. Por eso, usted nunca conocerá mi caligrafía.

Sofía, mi Sirena, estas páginas que él quiere para sí, son solo tuyas. Hablan de ti y de mí, pero son tuyas. Para que, si yo fracaso, sepas cómo llegar a casa. Yo soy tu Centinela de Mar. Ha sido una tarea ingrata y tengo miedo de lo que puedan hacer conmigo, pero, sobre todo, temo lo que puedan hacer contigo. Como sé que es difícil de entender, voy a empezar por el comienzo. Por aquel día en que dejé de ser Aída, la señora de Montiel, y volví a ser Aída Rojo, comisionada para grandes hechos y mujer con derecho a su alegría completa. A.

17/09/1981

Era una noche caliente a pesar de ser invierno. Un viaje a Argentina y Brasil que debía ser lindo. Pero no lo era. Estábamos ahí solo para que se me olvidara lo de mis cuadros. Lo de la fogata que tu abuelo hizo con mis cuadros cuando Anselmo dijo que había una galería interesada en ellos. Íbamos de la mano, pero yo iba sola. Mi marido, el navegante. Su mujer, pintora de la puerta para adentro. Pasamos días caminando por las playas, conociendo Florianópolis. Y a mí a veces se me olvidaba la fogata. Ignacio es Ignacio, para lo bueno y para lo malo. Ignacio es un cobarde. Paseamos en barco al atardecer. Ignacio no me pidió perdón. Pero yo lo miraba y ahí estaba mi Ignacio. Él cree que tiene razón, pero se arrepiente de la fogata. Todo en silencio. Callada, le dije que la vida seguía y que él era mi Ignacio. Volvimos al hotel y entonces comenzó todo. Yo pregunté si en Florianópolis había metro e Ignacio dijo que no. Entonces qué será ese murmullo. A.

17/09/1981

Veníamos de conocer Buenos Aires, de revisitar Montevideo, de amar Porto Alegre. Hacía dos días que estábamos en Floripa, como los brasileños llaman a Florianópolis. Era temporada baja. Mejor, porque no nos gustan las multitudes. Sin embargo, un gentío ya debía saber que hacía calor en ese sábado de invierno en Santa Catarina. Ya se escuchaba. Ignacio decía que no se escuchaba nada, que la playa era solo nuestra. Que no, que ya están cerca, vienen como de allá. Que no viene nadie de allá ni de ningún lugar y que en el horizonte no hay ni un barquito pesquero. Entonces qué será ese murmullo que viene de abajo. A.

17/09/1981

Nos fuimos para Curitiba antes de lo planeado porque no me gustaron los sonidos de Floripa. Ignacio dijo que eso pasaba porque yo nunca había estado en una isla y no estaba acostumbrada a estar rodeada del arrullo del mar desde todos los puntos cardinales. Si Ignacio lo decía, debía ser verdad. Concordar y sonreír. Concordar, sonreír y no joder. Tres consejos de mi madre. Curitiba, qué ciudad bonita, Aída, mira qué moderna, mira qué buen gusto. Y yo, que solo quería decir escucha la multitud, escucha cómo habla la gente de abajo, concordé, sonreí y no jodí. Pero si en Curitiba no hay metro ni hay agua en todos los puntos cardinales, entonces qué será ese murmullo que viene de abajo, como del propio centro de la tierra. Exijo silencio. Yo soy Aída Rojo. Mujer de Ignacio, el navegante. Madre de una hija que dejó de necesitarme rápido de más. Ama de casa impecable. Pintora incendiada. Yo soy Aída Rojo y exijo silencio. Yo soy Aída Rojo y bajo ningún concepto puedo volverme loca. A.

18/09/1981

Cuando desperté Ignacio ya no estaba en la cama. No estaba tampoco en el desayuno. Recordé que dijo algo sobre ir a pescar. Me senté en una de las bancas del jardín del hotel. Un espectáculo

de verdes. A mi alrededor, una extensión enorme de grama podada, tan uniforme que parecía artificial. Una variedad impresionante de plantas que ya empezaban a florecer, confundidas con ese invierno caluroso. Me olvidé de Ignacio, quería apenas quedarme ahí y que el sol me terminara de despertar. Yo soy Aída Rojo y no debo escuchar lo que estoy escuchando. Qué boba, son huéspedes y funcionarios en el desayuno. No, no son. Son mis oídos. No son tus oídos. Algo les pasa a mis oídos, que me están jugando una broma pesada. No son tus oídos, Aída. No tengas miedo, solo escúchame. Yo soy Aída Rojo y no tengo derecho a volverme loca. Pronto vas a entender todo y vas a sentir tu alegría completa. Yo soy Aída Rojo. Eres Aída Rojo y, aunque el mundo diga lo contrario, tienes derecho a tu alegría completa. Tengo derecho a mi alegría completa. Hasta que al fin nos entendemos, Aída.

Ino es el nombre de ella, la voz que me habla desde ese momento. Ella dice que esto que he estado experimentando se llama «escucha activa». Es un talento que escasas personas poseen y que todas envidian. La mediocridad funciona así. Ellos están al tanto de que tu percepción es mucho más fértil que las piscinas de pelotas en las que ellos arrastran sus pensamientos. Tu marido, por ejemplo, dice que te ama, pero te anestesia la inteligencia desde hace años. Ignacio me ama, me entiende y casi siempre me ha estimulado. Tu marido te ama, es un buen Vigía de Tierra y hace su trabajo tan bien que ni tú ni él lo perciben. A.

18/09/1981

Dos semanas atrás, yo era una artesana, un ama de casa con pasatiempo, una pintora aficionada a pesar de todos mis empeños. A pesar de los cursos. A pesar de la práctica cada vez más intensa. Después de la quema de mis cuadros, fui volviéndome artista, importante. Fui prohibida de tan peligrosa. Fui insoportablemente buena. Tanto, que tu marido teme que te le pierdas en giras por Europa. Por Europa o por los pantalones de los grandes pintores del mundo, que bajarán sus pinceles ante tu genialidad. Ino concuerda conmigo y ahora sentimos juntas lástima de Ignacio. Pero Ino no se conforma con que yo deje a Ignacio ser lo que él es. Ino tiene prisa por hacerme revelaciones y para eso exigió que volviéramos a casa,

entonces fastidié hasta que Ignacio adelantó el viaje. Después sigo, que viene gente. A.

18/09/1981

En el vuelo desde São Paulo hasta Caracas le dije a Ignacio que no me hablara, que quería dormir. Ignacio creyó que aún era por la fogata y, hasta cierto punto, tenía razón. Pero era, sobre todo, para escuchar lo que Ino me decía. Mi escucha activa no daba tregua. Estaba aterrada pero maravillada, como si mi vida estuviera bajo una lupa, ya no para examen, sino para reparación. Soy Aída Rojo, mujer bienaventurada y talentosa, escogida por autoridades del Mundo Inicial. Soy Aída Rojo y, apenas ahora, soy capaz de Ver.

Llegamos a casa y allí estabas tú con Taís esperando ansiosa. Me esperabas incluso con un regalo, un pequeño lienzo que pintaste para mí en el kinder. Tu madre me explicó los cambios que había hecho en mi casa, sin mi permiso, como si fueran una gracia. Y mientras tanto, todo lo que Ino dice tiene sentido, ella tiene acceso a cosas de mí que yo no sabía y todavía no sé encontrar. Yo estoy todavía un poco anestesiada. A ti también te costará al principio. El primer paso es aprender a entender no solo con la cabeza, sino también con la piel, que está llena de millones de receptores espíritu conceptuales.

La noticia que no me esperaba es que Ignacio es nuestro enemigo. Taís también. Y también tu padre. Pero yo quiero confiar en los treinta y cinco años de matrimonio con Ignacio, que me subió las maletas y, si lo dejase, era capaz hasta de arreglarme la ropa. Aún la fogata y sus infinitas consecuencias. Yo quiero seguir casada con él. Quiero ser alegre, completa o no, pero con él. Ino no está de acuerdo, dice que mi destino es otro. A.

23/09/1981

Ahí estás tú, corriendo alrededor de mi falda, poniéndote mi chal como vestido, e Ino me explica que eres una criatura de otros

mundos, no hay quien te vea y sea capaz de negarlo. Ino dice que tú, Sofía, eres una Sirena. Que yo tengo la misión de llevarte de vuelta al Adentro y que nadie más es capaz de entender esto que nos une.

Tú y yo sabemos, desde siempre, que es verdad, que tú eres otra cosa, que tú eres mayor que estas minucias, que tú estás hecha para otros rumbos. Ino lo único que ha hecho es ponerle nombre a tu majestad. A.

2.

Visitar a mi madre duele.

—¿Vas a querer el tuyo con mayonesa?

—No, yo no tengo hambre.

—Tú te lo pierdes.

Soy una ex habitante vilipendiada de ese lugar. Fue violada aquella ley no escrita que otorga a una ciudadana el derecho a sentir que la casa en la que vivió toda la vida es aquel lugar seguro al que uno no necesita ponerle pronombres posesivos porque decir apenas «voy a casa» o «estoy en casa» es suficiente. Yo creía que esa casa era nuestra, pero la verdad es que siempre fue suya. Por eso ahora sentía que mamá me agredía amparada y hasta azuzada por aquel espacio. Todo en la casa era una acusación, empezando por una madre que no lograba mirarme a los ojos. Vergüenza del nosotras que no somos.

—Mamá, por favor.

Mi madre se movía por la cocina, de la nevera a la mesa y de la mesa a la nevera, buscando primero el queso, después el salami, después la mayonesa.

—La metieron en el San Simeón, ¿verdad?

Doña Taís, siempre dueña de una elegancia envidiable, atacaba el sándwich con mordiscos mayores que su propia boca.

—¿Quieres un quesito? ¿Aceitunas? —preguntó, cubriéndose la boca con una servilleta.

—Mamá, por favor. Responde.

Después de masticar mucho y muy rápido, logró tragar el gran bolo que tenía en la boca. Sirvió un vaso de agua, se lo bebió de un tiro y lo puso con violencia sobre el gabinete, esperando que el estruendo del vidrio contra la piedra hiciera su trabajo apabullante.

—Me visitas una vez por cuaresma y, cuando vienes, me sales con esto.

Arrugó la servilleta hasta volverla una bolita apretada de cólera con mostaza.

—Ya fui al Clínico y al Álvarez y ella nunca estuvo ahí. Tiene que ser en el San Simeón.

Guardó las cosas de vuelta en la nevera y se refugió en el lavaplatos que, con su ventana al frente, ofrecía un repertorio de imágenes en las cuales fijarse como alternativa a esta idiota que exigía, con arrogancia adolescente y sin derecho alguno —ahora lo sé— respuestas.

—¿Qué quieres con todo esto, Sofía?

—No sé. Pero voy a buscarla.

—Esa mujer no existe. No existió los últimos dieciséis años y no va a empezar a existir ahora.

—¿Está en la Isla de Salos o no?

Terminó de lavar el único plato sucio y comenzó a subir las escaleras, dejándome ahí, sola, en mitad de aquella cocina amenazante. Antes de trancarse con un portazo en el cuarto, una

última indecencia:

—¿Hace cuánto que no ves a la doctora Sandra? Ponte atenta, Sofía. Todo esto que estás haciendo no es normal.

Para mi madre, cualquier discusión podía y sería explicada a través de la diabólica, omnipresente y genética tendencia familiar a la turbulencia psíquica. La doctora Sandra, psiquiatra y no médico general, era nuestra médica de cabecera, aquella cuyo teléfono uno pone entre los números de emergencia pegados con un imán en la puerta de la nevera. Ella veía en mi madre una potencia hipocondríaca que salía de la consulta y se volvía estudio de caso y proyecto de especialización y línea de investigación médica en psiquiatría. Una potencia no llamada locura sino miedo a perder la cabeza, que aprendí a ejercer al mismo tiempo que aprendí a leer y escribir y hacer operaciones matemáticas básicas. Bajo esa luz turbia aprendimos a evaluar nuestras humanidades, bajo esa luz mi padre se fue de la casa para nunca más volver, bajo esa luz ofrezco para donación una madre incapaz de vínculos y me declaro huérfana por vocación.

—Ella tenía tu edad cuando empezó a volverse loca.

Y entonces fui yo la que dio el portazo y dejó la casa temblando. Hacía tiempo que la hostilidad era recíproca.

Relato de un náufrago que estuvo diez días A la deriva en una balsa sin comer ni beber,

que fue proclamado héroe de la patria,

besado por las reinas de la belleza

y hecho rico por la publicidad, y luego

aborrecido por el gobierno

y olvidado para siempre

Gabriel García Márquez, 1970

Libro pequeño cuya totalidad de páginas

fue substituida por hojas escritas a mano

30/11/1981

Ino vino conmigo a hablar con el doctor Urbino y ella me escogió, una a una, las palabras que debía decirle. Fue en ese momento que confirmé mi sospecha de que, entre muchas otras habilidades, los Agentes de Transición de hecho tienen acceso ilimitado a nuestro archivo mental, tanto al procesado como al oculto. Bloqueamos todo lo que tenía que ver con la Sirena, ya había sido bastante catastrófico el haberle contado a Ignacio y no podíamos seguir poniendo en peligro el plan. A.

24/12/1981

Nos encerraron tres semanas. O cuatro, ya ni sé. Nos durmieron. Nos bañaron. Nos dieron de comer. Nos volvieron a dormir. Me quisieron obligar a estar sola. Pero Ino es más fiel que tú, Ignacio,

más fiel que tú, Taís, que tienes el descaro de traer a la niña a este cementerio de vivos y la impudicia de asustarte. Ino es tan fiel como Sofía, que lo único que hizo fue llorar cuando vio el gesto sonso en el que convirtieron mi sonrisa. Feliz Navidad. Y que Dios los perdone. A.

08/01/1982

El doctor Urbino es un humano común. Tan común que da vergüenza ajena. Ahora lo visito una vez por semana y él insiste en que escriba y yo le digo que lo pensaré, mientras me duelen los dedos de escribirte varias páginas por día, Sofita, para que, caso falle el plan A, tengas por lo menos la opción de llegar allá por tus propios medios. Eso, si es que logras superar la anestesia creciente a la que te someterán. A.

3.

Frente al diálogo imposible con mi madre, Franco siempre había sido el mejor de los mediadores. Hacía meses que no hablábamos y esa noche lo extrañé, reconozco que de una forma bastante utilitaria. Habíamos quedado en que continuaríamos en contacto; al final, después de cinco años de relación y con mis escasos dotes para socializar, él se había convertido en mi mejor amigo, por no decir el único. Pero en Londres ya era tarde y yo había perdido el privilegio de ser atendida en el teléfono a cualquier hora, después de hacerle lo que le hice.

Nos conocimos en la clase de francés. Yo tenía diecinueve y estaba a mitad de la carrera de periodismo, sin grandes méritos, pero con mucho amor por la profesión, que había comenzado a ejercer un tiempo atrás, como radioaficionada. Él no llegaba a los treinta y ya daba clases en el posgrado de Ecología, del que era el egresado más prometedor. Poco a poco fue soltando detalles de su vida familiar y

yo entendí que toda esa prodigalidad profesional había servido como relleno para ciertos vacíos dolorosos —de estómago y de parentesco— y era intocable. Me costó seguir su ritmo. Me costó, sobre todo, aceptar gustar de un hombre que mi madre aprobaba. Ella me controlaba y el hecho de que a ella le gustara Franco era lo mismo que decir que Franco servía a los efectos de ese control. Sin embargo, lo único mayor que mis ganas de desafiarla era la anemia emocional a la que ella misma me condujo. Él supo ser una oferta de amor que avanzó igual a como comenzó: arregladita y discreta, tan despojada de esfuerzos y dramas excesivos, que me entregué a la inercia de ser en dos aun sabiendo que yo solo lograba ser una, y a duras penas.

Juro que no quería que las cosas con él terminaran así. Arrastrábamos el ser novios desde hacía más de cinco años, mucho más tiempo del que ambos merecíamos y, cuando él logró una beca para hacer su doctorado de genio en Cambridge, orientado por el oceanógrafo post, post, post, postdoctor de sus sueños, lo que tocaba era casarse. En Londres, yo buscaría algún curso con el que entretener mi no tan importante carrera de periodista, tendríamos un apartamento en el Bloomsbury, un vecindario de gente vieja, pálida y mal vestida, y sonrisas sosas como las de la boda que no llegó a ocurrir se multiplicarían en nuestros álbumes y la gente diría «qué felices esos dos, que parejita más bella» y todos seguirían sin saber cómo es mi verdadera sonrisa. Lo abandoné en plenos preparativos de la boda y, aunque todos quisieron hacer de eso una tragedia, él tuvo el temple para aceptar que nuestro amor se había vuelto burocrático y que, en vez de matrimonio, lo que ambos necesitábamos era más sangre en las venas.

Yo quería querer irme a Londres con él y tener una vida publicable. Yo quería querer, pero yo era una madera llena de comején. A las maderas llenas de comején no se les contesta el teléfono cuando llaman en la madrugada para hablar de las heroínas trágicas de la familia y de hallazgos de palimpsestos delirantes, porque esas nuevas heridas que acosan a la madera son los mismos vacíos de siempre que van creciendo hasta que ella, sin saberlo, deja de ser una madera con llagas y se vuelve una llaga cuya salud sufre de un leve enmaderamiento.

4.

La alarma tocó sin que yo hubiera dormido más de dos horas. Como cada uno de mis últimos mil días, a las cinco y media de la mañana, me levanté hecha un robot, tomé un café, un agua de avena, prendí el carro, cuatro semáforos, buenos días, Pedro y aló, aló, un, dos, tres, rueda viñeta: tun-tun-tun-chin-chin tu-cu-tún, Despertando con la noticia, tu-cu-tún, sujeto mata a tres en el Barrio Cuatricentenario, tu-cu-tún, profesora que vendía marihuana a estudiantes afirma que funcionarios de la Secretaría de Educación tenían conocimiento del esquema, tu-cu-tún, los Cardenales de Lara derrotan por segundo año consecutivo a los Leones del Caracas y conquistan el máximo título del béisbol venezolano, tu-cu-tún, tu-cu-tún, yo soy Sofía Paz y los estaré acompañando hasta las siete de la mañana. Tu. Cu. Tún. Maldita viñeta amarillista de los mil demonios.

Los madrugadores de turno escuchaban de mi voz las malas noticias nacionales e internacionales, que poco después olvidarían entre sus pequeños eventos no noticiables. Me disolvía en sílabas de papel, tinta, garganta, lengua, fonemas, ondas hertzianas, en los que sonaban igual las quejas sobre el tránsito y un bebé envenenado con estricnina y el horóscopo que yo misma escribía para no tener que financiar a esos astrólogos de medio pelo cuyo vocabulario no pasaba de quinientas palabras. Yo era Sofía Paz, una máquina sin sangre ni ovarios ni lóbulo frontal, pero con licencia de locución y un buen horario en radio conseguido gracias a los contactos de mi madre, que me lo recordaba siempre que tenía oportunidad.

De lunes a viernes, Sofía Paz, una madera llena de comején. Los sábados, de dos a cuatro de la tarde, hacía una pausa en el horror; instantes de lo mejor de mí, en los que me dedicaba a existir al margen de la angustia, con buenas noticias locales y poetas y cantoras, de preferencia suicidas, exiliadas o torturadas, en sus momentos más inspirados. «Las horas gentiles» se llamaba el programa y no podía tener un nombre más pertinente. Estaba

convencida de que le hacía bien a quienes me escuchaban y de que nuestro estar juntos era tan perfecto, como inexacto y nublado; nuestro amor gozaba de las ilimitadas opciones de la ignorancia y carecía de los defectos que la realidad imponía, tan vulgar y específica. Era mi pequeña contribución al bienestar común. Fuera de ese horario y de esa frecuencia del espectro radioeléctrico, una versión nefasta de mí tomaba el control y desgastaba el nombre Sofía Paz en horas sin sustancia. Ella desamaba a Franco. Desatendía a su familia. Desmotivaba sus placeres. Y esa versión era todo lo que había sobrado de mí, ahora que ya se cumplían tres meses desde que, por falta de lucro y de guáramo, me habían cancelado la única ventana de satisfacción, mis horas gentiles.

Acabadas las razones —lo que en realidad era un plural condescendiente, pues yo solo tenía un motivo para quedarme en la ciudad, y era hacer mi programa—, decidí un mevoypalcoño y exigí las vacaciones que había estado acumulando por no saber qué hacer con ellas. Yo no quería más comejenes ni inercias ni esa languidez maldita que me alejaba de mí misma, si es que todavía había algo para llamar mí misma dentro de ese lodazal. Yo quería querer mi alegría completa, tener aunque fuera un poquito de aquella inmensidad, de aquella potencia que mi abuela veía en mí cuando yo era una semilla de gente y que yo había perdido el mismo día que la perdí a ella. Quería encontrar a la abuela Aída y ofrecerle algunas de las horas gentiles que le negamos.

Relato de un náufrago

Gabriel García Márquez, 1970

Libro pequeño cuya totalidad de páginas

fue substituida por hojas escritas a mano

13/03/82

Todo lo que sabes del mundo es mentira y te lo voy a probar. El mundo de antes no era este mundo. Antes todo era junto. La superficie del planeta era tierra continua, sin nada de agua. Una bola de tierra. Toda el agua permanecía en el centro. Como un bombón relleno. Un terremoto quebró la enorme bola de tierra e hizo que todo se reorganizara: parte de la tierra fue succionada hacia dentro, parte del agua vino a la superficie. El agua no se derrama porque la gravedad la sostiene. La gravedad viene siendo algo así como un bol invisible. Con la mezcla de agua y de tierra, surgió la vida.

En la superficie, los territorios pasaron a llamarse Continentes del Afuera, esto que conocemos. Pero lo mejor queda allá. Kilómetros y kilómetros bajo la superficie, después del fondo marino, ocurre la vida en las ciudades sumergidas, los hermosos «Continentes del Adentro».

Grupos de investigadores del Afuera han teorizado durante siglos sobre el Adentro, siempre en círculos secretos que nadie quiere descubrir, por considerarlos sectas ufológicas, paranormales o tonterías de ese estilo. Han inventado cualquier tipo de tecnología para alcanzar a los del Adentro, pero no lo harán jamás. Los humanos del Afuera son incapaces de reconocer los portales porque no saben usar sus receptores.

Las criaturas del Adentro son parecidas a los humanos del Afuera, pero tienen diferencias místico fisiológicas que les permiten respirar bajo el agua. En general, las criaturas del Adentro no pueden ir al Afuera ni las de Afuera pueden pisar el Adentro, pero algunas, como las Sirenas, pueden moverse entre los dos mundos. Las Sirenas lo pueden todo, Sofía. Ustedes son seres con poderes transformadores. Aunque su hábitat natural es el Adentro, algunas son engendradas por azar en hogares del Afuera. Creemos que esto ocurre porque es el designio divino que los continentes se unan de nuevo. Intentamos trabajar en ese sentido, pero, después de diversos fracasos, decidimos suspender las revoluciones. Dice Ino que Afuera todo siempre termina en sangre.

15/03/82

Por cada diez millones de humanos regulares, nace una de ustedes. ¿Entiendes ahora tu importancia? De cada diez Sirenas que nacen, solo dos vuelven a casa, o sea, al Adentro. Pobres, en el Afuera su diferencia salta a la vista. Desde los primeros años dan muestras de poca atención hacia los asuntos estrictamente humanos. Están más atentas a los asuntos del placer, única obligación del Adentro.

Está claro que ustedes pueden sobrevivir en el Afuera, pero ninguna ha alcanzado su alegría completa. Y cuando una de ustedes es desdichada, la felicidad general del Adentro cae de forma considerable, como si cada uno de nosotros tuviera un hermano enfermo de muerte. Entonces entra en acción uno de nuestros Agentes de Transición, que en nuestro caso es Ino, para convocar una Centinela de Mar; humanos preparados y sensibilizados, capaces de comprender este mundo que sus coterráneos nunca tolerarían. Ya habrás entendido que esa soy yo. Juntos, Agentes de Transición y Centinelas de Mar trabajan para el regreso de la Sirena al Adentro, su hogar.

Una vez que una Centinela de Mar se entera de su destino, busca por todos los medios volver a casa y traer consigo a la Sirena que le ha sido asignada. Pero esta misión es muy peligrosa, pues existe una infinidad de Vigías de Tierra encargados de ejercer tareas de protección y seguridad del Afuera. Tú y yo, solitas, tenemos a Ignacio, a Taís y a tu padre. Ellos ni siquiera saben que realizan esos trabajos, son apenas individuos con una predisposición genética para el rigor, la poda y la falsa pasión. Esa pobre gente tiene su tristeza casi completa.

5.

Dieciséis años después del destierro de la abuela, dos semanas después de haber exigido las vacaciones en la emisora y treinta y cinco horas después de haber dejado mi apartamento, me encontré en el muelle de Punta Hicotea, con más esperanzas que coherencias, preguntándole a un pescador si a esa hora aún había alguna lancha

que pudiera llevarme a la Isla de Salos. No recordaba haber sentido jamás algo parecido. Mujer bomba lista para volar en pedazos, sesenta quilos de orgullo y la certeza de haber llegado adonde tenía que estar.

—¿Usted está segura de que quiere ir allá?

—¿Cómo así?

—¿Pero usted sí sabe que eso está desactivado hace años, cuando el pleito con los colombianos?

El hombre debió leer en mi cara el caos, porque el tono de su voz pasó a tener algo de pena.

—¿Usted tiene gente ahí?

Yo apenas asentí.

—Ya debe hacer unos cinco años. A unos se los llevaron. Pero las otras, pues ahí están. La cosa es que nadie entra y nadie sale. Ellas no dejan.

Antes de que yo atinara a preguntar cualquier cosa, él se zafó del cuestionario y volvió al trabajo. Yo quedé ahí, como la ridícula mujercita de ciudad que era, una que no sabía dónde estaba yendo ni dónde había llegado y que no tardaría en colapsar. Me dejé caer en un rinconcito, en la sombra. No sé por cuánto tiempo permanecí sentada, sudando el impacto, interrogando al sereno. Comenzó a oscurecer y las últimas personas dejaron el muelle. A nadie parecía importarle mucho mi presencia; ya el pescador, portavoz de mi mala suerte, debía haberlos advertido.

Era incapaz de decir si el frío que me subía por el espinazo era el viento helado que el mar traía o una nueva forma de sentir espanto. Una parte de mí le daba la razón a mi madre y estaba a punto de convencerse de que este viaje a la nada, buscando lo que yo misma sabía que ya no existía en mi vida, se parecía a la psicosis presagiada por los genes. Esa parte de mí se creía más madura y coherente y me decía que mi relación con la abuela Aída se había ahogado aquella última tarde en que la vi, en aguas de ese mismo

lago, y que dieciséis años eran tiempo de más para resurrecciones. Pero había otra parte, una minúscula parte de mí que, por primera vez en la vida, quería ser perseverante. En otras circunstancias, yo no habría insistido en ir, pero ¿cómo podía volver a la ciudad como si nada y seguir mi rutina de persona casi normal sabiendo que el escenario terrible en el que yo había pensado a mi abuela durante años podía ser incluso peor? Si abuela Aída de hecho había sido internada en Salos y estaba ahí para el momento en que fueron dejadas a su suerte, yo quería creer que existía una gran posibilidad de que mi familia la hubiera reubicado en otro lugar. Si no, ella estaría aún en la isla, abandonada como un bicho maligno, con unos achacosos setenta años encima. También podía ocurrir que ya no hubiera abuela para recuperar, pero en ese caso habría la historia de esa abuela a la que yo llevé a la perdición, desde la versión delirante y no autorizada que ella hizo de mí. El objetivo logrado sería una mierda, pero sería mi mierda y estaría cumplida.

La mayoría de los pescadores torcía la nariz apenas oía el nombre de la isla. Ofrecí buena paga, intenté la sonrisa e incluso la lástima, pero nadie se atrevía a desafiar la cuarentena que se vivía en Salos. El puerto ya comenzaba a oler a noche y a ron cuando a uno de los pescadores se le aguarapó el corazón de verme todavía ahí y se me acercó.

—Vuélvase pa' su casa, muchacha. Mire la hora y usted aquí solita.

—Es que usted no entiende, yo necesito llegar a Salos.

—Nadie te va a querer llevar, mamita, ninguno de los pescadores va a buscar pleito con esas mujeres, no vale la pena, ese mar está más pobre que ellas. Ya ni las jaibas pintan por allá.

—¿Cómo así?

—Que hasta las jaibas se fueron pues, que allá no hay nada. Váyase pa' su casita, mi linda.

—Yo de aquí no me muevo —dije yo, y la frase me salió malcriada y lastimosa, una combinación de terquedad con patetismo que

acabó por hacer lo suyo.

—Mire, Igor es el único que se asoma por aquellos lados. El único al que ellas aceptan.

—¿Anda por aquí? ¿Dónde lo encuentro?

—Ya tendrá que ser mañana. Busque la lancha que diga San Benito. Y cuídese, mire que las locas con hambre son más locas todavía.

Me estremecí, de asco o de miedo, ya ni sé.

Cuando el sol abrió, vi la San Benito mecerse en la orilla, anaranjada y tentadora, con un jovencito dentro, descargando unas pimpinas de gasolina en el muelle. Agarré la maleta y corrí hasta ella evitando redes, cuerdas, montones de pescados y de gente, me embarqué en la lanchita y encaré al muchacho forzando mi coquetería, que a esas alturas debía ser un resto lamentable.

—Tú eres el que me va a llevar a Salos, me dijeron.

Él me miró malhumorado.

—Sea quien usted sea, olvídese. No la van a dejar entrar.

—¿Tú crees que yo quisiera ir para allá, si no lo necesitaran? —dije, con toda la gravedad que pude.

—¿Qué es lo que necesitan?

—Yo soy de la universidad. Voy a ayudar con el problema de las jaibas.

Él no logró camuflar su sorpresa. Ni yo la mía. La idea desesperada de hacerme pasar por una profesora había surgido durante esa noche, cuando, a pesar del cansancio o tal vez por él, mi cabeza entró en una suerte de piloto automático, quien sabe un talento de sirena escondido, un radar oceánico para hallar oportunidades. Era un plan arriesgado, pero tentador: yo tenía las herramientas para hacerlo funcionar pues conocía el mundo académico de Franco más

de lo que yo quería. En los segundos de silencio que siguieron, supe que ganaba la batalla; la autoridad nunca escatima victorias. Igor me dio la espalda y encendió el motor.

—Tiene que pagarme la vuelta por adelantado.

—Pero yo no sé cuánto tiempo me voy a quedar.

El rugir del motor se calló de a poco.

—Está bien, está bien. Vamos.

La hélice empujó el agua y partimos.

—Usted no sabe en dónde se está metiendo.

Eso era cierto, pero la abuela Aída no iba a caber en su propio cuerpo de tanto orgullo. Eso, si su cuerpo aún era cuerpo y no una caverna de gusanos.

El viaje me pareció largo, con un paisaje monótono interrumpido de vez en cuando por la tumusa de un bosque de mangle y el respectivo viento con olor a huevo podrido. Yo iba sentada inmóvil en el fondo de la lancha y me sujetaba a las maderas con una fuerza desmedida. Quería que mis dedos, arredondeados de tanto comerme las uñas, crecieran para poder amarrarlos a la proa. Desde el episodio, el mar me daba grima. Mis manos ya estaban adormecidas, cuando un punto en el horizonte comenzó a tomar forma.

—Rita no la va a dejar ni bajar de la lancha.

—¿Quién es Rita?

—Algo así como la alcaldesa.

6.

Era difícil imaginar que alguien viviera allí. Isla de Salos era un enorme peñasco en cuya superficie emergían, como esculpidos, unos edificios robustos. A lo lejos se veía una ceja de dunas amurallando lo que debía ser el norte de la isla. La arena parecía hecha de roca molida, restos de una batalla antigua, como si allí todo empezara y terminara en piedras.

El muelle era lo único que escapaba de esa dureza atávica, una lengua de madera que avanzaba en el agua, frágil como una invitación que llega tarde. Igor amarró la lancha en la estructura, se bajó y subió una lomita empinada que se elevaba a un lado del deck. Desde la cima, silbó varias veces hasta que un silbido semejante, pero más agudo, y unos ladridos furiosos respondieron desde los edificios y entonces él volvió corriendo a la lancha.

—La última vez que traje una visita, casi me cuesta una costilla —me dijo, con ganas de decirme «esta vez la costilla será tuya».

Varias siluetas se recortaron de la roca e iban haciéndose mayores, tridimensionales. Eran dos personas y cerca de diez perros. Sentí mis pies hundiéndose en la madera, pesados e inmóviles, pero de esa misma fuente que era mi cuerpo perplejo surgió otra fuerza visceral, arriesgada y más veloz que mi pensamiento, que me empujó y, cuando vi, ya estaba fuera de la lancha.

Se escuchó un grito de faringe vieja, los ladridos pararon y los animales dejaron de acompañar a las siluetas, que ahora se revelaban como dos mujeres. Ambas usaban vestidos sencillos, de costurera, de aquel color azul celeste típico de los hospitales. Una de ellas era bastante baja, con un abundante y desperrugido cabello negro y una mirada de odio gratuito. Debe ser Rita, pensé. La otra era una flaca muy negra y muy flaca que parecía contenta con la visita y le secreteaba algo a la primera.

Igor se apresuró a hablar, con una voz temblorosa e infantil, muy diferente de la que antes había usado conmigo.

—Ya yo le dije que mejor se regresaba, señora Rita, pero ella insistió.

—Mi nombre es Raquel. Hace un tiempo que quiero venir aquí,

pero no ha estado fácil organizar las cosas con la universidad.

—¿Universidad?

—Universidad del Golfo. Si ustedes lo permiten, yo quisiera comenzar un proyecto de investigación sobre la pesquería de jaibas. Tenemos ya mapeada toda el área de Punta Hicotea y ahora vamos a hacer un levantamiento de las islas. Sabemos que fueron bastante afectadas los últimos meses.

—¿Vienes a ayudar? —preguntó Rita, recelosa.

—A intentar, por lo menos.

Las dos mujeres se miraron entre sí y miraron a Igor, que parecía tan sorprendido como ellas.

—Si usted quiere, la llevo de regreso ahora mismo —lanzó él, queriendo salvar su pellejo.

—Espero que este ingrato no te haya incomodado —replicó Rita.

A medio camino entre la ofensa y el pasmo, Igor gruñó alguna cosa mientras bajaba la maleta. Me extendió la mano, cobrándome. Saqué el dinero de un bolsillo, se lo puse en la palma de la mano y le cerré los dedos, abrazándolos. Quise compartir una mirada, dejarle ver mi gratitud, pero él me evitó, tiró del cebador y, del vínculo que sin saber él había creado entre nosotros al llevarme a Salos, solo quedó la estela.

La flaca resultó llamarse Herminia y me pareció una mujer bastante normal, saludable.

—Qué bueno que tu nombre es Raquel. Siempre quise conocer una mujer llamada Raquel —me dijo, gentil y cercana, y bajó el muelle.

Asumí que Rita y yo seguiríamos el mismo camino que Herminia, pero apenas di un paso, Rita me agarró por el codo:

—Nosotras vamos por allá.

Y señaló hacia el oeste de la isla, lleno de pequeñas casas, cabañas y

un bloque de apartamentos, toda una zona residencial, abandonada, a la que un bosque de mangle le venía ganando espacio.

—El otro lado está prohibido, ¿de acuerdo?

Mi atención se quedó con Herminia, que ya traspasaba el enorme portal de un área cercada por un muro gigante. Me recordó al Cristo Rey, mi colegio, donde la abuela Aída iba a buscarme los viernes a la salida del catecismo y a veces se le olvidaba y yo me quedaba solita hasta que el Señor Manuel, el portero, les avisaba a las monjas que ahí estaba yo otra vez y entonces las monjas se compadecían y me dejaban esperar en su casa, hasta que la abuela apareciera como si nada. Y yo nunca le contaba a nadie ni le reclamaba a la abuela porque ella tenía su tiempo y sus rarezas.

—¿De acuerdo? —repitió Rita.

—¿Cómo dijiste? Disculpa, me distraje.

—El este de la isla está prohibido. Del muelle para la derecha, nada. Y del muelle para la izquierda, digamos que eres libre. Tenemos nuestras reglas y esperamos que las cumplas.

—Claro.

—No queremos que tengas que aguantar inconvenientes con las muchachas ni con nadie más.

Quería decirle que yo no necesitaba una cabaña, yo lo que quería era estar con las muchachas, aprender a lidiar con los inconvenientes de las muchachas; decirle que mi abuela, si estaba viva, me haría un lugar en su cuarto y en su perdón; decirle que ella me esperaba y yo no quería tardar más, yo no podía tardar más.

En el camino a las cabañas, pasamos por una plaza y hasta por una iglesia. Una maqueta de ciudad para que las condenadas no pudieran olvidar la vida que les había sido negada. Rita no abrió la boca ni un segundo, pero me miraba de reojo en un escaneo tímido de ese mundo extramuros del cual yo era embajadora, un hojear del mentiroso boletín informativo que era mi imagen.

—Te voy a poner en esta, que es la más habitable. Aquí viene Ricarda con sus libros, pero yo voy a hablar con ella. Es un personaje complicadito, arisca, ¿sabes? Pero creo que contigo se la va a llevar bien. —Rita, al fin, me miró directo a los ojos—. Muchas cosas en común.

Las construcciones eran parecidas a las habitaciones de los moteles en la ciudad. El sigilo, la discreción de las puertas, la propia sensación de estar llegando donde nadie quiere ser visto. Un gemido que podía ser de dolor, de cosquillas, de rabia, pero nunca de placer como tendría que ser para encajar con la memoria que yo le otorgaba al lugar, se escuchó bajito. Siguiendo la no reacción de Rita, fingí que nada ocurría. Ella abrió la puerta, que no tenía cerradura, y dentro ya nada coincidía con la imagen del motel. La cabaña era más una casita de muñecas sin terminar, sin la humanidad que dan los colores, los muebles, los adornos. Rita acompañaba de cerca los gestos que yo luchaba por contener, mientras ella me presentaba el lugar.

Una cama, un escritorio y un pequeño armario a punto de deshacerse.

—Procura no usar las dos últimas gavetas, que están medio mañosas.

Un baño con lavamanos, bañera y bidé.

—¿Trajiste tu jabón, tu champú?

Cocina y nevera viejas, quizá funcionales.

—Más tarde conecto la corriente, es que tenemos un único poste que sirve y conectamos nada más lo necesario.

Mesa de comedor y un ejemplar de El amante de Lady Chatterley, único vestigio de vida reciente. Entonces el gemido, antes tenue, se escuchó más fuerte y mucho más cercano y ya no pudimos fingir que no existía.

—Ya vuelvo. Quédate sentadita.

Me sorprendió el tono maternal.

—Sentadita, vamos.

Obedecí. Esa primera pérdida de la autonomía en pro de mi comodidad me pareció una buena señal. Rita, quien quiera que fuera, me protegía. Y era una actitud natural que no parecía pesarle. Alcancé a escuchar unas voces, rumores tristes que no logré descifrar. Sentí más conmiseración que temor y ya eso era un comienzo. Recosté la cabeza en la mesa y, en una corta cuenta regresiva, me dormí.

Al poco rato, Rita reapareció. Traía un pote de pintura tapado.

—¿Pasó algo? —pregunté, aún tonta de la siesta, con la marca de la mesa en la frente.

—Pasó mucho, mujer. Pero no ahorita.

Rita puso el pote sobre la mesa y lo abrió.

—La del ruido era Adela, que no me puede ver lejos porque se enerva.

Tres cangrejos grises nos miraron con sus quelas en alto.

—Hace como ocho meses, creo yo que menos, no sé bien, empezamos a sacar estos descarados. Cada vez eran menos las jaibas y más de estos malasangres que saben como a cemento y que nunca en mi vida yo había visto cosa semejante.

Me asomé en el balde con la cara de entendedora que tantas veces le vi a Franco.

—Bueno, acomódate, descansa. Al mediodía te mando el almuerzo y algunas cositas.

Sin dejarme chance de responder, Rita salió con su caminadita rápida y de pasos cortos como ella misma.

En la extraña privacidad de la puerta sin llave, estaba sola por primera vez desde que salí de mi casa. Ahí, como en el muelle de

Punta Hicotea, nada parecía estar nunca seco. La cama olía raro, no mal, sino como a playa, como si hubiera sido ensopada en el mar y puesta a secar en el sol. Lo mejor sería deshacer la maleta, ese monstruo obsceno. ¿En qué demonios estaba pensando? Ropa de casa, ropa de salir, ropa de fiesta, accesorios, cuatro pares de zapatos, libros, maquillaje y hasta dulces había traído. Y a mi abuela, ¿le habían dejado traer sus cosas? ¿Dónde habían ido a parar sus vestidos, sus miles de zarcillos? ¿Y los instrumentos de pintura, estarían en casa del abuelo? ¿Había seguido pintado en Salos? ¿Estaba pintando en ese justo momento?

Necesitaba una ducha: sacarme el viaje de encima para poder sentir que de verdad había llegado. Pantaleta limpia, vestido arrugado, toalla, jabón y desodorante listos, pero la capa de polvo que cubría la bañera no me auguraba mucho éxito. Abrí la llave y nomás salieron carrasperas y ausencias.

Pensé en esperar el regreso de Rita o por lo menos la llegada de su emisaria con el almuerzo, pero el mediodía parecía distante. Como dicta la ley más básica de la usurpación, antes de hacer cualquier cosa, me escondí los documentos en el sostén. Tiré a los cangrejos en la bañera para poder usar el pote en el que Rita los había traído y salí a la aventura de buscar agua dulce.

No había ni una sola llave de agua en los alrededores. Las cabañas vecinas estaban cerradas y otras, las más lejanas, ya pertenecían al manglar, que las engullía en una lenta digestión. Decidí ir bordeando la isla, estaba muriendo de ganas de encontrar alguna playa. Iba atenta a cualquier movimiento, olor, sonido, loca por conocerlo todo de golpe. Loca. Odiaba esa palabra y sin embargo seguía viniéndome a la boca. Pero así iba, loca por conocerlo todo y fue triste cuando constaté que a esa hora no había nada vivo que conocer. Todo estaba como untado por el sopor de esa mañana caliente, como de aceite quemado. Tal vez ese silencio, esa cosa estática, imperaban siempre, tal vez el tiempo allí no admitía evoluciones.

Me equivoqué. Un ladrido chillón, frenético, me hizo perder el equilibrio. El sonido venía del mar y pronto se multiplicó. Una lancha llena de perros flotaba amarrada a un mangle. Cerca de ella, un viejo caminaba sumergido hasta la cintura, mirando a través del

agua con un arpón listo para penetrar lo que me moviese bajo la superficie. La herramienta jugaba a ser la extensión del único brazo que el hombre tenía, pues donde debería haber un brazo derecho había apenas un muñón lleno de queloides, que se movía como si aún fuese un miembro completo, como si los músculos del hombro no hubiesen recibido la noticia de la mutilación. Si algunos de sus tejidos eran lentos para entender ausencias, otros eran veloces y, en un movimiento que ni llegué a ver, el arpón se clavó en un pez; lo que faltaba de cuerpo al viejo, le sobraba en agilidad y concentración.

Me habían dicho que no había hombres en Salos, pero él no parecía ser un intruso. Su cabellera menguada y larga hasta la mitad de la espalda mezclaba hebras grises y hebras rubias de sol y para que una piel tuviera aquel color de canela mojada y aquella textura empedrada eran necesarios muchos años de bronceado y sal marina. El hombre ni siquiera volteó a ver por qué los perros ladraban y, si hubiera volteado, hubiera visto este cuerpo asustado, zapatos en mano, corriendo rápido y mal en dirección a la cabaña.

—Algo me dice que tú le tienes más miedo a Domingo que a los perros.

No supe qué decir. No tenía idea de cómo reaccionar a la invasión de Rita, que hurgaba mis cosas mientras yo era obligada a ducharme bajo su vigilancia, con el agua que ella misma me trajo en un balde. Solo después de tomar un buen baño, podría comer el almuerzo que me había traído, pues no planeaba dejarme el balde. Comportamiento médico, carcelario, desconfiado. Ahora yo iba por la segunda enjabonada y ella ya había pasado por mi ropa y comenzaba a revisar mis libros y sus inconsistencias con relación al personaje de Raquel: Pedro Páramo, de Rulfo, Casas Muertas, de Otero Silva, y El tapiz amarillo, de Charlotte Perkins Gilman, que eran grandes novelas, pero no eran atlas de ecología ni compendios científicos. Suerte que antes había tenido la iluminación divina, asirenada, de llevarme los documentos.

Yo aún no sabía si Rita era una colega demente que se erigió alcaldesa de enfermas por ser la menos enferma después del

abandono, o si era un cargo ganado a cuenta de mucho estudio y experiencia. La segunda opción era improbable, sino imposible; Rita no tenía cara de académica —no sé decir qué es, pero algo hay: donde veo un profesor lo reconozco— y parecía joven, no pasaba de los cuarenta. De cualquier forma, su autoridad era innegable, no había pasado media hora y ya ella sabía lo que había pasado.

—Domingo viene siendo el técnico de la isla. Más miedo te tiene él a ti, no seas boba.

—Yo no quería molestar.

—Me imagino. ¿Tuviste tiempo de pensar algo sobre los cangrejos?

Donde la ignorancia corre libre, el que no sabe, inventa.

—En mi grupo de investigación estábamos pensando que podía ser algún tipo de bioinvasión.

—¿Cuánto tiempo piensas quedarte?

—El necesario —susurré, desde la más sincera expectativa—. ¿Tú eres la directora del sanatorio? ¿Con quién tengo que formalizar mi estadía?

Rita me miró con una autoridad que le quintuplicaba el tamaño.

—Ni esto es un sanatorio, ni yo dirijo nada. Y ya te traje agua limpia y almuerzo. Bastante formalizadas estamos.

—Entonces tenemos que arreglarnos. No puedo gastarles sus cosas.

—Déjate de eso, tenemos suficiente guardado para arreglárnoslas. Nada más avisa cuando vayas a salir. No quiero sorpresas. Tú entenderás.

—Hace años que nadie entra, me dijeron.

—Tú tienes cara de inteligente.

Le entregué su balde vacío a cambio del almuerzo. Ya no supe si Rita sonrió, si desconfió, si se fue o se quedó mirando; el mundo

entero fue ese pollo asado, ese puré perfecto y ese arroz sueltico. Comida de hospital con un nosequé que me supo a hogar. Con el cuerpo limpio y la panza llena, me cayó encima el cansancio acumulado, una capa pesada y caliente que me empujaba hacia el piso, abusando de la gravedad. La imagen de la abuela Aída instalada en el fondo de mis ojos. Puntitos de colores brillantes en la oscuridad y ella ahí, callada, esperando.

Relato de un náufrago

Gabriel García Márquez, 1970

Libro pequeño cuya totalidad de páginas

fue substituida por hojas escritas a mano

16/03/82

¿Qué ocurre con una Sirena que no logra volver a casa? Que nunca se sentirá a gusto. El sentimiento de estar fuera de lugar es irremediable. Buscará, buscará, buscará, y no encontrará nada.

¿Y con una Centinela de Mar que no cumpla su trabajo y no vuelva a casa? Desesperada, no tendrá capacidad de mantener el secreto. Será evidente su fracaso y su angustia por lograr su objetivo será su único lenguaje.

Lograr o no una segunda oportunidad dependerá del acceso que el Agente de Transición asignado tenga hacia ella. Es sabido que muchas veces los Vigías de Tierra le inoculan el poder de escucha activa a la Centinela de Mar y, en algunos casos, la cosifican, quitándole lo más (lo único) sagrado que tiene un ser: su voluntad.

Esa es una tragedia que, en los descansos del placer, los del Adentro lloramos con amargo desconsuelo. Nos falta un humano y eso nos duele. Fuentes de alegría no utilizadas se desangran. Sonrisas nunca

reídas desfallecen en el piso. No hay imagen más desoladora que una sonrisa muriendo de desuso: las pobres gritan, piden auxilio, imploran que alguien más las adopte. Pero las sonrisas de una Sirena y de su Centinela de Mar tienen nombre y apellido. Si pudieran, serían capaces incluso de dejar el Adentro-Oro y aventurarse al Afuera-Hierro, solo para favorecer el encuentro con sus dueñas. Los otros, que tenemos sonrisas en exceso, no podemos más que darles ánimo, a ver si duran, a ver si algún día tardío su Sirena y su Centinela logran volver de la guerra. A.

17/03/82

Los del Adentro tienen la ventaja de tener la alimentación asegurada. Hay una infinidad de criaturas del mar que, habiendo cumplido su función reproductora, se ofrecen en sacrificio. No se sabe si tienen consciencia de esto, pero se estima que estas criaturas saben que sirven al fin más noble: preservar el placer.

trabajo = rutina = tiempo = cumplir

placer = hábito = espacio = estar

El placer no es aquella cosa individual y muchas veces egoísta que ustedes, los del Afuera, practican. Adentro, llamamos placer a actividades que van desde comer hasta rascarse y hacer el amor, de pintar hasta ronronear y mirar el cielo que, en nuestro caso, es la superficie del mar de los de Afuera, vista desde abajo.

El placer de uno no puede perturbar el placer del otro. Esa es una de las pocas leyes que existen en el Adentro. Tenemos suficiente espacio para que aquel cuyo placer consista en cantar o gritar no incomode a aquel cuyo placer sea el silencio y la meditación o la contemplación artística. A.

18/03/1982

Nosotros, los del Adentro, creemos que hay cientos de otros mundos con las más diversas formas de vida. No somos capaces de

reconocer sus continentes y no queremos hacerlo, porque eso daría un trabajo enorme que nos costaría salud y alegría y nos robaría la capacidad de asombro, lo que sería una verdadera sentencia de muerte.

No se confundan, Adentro respetamos y promovemos la búsqueda del conocimiento en aquellos cuyo placer se fundamenta en ello. No imponemos esta tarea a otros porque consideramos que todas las inclinaciones son válidas. El oficio de la ciencia es tan valioso como el de la limpieza; el de escribir es tan loable como el de escuchar música.

Como único órgano sombrío tenemos al Escuadrón Centenario. Son hombres y mujeres que tienen en su estructura genética la voluntad para disciplinar con métodos que del Afuera y su evidente exceso de rigor. Esa inclinación es detectada temprano y esos individuos pasan a ser formados en las escuelas especiales, donde algunos Agentes de Transición les inculcan los conocimientos que ellos reúnen en sus viajes al Afuera. Sin esa descarga, los Agentes morirían por envenenamiento. La propia Ino ya ha pasado por situaciones de sobredosis bastante peligrosas, como cuando tuvo que hacer par con una Centinela de Mar en Auschwitz o cuando descubrieron una Sirena trabajando en el mismísimo despacho de Videla. Una vez graduados, los miembros del Escuadrón Centenario son emparentados con las Plañideras, criaturas sufridoras por vocación, cuyo placer consiste en una invocación masoquista del Afuera.

Los humanos del Afuera tienen innumerables problemas producto de exceso de trabajo y falta de placer. Algunos de ellos se convencen de ser Centinelas de Mar, como yo, y algunos aseguran escuchar a los Agentes de Transición, pero se engañan. Sin Sirena, ninguna de esas opciones es posible. Su condición debe responder a necesidades de otra índole.

No, no todo es alegría en el Adentro. Hay problemas, errores, dilemas. Hay muerte, también. Sin embargo, yo, que navego entre los dos mundos, te digo de corazón: cuando lo que nos mueve es la búsqueda del placer, todo coincide, todo se encaja con una naturalidad que los del Afuera ni sueñan alcanzar. En el Afuera todos buscan el placer, pero la vida se organiza en función del

trabajo, de tal forma que el placer no es un fin loable, sino una vergüenza. Así, dejan de ser hermanos y se vuelven competidores de una carrera que casi ninguno es capaz de admitir que está corriendo. A.

7.

-esos perros se comieron los palafitos de guna y se van a comer el palafito de la nueva y guna ella lloró mucho los perros pueden comerse la maleta de la señora sin nombre pero la jaiba de la señora sin nombre les pica el hocico y los perros no saben llorar de lágrimas solo de chillidos.

Sentí granitos de arena pegándoseme en los labios.

—y la señora sin nombre tiene mucha ropa que no es azul y hojas de nada para qué alguien tiene hojas de nada odio los cuadernos en blanco como los odio los perros se van a comer esa nada y van a cagar blanquito.

Un gusto de agua de playa.

—y la señora sin nombre va a ponerse triste colores encima colores atrás colores en las tetas colores en la barbilla.

Cosquillas en la nariz.

—la boca abierta de colores.

Una voz bajita y quejumbrosa. Abuela Aída esperando dentro de mis párpados. Aída y sus sostenes grandes como carpas y cosquillas, cosquillas. Una mano haciéndome cosquillas hasta reventar la burbuja del sueño. Me volteé, en pánico.

—no moverse.

Mi pecho disparado. Una mujer con gestos de niña me hacía un

dibujo encima con conchitas de caracoles. Cuando vio mis ojos abiertos, se carcajeó, me agarró las manos y recostó su cabeza encima de ellas.

—los colores son para los cachetes para la boca para los bocados para que sean más bonitos.

¿Quién era esa y cuánto tiempo había dormido yo? Sin hacer el mínimo intento de soltarme de ella, esperé que el abrazo acabara rápido.

—ganas de mear.

Asentí. Fui corriendo al baño y liberé un chorro poderoso. Unos lamentos leves, entre llanto y tarareo, me hicieron demorar en las últimas gotas. Era el mismo sonido que habíamos escuchado el día anterior y que Rita dijo que era ¿Ana? ¿Laura? ¿Elena? Sin poder lavarme el rostro ni las manos, sin poder dar descarga al sanitario y sin saber cuándo el agua volvería a ser una opción, volví.

La mujer me esperaba con dos bandejas de comida y una sonrisa de dientes pelados. Le sonreí de vuelta, sin pensarlo. Era magnética su simpatía. Con la vigilia se me fue el susto.

—¿Cómo te llamas?

—yo soy la señorita adela zárate usted también es zárate dicen que todas las zárate del mundo son bonitas usted es zárate quiere comida de luna o comida de sol comida de sol que ya casi se juntó con la comida de sol número dos porque es tarde es tarde es tarde usted duerme mucho.

Me decidí por la comida de sol: una taza de café humeante, un sándwich de queso y una mandarina. Una vez más, el buen sabor me sorprendió. El café sí que estaba aguado y dulce, como le gustaba a Franco. Mientras comía, Adela me miraba. Estaba cerca como pocas personas se arriesgan a estar.

—los perros no son malos son curiosos se comieron los palafitos que guna hizo para que Igor los vendiera pero eso fue hambre.

La señorita Adela Zárate era mi posible primera amiga en Salos y no

quise llevarle la contraria, pero esos perros sí que eran malos. Malos y desconfiados. Esos hocicos salitrosos como que sabían olerme la mentira.

—usted vive allá —preguntó o aseguró Adela.

—¿Allá?

—en la ciudad calle carros calles parques afuera allá usted vive o no vive o no quiere decir.

—Sí.

—y allá está bonito.

—La verdad es que no.

—allá está lindísimo para qué dice que no yo no quiero parques usted no debe vivir allá en la avenida 27 y rita pidió que le avisara si iba a salir.

—¿Cómo le aviso?

—la mandarina.

Adela agarró la mandarina y me haló por el brazo, sin medir fuerzas ni distancias, como un niño apurado. Me dejé llevar. Si llegara a pasar algo, tendría la disculpa de no saber quién era quién, qué autoridad tenía Adela o qué vías debía usar para informar mi salida.

Me arrepentí de haber dormido tanto. Estaba encerrada de nuevo en una media mañana inmóvil, idéntica a la del día anterior, sin saber si ese calor amarillento era permanente, sin saber cómo era la puesta de sol o si la noche era fresca. Adela iba unos pasos adelante y a cada rato se volteaba a verme, como si yo fuera un bebé y ella el adulto que se esconde tras una manta y reaparece y el bebé se sorprende y el adulto se esconde tras una manta y reaparece y el bebé se sorprende siempre porque sorprenderse con nuestra tragedia es la única salida que tienen los pichones.

—dice que usted llegó sola qué hizo usted ella la mandó a traer por la autoridad no trajo más galletas polvorosas sí mandó a traer una

señora más.

Adela me miraba con una atención exagerada, incómoda.

—Yo vine sola.

—una señora zárate con jaibas en la bañera los perros andan cerca aquí yo no voy a darle de mi comida a los perros tampoco les doy.

Tuve que reírme. «Yo no voy a darle de mi comida». Rita había exigido que no saliera sin avisar y yo estaba siguiendo a una mujer que no conseguía juntar una frase con otra. Adela me guiaba entre mangles y cocoteros en dirección al muro del sanatorio. Yo estaba segura de que atravesando la ciudadela llegaríamos más rápido a donde fuera que estuviéramos yendo, cinco u ocho minutos caminando, como máximo, pero Adela parecía divertirse con esa exploración zigzagueante que ya debía durar un cuarto de hora. Vista de espaldas, Adela era diferente. Aún con las dificultades del sendero, ella caminaba con los brazos cruzados en su pecho, sus pasos delicados, elegantes. Como una princesa con frío. Sabía lo que hacía. Por la familiaridad con que andaba, esa era una vía conocida, tal vez hasta creada por ella. No paraba de repetir que no me daría de su comida, ni yo de aclarar que eso no era necesario. Adela Zárate no era una niña. Era una adulta que había podido volver a la edad del juego y cuyas otras preocupaciones parecían estar todas relacionadas con lo fisiológico. Comer, excretar, dormir, coger.

—¿Cuántas mujeres viven aquí?

Ella no respondió. Un sonido la distrajo.

—son los peces los peces ya no nadan en el agua pero las hojas les gustan.

—¿Peces?

—todas sabemos ninguna los pesca.

—¿Todas? ¿Cuántas son ustedes?

—la señora alicia señora lucía señora cecilia señora esther señora lucía señora fernanda señora maría paula señorita alcira señorita

lucía señorita rita señora aura señorita maría señora susana señora teresa señorita herminia señora ricarda señora almudena señora verónica señorita claudia señora lucía señorita luz lucía señora charito y señora herminia que cuentan como una.

—¿Señora Aída no hay?

—muchas muchas hay muchas algunos nombres vuelan y no vuelven a las lámparas.

Muchas Aídas. Ni en la guía telefónica había muchas Aídas. Paciencia, paciencia para aprender a descifrarla.

—y también está la señora rita ahora está usted la señora sin nombre y yo la señorísima adela.

Sonrió tan deslumbrante al nombrarse que de repente fue una persona sin un asomo de enfermedad.

—Yo me llamo Raquel —le dije.

—todavía no.

Me dejó pasmada la muy hechicera, suerte que su brujería no le alcanzaba para adivinarme completa.

—¿Hay ancianas viviendo aquí?

—cuando llegamos a los treinta ya no nos dejan seguir tus recuerdos le van a gustar.

—¿A quién?

—guna.

—¿Guna?

—yo te voy a querer mucho pero no te voy a dar de mi comida yo no te voy a dar de mis conocimientos —y se me plantó en frente y me revisó el rostro—: como el majarete de la señora ricarda.

—Gracias.

—pero la señorita rita es más bonita y charito también.

Me reí, infantil y picada.

—esther ya no esther está fea se puso fea afuera todas son más feas.

—¿Rita vino de afuera?

—rita nació aquí es la más bella por el mangle por eso.

—¿Es hija de alguna paciente?

Adela paró un segundo, me miró con cuchillos en los ojos y salió apresuró el paso hasta abrir una distancia de por lo menos cinco metros entre nosotras. Paciente: una palabra que debía borrar de mi vocabulario.

Por suerte, el castigo duró poco. Apenas llegamos al muro, una pared alta de ladrillos rojos cuyo friso de cal y cemento ya escaseaba, ella me tomó de la mano y, en vez de ir hasta el portal principal, fuimos bordeando la cerca hasta llegar a los fondos del hospital. Paré en seco cuando vi que el paredón se interrumpía con un pequeño portón de un color anaranjado encendido, óxido vivo ¿Qué pasaría si, confinada tras aquel muro, estuviera mi abuela Aída?

—los perros no entran aquí —dijo Adela.

Se escuchaban risas y chapoteos de agua. El olor del salitre había cedido un poco, enmascarado por la fragancia empalagosa de detergente de lavanda. Lo peor que podía pasar era que, de hecho, ella estuviera allí y fuera una vieja demente, con la cabeza blanca, la piel vuelta una membrana de cebolla, las encías desiertas, las tetas marchitas a la altura de la cintura.

Adela saludó a través del portón, contenta de ver a quien fuera que estuviera dentro.

—la señora raquel sin nombre llegó aquí gente —le gritó Adela a alguien.

Durante un segundo quise ahorcarla. Solo a mí se me ocurría

confiar en pacientes. Porque eso era lo que era, una paciente, le gustara o no.

—¿Llegó o la trajiste? —reconocí la voz de Rita, condescendiente. Adela me sonrió, traviesa.

—Pueden pasar.

¿Lo peor que podía ocurrir era la piel membrana de cebolla? ¿No era acaso eso lo mejor? ¿No era eso lo que yo quería, encontrarla viva y que me contara su historia, mi historia, y nos protegiéramos juntas? Lo peor de su vejez sería que tuviera la memoria aplastada y no se acordara de mí, ni de nada. O quizás no. Su desmemoria la despojaría de culpas y me despojaría de esa aura de víctima que siempre pautó mis miedos y saboteó mis intenciones. Quién sabe, tal vez no me recordase y, en ese caso, podríamos comenzar de nuevo. También era posible que la abuela Aída mantuviera en el recuerdo apenas la alegría que compartíamos antes de que yo me convirtiera en su Sirena.

—¿Hay alguna anciana ahí? —pregunté a Adela.

—señorita rita con las señoritas luz lucía alcira charito y herminia.

—¿Y quiénes faltan?

—las que se saben enjabonar.

En ese momento el olor a detergente y el chapoteo tuvieron sentido. Seguí a Adela y atravesamos el portón anaranjado óxido, pesado como la propia piedra. El gran patio estaba rodeado de corredores soleados, luminosos, de un blanco amarillento o perlado, según el grado de optimismo; un patio rectangular lleno de puertas como dientes, demasiadas en número y demasiadas en blancura, puertas-dientes que trancaban cuartos seguramente no tan blancos, porque el confinamiento muerde y sangra, el confinamiento raya y escupe, el confinamiento ensucia cualquier claridad.

Por todo el patio había bancas de madera podrida, con tablas remendadas a los trancazos. En el centro, una fuente que en otras épocas debió ser un espectáculo de agua y luces y hoy servía apenas

para espectáculos domésticos, en su nueva función de batea gigante. Tuve la impresión de haber visto antes esa imagen, a lo mejor en algún cuadro, en algún libro de educación artística de bachillerato. Pero aquí las ninfas no llevaban flores, ni había un río tranquilo, ni un bosque frutal. En las pocas llaves de agua que aún funcionaban, Rita, Herminia y una tercera mujer bañaban a otras dos, las desnudas que no sabían enjabonarse. Hice lo posible por no mirar, pero Adela me tomó de la mano y seguimos hasta quedar tan cerca que ya el agua nos chispeaba. Rita ni siquiera intentó cubrir a las desnudas. El pudor, como la privacidad, no era algo vigente entre ellas.

Adela anuló cualquier interés que pudiera tener mi presencia ahí y fue corriendo hasta una de las muchas puertas, desde donde un rostro nos espiaba, escondido, meciendo la puerta en un vaivén descompasado y gritando sonidos que para mí no eran más que sílabas aleatorias y para Adela parecían tener total sentido.

—¿Durmió bien? —preguntó Rita, enderezándome la atención.

—Muy bien.

—Ya a Herminia la conociste.

Sí, la había conocido al llegar a Salos, era la mujer negra, muy flaca, dueña de una soltura bastante más acogedora que esa discreción con que me saludaba ahora.

—Esta es Charito —dijo Rita, señalando a la tercera de las vestidas.

La mujer apenas levantó la mirada y yo creí haber visto el comienzo de una sonrisa, pero me quedé con las ganas. Su rostro duro contradecía el resto de su cuerpo, tan redondo y abrazable. La tela de su vestido azul claro hospitalario pegada como ventosa a sus carnes revelaba una cintura fina y caderas anchas a lo Sofía Loren —de buena paridora, diría mi abuelo Ignacio—, detrás de las cuales Herminia permanecía sumisa.

—Y Luz Lucía. —Rita señaló a la primera de las desnudas.

Era la primera vez que yo veía una persona tan abandonada de sí

misma. No parecía haber una vía para comunicarse con ella. Sus sentidos estaban al servicio de algo que nadie allí podía entender. Insistía en meterse la mano en la boca, no apenas para chuparse un dedo o comerse las uñas, esa mujer quería meterse el puño entero, como intentando sacar alguna cosa que hacía tiempo se le hubiera perdido en el esófago. Charito era tosca con ella, le sostenía las manos con una fuerza increíble mientras Luz Lucía luchaba en silencio, perseverante, por alcanzarse las entrañas.

—¿No se lastima? —tuve que preguntar.

Rita se encogió de hombros.

—Y esta es Alcira —dijo Rita, cuando vio que Adela se acercaba con la muchacha de la puerta.

Entre Luz Lucía y Alcira, era millones de veces más fácil observar a la primera. En la escena negada de la puerta hubo gritos, hubo lamentos, hubo golpes que yo fingí ignorar para no incomodar a Rita, pero ahora estaba frente a mí una Adela zurrada y el labio sangrante de esa Adela que sangraba y aguantaba, la sangre y el lloro, mientras Alcira se confundía en movimientos incontrolables: cuando no era una pierna que saltaba, era una mano que se abofeteaba, un pestañeo indócil o el torso que se abalanzaba en una dirección y después en otra, como si sus músculos no obedecieran sus comandos o como si fueran manejados por una máquina en cortocircuito. Sin embargo, bastaba ver los ojos de Alcirita para entender. En ellos estaba la razón del aguante de Adela. Era una forma de aliviarle el peso a su amiga, de decirle que ellas estaban juntas en otro universo en el que nada importaban sus tics, que su abrazo extravagante y doloroso seguía siendo un abrazo reconfortante. Ese era un vínculo negado para personas como yo. Yo era una verdadera ensimismada.

—Se puso nerviosa —dijo Rita, refiriéndose a Alcira—. Pero no más que usted.

Nerviosa no era la mejor descripción para mí. Al principio, tal vez, luego fue perplejidad y ahora estaba, francamente, triste. No por la desventura de las muchachas, yo no tenía generosidad para eso, sino porque aun comparada con ellas, yo era pobre de amor. Y mi

miseria se fundamentaba en esa espiral enfermiza en la que todo sufrimiento o felicidad ajenos existían desde que me afectaran a mí. Toda esta idea del viaje solo vino a concretarse cuando la necesidad fue mía. Habían pasado por lo menos dieciséis años en los que hubiera podido hacer algo por mi abuela y yo no moví un dedo.

—Por eso no quería que vinieras sola. Alcánzame esas toallas.

—¿A cuántas tienes que bañar? —pregunté.

—Estas dos nada más. Las otras resuelven solas.

En la hipótesis de que mi abuela estuviera allí, esa información podía significar dos cosas opuestas: o estaba tan bien que podía asearse sola o ya no había cuerpo que limpiar. Desde otro de los pasillos se escucharon unos ruidos, como si alguien arrastrara una silla, o tal vez una cama, y al menos dos voces que se confundían en una discusión inflamada.

—No te preocupes. Esa lenguarada es normal.

Le pasé las toallas.

—¿Cuántas son en total?

—Quedamos veintidós, incluyéndome. Veintitrés si contamos a Domingo.

Por más que intenté, no logré distinguir nada de lo que las voces hablaban, mucho menos reconocer el tono de voz peculiar de mi abuela, ronco y dulce al mismo tiempo.

—¿Hay alguna anciana?

Rita soltó una risa incómoda, extraña, y las otras la siguieron.

—Amiga, aquí todas somos ancianas.

No habíamos hablado de edades, pero era verdad. Algunas podían ser contemporáneas conmigo, Alcira parecía incluso mucho más joven que yo, pero estaban encerradas sin remedio en un retrato en sepia. Las canas que afuera no sobrevivían allí anidaban. Las

arrugas, las bolsas en los ojos, las manchas que ningún maquillaje escondía. Los vestidos de costurera de pueblo, las pantuflas. La piedra a la que fueron confinadas y de la que no querían salir porque, si ese lugar las estaba macerando para algún día deleitarse hasta el hartazgo, el afuera las hubiera devorado sin celebrar siquiera un homenaje. El afuera las hubiera engullido vivas y hubiera quedado con hambre.

Herminia y Charito ya se alejaban con Luz Lucía a rastras, cuando Alcira, a quien Adela llevaba como esposada con sus propias manos, cayó arrodillada y de inmediato se levantó, como si nada, como si ya fuera incapaz de sentir dolor.

—Bie-enveni-daseñora. —Me miró un segundo, entre una mueca y otra de sus labios. Y calló de nuevo y de nuevo se levantó. Tenía cicatriz sobre cicatriz en las rodillas y en los codos.

—Dis-culpeloma-lo.

La ternura que ella despertaba nada o poco tenía que ver con su enfermedad. Le sonreí con una dulzura que, aunque honesta, sentí como un simulacro de empatía. Las ganas aún no elaboradas ni instrumentalizadas de tender puentes. Por no ser buena en las reacciones inmediatas, llegué siempre tarde y siempre muda a las amistades, a los amores, a las redenciones. Ahora llegaba tarde una palabra amable para esa Alcira cuyo bochorno llegaba antes que ella misma.

Un olor a cebolla sofrita vino con la brisa. Miré el sol. Mediodía lacerante. Pronto servirían el almuerzo, ¿comida de sol, número dos? Supuse que me invitarían a comer con ellas y el misterio sobre mi abuela se resolvería más rápido de lo que había pensado.

—Acompáñala, yo llevo a Alcira —le dijo Rita a Adela—. Y no la andes desviando, vayan derechito por la vereda.

Pero ellas eran más astutas que yo. Herminia volvió con una vianda y me la entregó.

—No salgas sola por ahí, no queremos que te lleves un susto —me recordó Rita.

—¿No puedo comer con ustedes, aquí?

—Vamos con calma. Y llévate de una vez tu baldecito con agua, para que no tengas que echarte otro viaje.

El camino de regreso se hizo más corto. Como Rita indicó, esta vez Adela me condujo por la senda que bordeaba el muro. Cuando el manicomio estaba funcionando debió ser un paseo hermoso. Cada cinco metros había un matero enorme, algunos de ellos aún conservaban el cadáver de alguna planta y todos, sin excepción, estaban llenos de figuritas esculpidas en madera de mangle. Tomé una en mis manos y sentí que olía extraño, pero era una belleza, un pájaro hecho con tal detalle, tan minucioso…

—Los putos perros me mearon todo.

Del susto, Adela me clavó las uñas en el brazo. La voz pertenecía a una mujer colosal que estaba sentada entre los mangles, tan sucia que se camuflaba entre los arbustos de mangle botoncillo que corrían en paralelo a la vereda, en un pequeño y denso bosque que separaba el sanatorio de la ciudadela.

—es guna guna me asusta siempre parece que se esconde guna para asustarme.

—Voy a explotar a los putos perros —insistió la mujer.

La figura en mis manos olía a orina de perro, era eso mismo. El mismo brillo pegajoso y sucio de los millones de meados con que Comandante, el único perrito que tuve en la vida, ensució la casa antes de que mi mamá lo regalara.

—De verdad provoca explotar a los perros —dije, simpática.

Guna se me acercó más de lo que yo esperaba.

—Los voy a encerrar y les voy a cortar los huevos uno a uno y después los voy a salar y me los voy a comer delante de ellos, si es que alguno sobrevive sin sangre. ¿Quién coño es usted? ¡Pensé que era Charito!

Quise responder, pero la voz no me obedecía. Yo, que nunca fui buena lidiando con las rabietas ajenas, no tenía idea de cómo responder al acceso de ira de una paciente psiquiátrica, sin medicación y con unos trescientos kilos.

—ella es la señorita raquel que viene de allá de allá de los parques donde hay gente fea —salió Adela en mi defensa.

—¿Tú la dejaste entrar? Aquí ya estamos completas.

Sus trescientos kilos no querían nada conmigo ni con el mundo.

—dicen que viene a ayudar que ayudar sí se puede y la señorita rita la llamó y yo no sé cómo es bonita así si en la 27 todos los peces miedo miedo feos.

Al escuchar el nombre de Rita, Guna se aquietó. Invitada oficial de la autoridad de Salos, yo ya no podía ser el blanco de su violencia.

—Les voy a cortar los huevos. A toditos.

Guna volvió a los mangles, como queriendo esconderse, vigilando todos los puntos cardinales, lista para empezar su masacre testicular canina.

—esa lámpara a veces no está de ese color guna.

Aún no me recuperaba del susto, pero ese comentario de Adela me contentó. Estaba comenzando a entender su lengua.

—la señorita Raquel sabe llegar termine de llegar llegue derechito.

Desobedeciendo a Adela, que había desobedecido a Rita, en vez de ir a la cabaña, me quedé un rato sentada en la loma, el punto más alto de la isla, bajo un solazo que parecía estar más cerca de la tierra que lo normal. Desde allí era posible tener una idea más clara de la geografía, mitad prohibida, de la isla. En mi lado, el oeste, quedaba la ciudad de miniatura: la plaza, la iglesia, la biblioteca, el salón de actividades, el centro comercial, las casitas, las cabañas y el bosque de mangle que avanzaba sobre ellas.

Hacia el este, en el extremo vetado, había unos almacenes y un pequeño muelle auxiliar, como si Salos, además de todo, tuviese un área industrial, pero esa sorpresa fue poca comparada con la imagen de un pabellón de varios pisos que parecía flotar en el mar. Más que un edificio, aquella fantasmagoría se asemejaba a un crucero encallado. La planta baja había sido totalmente tomada por el agua; marea atrás de marea, el Caribe terco había reclamado el espacio que idealizadores e ingenieros insolentes tentaron robarle, y el pabellón, que antes fuera una osadía arquitectónica, era ahora una caverna, memento mori de las ideas nefastas. Diferente del aire de colegio católico que tenía el edificio principal, espacioso e iluminado, ese cajón gris y robusto, con rejas reforzadas y ventanas minúsculas pegadas al techo, tenía una aflicción carcelaria, una cierta incomodidad geodésica que venía del agua que lo invadía, pero también de la geografía de esa parte de la isla, donde la maraña de mangue y la lisura de las dunas se transformaban en una violencia rocosa, cruel al tacto y a la vista.

La idea de aquella isla como una gran maqueta me desestabilizaba. Traté de sacar cuentas, de hacer un paralelo histórico íntimo entre ellas y yo; entre el país, el mundo y el agujero negro que era Salos. ¿Sabían ellas de la caída del muro de Berlín? ¿Sabían de la existencia de la Unión Europea? ¿Sabían de lo grave que había llegado a ser la epidemia del sida y que había una oveja clonada llamada Dolly, como Dolly Parton? ¿Sabían que Lady Di había muerto el año pasado? El sol me quemaba hasta la línea que formaba mi pelo al dividirse y ya comenzaban a picarme las gotitas de sudor naciendo en el cuero cabelludo. ¿Qué coño le importaba el muro de Berlín a quien vivía encerrado tras su propio muro de piedra y un muro de agua aún mayor que ni las jaibas querían visitar?

Si era cierto lo que Igor y el pescador de la noticia infame habían dicho, no había un solo familiar o amigo que hiciera una visita a esas mujeres. Las ciudades estaban llenas de abuelos Ignacios, mamás Taíses, nietas Sofías, llenas de gente como nosotros, que éramos los verdaderos pobres. Nosotros, que siempre tendríamos más límites que aventuras porque no sabíamos convivir con el exabrupto. Nosotros, que encerrábamos a los insanos en manicomios para que no pudieran agredirnos con su presencia, sin

saber que en Salos la ecuación estaba al revés, allí ellas se encerraron para que no pudiéramos herirlas. Por eso, cuando fueron dejadas a su suerte y tuvieron la oportunidad de regresar a sus antiguas vidas, no lo hicieron, ni siquiera las sanas. Prefirieron la reclusión, la supervivencia. Yo debía erradicar de mí esa lástima fácil y apriorística, infantilizante. El destierro de una familia tan canalla como la nuestra fue tal vez lo mejor que pudo pasarle a mi pobre abuela.

8.

Para fortalecer mi falsa investigación sobre los cangrejos, que era lo único que justificaba mi presencia en la isla, inventé una rutina de actividades pseudoacadémicas tan seria que por momentos casi llegaba a creer que yo era de verdad la profesora Raquel.

Comencé a levantarme antes de que Adela apareciera con el desayuno, aprovechando que a esa hora los perros todavía estaban durmiendo, exhaustos de tanto coger y pelear, las únicas dos cosas que sabían hacer, según me habían dicho. Salía en caminatas tempraneras para recolectar cualquier animalito, vivo o muerto, que encontrara en las rocas y en la parte bajita de la playa y, de vuelta a la cabaña, me dedicaba a intentar dibujos anatómicos como los que Franco tenía en las diapositivas para sus clases. Me divertí como nunca inventando nombres, seres vivos, palabras, conceptos, todo el entramado de una teoría que culpaba a los malasangres cangrejos invasores por la infertilidad de las aguas. La idea no era descabellada; la armé juntando recuerdos de los congresos de biología a los que fui con Franco y una que otra información suelta entre libros, separatas y revistas de National Geographic o Muy Interesante regadas por los lugares más inusitados de nuestro apartamento. La hipótesis tomó forma, al menos como narrativa, y ya tenía sustancia para responder con cierta coherencia cuando exigieran resultados.

¿Qué hubieras pensado tú de mis dibujos, Franco? ¿Te hubieras

reído, al menos? ¿Ves cómo robé tu vida? En varios sentidos, dirás. Pero me refiero es a que estaba usurpándola, a que usaba tu currículo como medio de subsistencia. Y se me estaba dando tan fácil, tan natural, que me asustaba.

—¿Quieres probar?

Adela y su entusiasmo: dos cosas por las que, aun fracasando, mi viaje valdría la pena. Hacía cuatro días que yo estaba entregada a mi papel de profesora Raquel; hacía también cuatro días que Adela venía y se sentaba callada, expectante, a verme dibujar mis anatomías toscas.

—Anda, prueba.

—la señora rita dice que no que los peligros y las puntas y las letras y las venas y los ojos y yo digo que sí sí sí sí sí yo quiero.

Agarró el bolígrafo y la hoja como quien agarra un recién nacido. Permaneció un rato mirando la blancura, como si marcar el primer punto fuera una decisión trascendental.

—Dale, haz cualquier cosa.

Cerró los ojos y tamborileó con los dedos en la mesa, mientras me explicaba:

—cualquier cosa no nunca las cosas mis cosas hay muchas cosas usted sabe y mis dedos piensan porque el cuerpo piensa ahora yo también sé.

Abrió los ojos ya con otra actitud. Midió con los dedos el punto central exacto de la hoja. Marcó un punto y otro y otro más hasta que se decidió y dibujó una línea entera de extremo a extremo, un horizonte grueso y bien plantado y ahí empezó la desmesura. Hizo tantos dibujos que llenó la hoja hasta quedar casi toda negra. La mayoría eran árboles y hormigas que no guardaban proporción entre sí; insectos mutantes encima de bonsáis. Cuando vio su obra culminada, se me fue encima con un ataque de besos.

—con lengua no no no no me lo prohibieron ya yo me dejé de eso ahora todo soy yo solita solita pero sabroso pero lengua no ya yo me dejé de eso.

—Yo también me dejé de eso. —Reí, cómplice y colega de onanismo. ¿Vamos a dar una vuelta?

—herminia está allá raquel sin nombre no puede ir raquel no tiene permiso tiene que esperar aquí nadie le va a dar nada de a gratis.

Era normal que Adela inflara su ego con las escasas posibilidades que le quedaban, pero ese echarme en cara la prohibición me dejó en un paréntesis de egoísmo puro. Ella, una paciente, tenía libertad absoluta de tránsito, mientras que yo estaba sujeta a los designios de la alcaldesa. Ella quería jugar a la provocación, pero no sabía a quién estaba provocando.

—¿No quieres que vayamos a jugar?

Adela me miró sin entender.

—A jugar en las dunas, no allá.

—rápido rápido rápido temprano —dijo ella ya desde la puerta.

No voy a mentir diciendo que me sentí culpable. Adela no merecía meterse en problemas, pero la verdad es que yo no la estaba arrastrando a romper ninguna regla. A ella le había sido indicado no dejarme ir hasta los almacenes, pero nadie dijo nada sobre verlos de lejos, desde algún punto más alto, como las dunas.

La arena ya estaba en la temperatura perfecta, ni fría ni caliente, ideal para rodar médano abajo hasta hundirse en el agua. Claro que no era ese mi interés. Yo quería rodar hacia el otro lado, hacia la zona vetada, donde yo sabía que algo me esperaba.

Vuelta, vuelta, vuelta, vuelta y me atollé en un pequeño valle. Mi torpe trayectoria me sacó del camino recto que yo había planeado, pero fue un desvío afortunado. Desde ahí, tenía una visión buena de los almacenes y la arena me protegía. En el muelle de carga había una lancha cargada de sacos que un hombre corpulento, Herminia y otra mujer iban bajando y llevando hasta los depósitos. Rita

conversaba sonriente con un hombre muy pequeñito que permanecía de espaldas y que de un segundo para otro le invadió las nalgas con las manos, haciendo que durante algunos instantes la sonrisa se le transformara en asco. Volteé para encontrar a Adela, quería leer en su reacción si aquello era normal, pero solo vi una mancha lejana corriendo hacia el edificio principal.

Esa misma tarde, Igor llegó con la lancha repleta al muelle principal y, sin palabras ni dinero ni documentos de por medio, frutas y verduras, carnes de todos los colores, paquetes de arroz y pasta y azúcar y leche, latas y más latas, potes de champuses y cloros, empezaron a acumularse en el deck, para alegría de los malditos cangrejos cementosos que, junto conmigo, habían sido los primeros en llegar y curiosear.

—¿Cómo te va? —Lo saludé con una dulzura que acabó sonando un poco fresca. Él sonrió sin mirarme.

—No me puedo quejar. ¿Usted?

—Pues tampoco.

—¿Todavía no quiere el viaje de regreso? —preguntó él, y a mí me pareció que me devolvía la coquetería.

—¿Quién manda esto? —Aproveché la cercanía.

—Eso es con ella.

Rita se acercaba a paso ligero.

—¿Qué es lo que es conmigo?

—Yo le pregunté quién enviaba estas cosas. ¿Son los familiares de alguien?

—¿De cuándo a acá a ti se te deben respuestas?

La miré y asentí, en retirada. Igor movía hasta los paquetes que ya estaban acomodados, solo para evitar mi cara de humillación.

—Son familiares de una paciente, que vienen a dejarle cosas —ladró Rita, cuando vio que me alejaba.

Ella sabía ser violenta con las palabras. Yo sabía leer entrelíneas.

Me fui a la cama pensando en esos supuestos familiares cuyas visitas incluían transacciones comerciales en vez de cariños. Yo no vi a nadie entrar y nadie había llevado a ninguna paciente al muelle, pero tal vez mi radar era demasiado corto. Pudiera ser que en el edificio principal estuviera desarrollándose alguna escena en paralelo, con una madre, un padre, un hermano, que daban migajas de amor a su interno como se le dan migajas de pan a las palomas de una plaza, como por no dejar y como para sentirse mejor y salir bien en la foto, que es como ponerle sello de autenticidad a ese recuerdo fraudulento. En cualquier caso, eran sinvergüenzas lo suficiente como para ser cómplices de ese abandono y calmar con insumos básicos sus consciencias. Y nosotros éramos peores. Si era verdad la versión de Rita y si era verdad que mi abuela estaba viva, yo tendría que agradecerles a esos sinvergüenzas por hacer lo que mi madre y mi abuelo nunca se dignaron a hacer o delegar. Gracias a esos sinvergüenzas, la abuela había contado todo ese tiempo con comida de sol y comida de luna, había tenido con qué limpiarse el culo y con qué curarse la migraña de saber que jamás podría esperar de nosotros ni lo esencial ni lo superfluo.

Tanto Adela como el desayuno que ella me trajo estaban nefastos. Unos huevos fríos, sin sal, un café tan, pero tan aguado, que al principio pensé que era té. Y ella no era la Adela habitual sino la Adela de los malos días, una con la mirada esquiva y la boca en piquito, una que era capaz de escupirle a una persona en la cara si su voz la irritase. Esa actitud disciplinante sin duda venía de la Rita Dictadora y no consiguió más que atizar mi curiosidad.

—¿Quiénes mandan esas cosas, Adela? ¿Son familiares, son amigos… quiénes son?

—los huevos cómase los huevos guna los hizo usted coma no venga a pedir mandarina —dijo ella con el rostro encendido por un nerviosismo fucsia.

—Te estoy hablando, Adela, ¿quiénes mandan esas cosas?

—cállese cállese eso llega porque nos lo merecemos las cosas buenas que ocurren de premio porque la integridad de carácter es nuestra y hay bondad mente-sangre-corazón pero las cosas malas vienen del afuera el código las explica usted no conoce el código tiene que estudiar bien tener bondad mente-sangre-corazón no pregunte no pregunte y llegue sin hacer bulla.

Las frases le salieron rápidas y llorosas. Todo aquello era un asunto delicado. Emisaria y mensaje cantaban claro e imitaban a mi abuela cuando me decía «Sofita, mi vida, no busques lo que no se te ha perdido». Clásico consejo conservador que, en ese momento de mi visita a Salos, sería el mejor que podría recibir.

Relato de un náufrago

Gabriel García Márquez, 1970

Libro pequeño cuya totalidad de páginas

fue substituida por hojas escritas a mano

21/03/1982

Le di a Ignacio la oportunidad de ser inteligente. Quise compartir mi don con él, así como él compartía todo conmigo. Cuando mencioné a Ino, él se volvió pura tribulación. Por más que intenté explicarle, Ignacio no quiso escuchar. Me llevó con el doctor Urbino. A escondidas. Me prohibió hacer cenas y fiestas en la casa. Me prohibió salir. Me prohibió contarte algo de esto a ti, a Taís o a quien fuera. Imagínate, Sofía, ni siquiera Taís, tu madre, podía saber que había parido una criatura tan primorosa. Estaría tan orgullosa, ella que siempre ha querido destacarse y casi nunca lo ha logrado.

Ignacio no quiere escuchar hablar de Ino. Nunca lo vi tan celoso, tan descontrolado. Está empeñado en decir que ella nos va a separar, que me va a perder, que toda la familia me va a perder y que yo no lo puedo permitir. Es imposible tener una conversación coherente con un hombre ciego de celos. Cómo hacerle entender que Ino no le representa ningún riesgo.

Si tan solo pudiera contarle que ella solo ha venido a darme un mensaje, a ayudarme a entender mi talento y cómo usarlo para cumplir mi propósito. Pero Ino me advirtió que eso sería inútil. Explicó cómo había funcionado la batalla silenciosa por apoderarse de mí. Lo primero fue limitar mi curiosidad. Estudio, lecturas, viajes, amistades: solo las necesarias, solo las aprobadas por los censores. Me robaron las oportunidades y redujeron mis competencias a ser divertida y simpática, pintar lienzos sin valor para distraerme y tocar tres cositas en el piano en cada fiesta. A.

9.

Después de pasar la mañana entera dibujando, con la mano ya cansada, bajé a la playa. Desde el extremo rocoso, la jauría de Domingo me vio llegar, pero pudo más la pereza que las ganas de provocar. Aunque flacuchos y ágiles, a esa hora los perros parecían unos viejos cerveceros e inmóviles, ballenas desnutridas varadas al sol. Más mascotas que fieras, menos peligrosas que retozonas. Pensé que Domingo estaría cerca, modorrando entre los arbustos, pero lo descubrí vuelto un relieve en el horizonte que yo esperaba ver vacío. Él estaba en la lanchita, bastante lejos de la orilla, de cara al mar. Parecía que su único objetivo fuera dejarse mecer por las olas. Y mecerse en ese caso venía siendo un eufemismo. La lancha casi llegaba a voltearse. Pero él seguía allí, en su ejercicio de paciencia.

A fuerza de gastar horas ese día viéndolo a la deriva, el recelo que al principio me causara se deshizo. Me propuse ganarle una sonrisa, no solo por entender que él también podía tener informaciones útiles sobre mi abuela, sino porque me despertaba la compasión

automática de aquellos seres tristes de la madrugada, aquellos que alimentaban el folclor de las horas oscuras de Maracaibo, como el mago triste, siempre borracho, que jamás logró hacer el truco de las barajas, o el pintor de retratos que, con carencia absoluta de talento, iba de bar en bar dibujando a los presentes en la espera de que alguno se maravillara con su creación y le ocupara los bolsillos cansados de cargar aire. Domingo era eso, pero en el contexto de Salos.

Con cinco preguntas memorizadas sobre mi falsa investigación, busqué un lápiz y algunos de los mejores dibujos que había hecho y esperé que él regresara de su estoicismo disfrazado de perseverancia pesquera y atracara su lancha repleta de redes vacías. Ya antes lo había visto perderse entre las edificaciones que el mar se estaba comiendo. Imaginé que tendría una cabaña semejante a la mía, en algún punto seco, elevado, aislado. Los perros ya habían percibido que yo les seguía el paso y, aunque hubo un conato de revuelta, el propio Domingo los silenció.

—¿Señor Domingo? —llamé.

Había unos diez metros entre nosotros. Él me hizo señas de que lo siguiera. Uno que otro perro volteaba y me miraba con escrúpulos.

La arena se acababa y el mar ya golpeaba las construcciones. Cuando perros tuvieron que comenzar a nadar, el crepúsculo ya se había ocupado del cielo. Era un paisaje agónico y hermoso. A un lado, espacios cuyas puertas el mar había profanado para hacer flotar en sus interiores lo mismo camas y jirones de sábanas y gavetas que algas y troncos y carcasas de animales muertos. Al otro, un mar revuelto, anaranjado, con frutos esterilizados por lo hirviente de sus aguas y, allá lejos, el horizonte cielo-infierno. Frente a mí, Domingo y su fortaleza, el edificio cuyas primeras plantas estaban tomadas por el agua, el mismo que antes pensé que fuese un pabellón especial.

Los perros se sacudían montados encima de los techos, felices de estar en casa. Y él, cabeza de ese reino que había sobrevivido a un cataclismo, me esperaba serio en la puerta que, por el avance del mar, venía siendo un ventanal roto del segundo piso.

En algún punto, mis hojas y mi lápiz se habían unido a las camas flotantes. Mis pies no tocaban el fondo y el mar estaba empecinado en sacarme de ahí, en llevarme consigo. De nerviosa, empecé a reírme. Domingo se lanzó al agua, o sea, a su jardín, y me extendió la mano. Yo quería decirle alguna cosa, soltarle la lenguarada profesoral que había memorizado, agradecerle, al menos, pero no podía parar de reír. Y seguí y seguí, hasta llorar, hasta que la última uña de sol se apagó y no hubo más claridad que la luz de una luna menguante y del único poste de Salos, que nadie prendía y nadie apagaba, pero cuya luz nunca faltó.

—Ya está bueno, ya, muchacha. Le va a dar tos si sigue con la rochela.

Bajo ese azul eléctrico de las seis y media de la tarde en el Caribe, Domingo era como una criatura del mar. Su piel, vista de cerca, estaba llena de surcos hondos, reseca y maltratada, como hecha de material calcáreo. Un hombre arrecifado. Y debajo de esa carcasa de sireno viejo, toda la tosquedad y la ternura de un hombre jubilado temprano de sus pasiones. Rochela. Cosa de gente capaz de querer bonito.

—¿Le gustó aquí? —me preguntó.

—Es un buen lugar para descansar. Lejos de todo.

—¿Y usted no vino a trabajar, pues?

—Vine a todo.

—No sé qué tanto todo pueda hacer en una isla que no sirve pa' nada, pero cuénteme… ¿Qué quiere de mí?

Raquel volvió a mi cabeza y a mi lengua y le solté, ahora sí, mi ficción sobre los cangrejos: Isla de Salos, por más que fuera solo un puntico lejano en el paisaje que ven los tripulantes de los barcos transoceánicos, sentía en sus ecosistemas algunas de las consecuencias de la existencia de esas rutas comerciales y turísticas. Esta nueva especie de cangrejo que habían estado sacando era extranjera, sin duda, y la explicación más probable era que hubiera sido transportada como larvas en las aguas de lastre de esos barcos.

—Y así va a quedar porque, contra eso, ¿quién?

—Pues hay legislaciones que…

—Ajá. ¿Va a cenar conmigo o ya la tengo que regresar a su cabaña?

Sintonía inmediata se llama eso. Ni yo tenía ganas de desarrollar mi hipótesis fabuladora, aunque no carente de sentido, ni Domingo apreciaba palabras sin consecuencias.

—¿No le incomodo?

—¿Sabe cuánto tiempo hace que nadie viene a cenar conmigo?

Entramos. Él, mi nudo en la garganta y yo.

—Mi brazo lo dejé en el pabellón de abajo. Cuando el agua empezó a meterse, intentamos hacerle una barrera. Un «muro de contención», figúrese que cosa más pendeja. Una mescolanza de estacas de madera, piedras, follaje, lo que apareciese. El invento fue mío. Las muchachas son fuertecitas, ¿sabe? Pero estas aguas son más bravas que toda esta jauría peleando por las hembras cuando se ponen malucas. Por pura suerte no perdí también la cabeza cuando aquellas malditas estacas se soltaron. Por bruto y por necio es que me pasan esas cosas. Estuvimos dos semanas rezando para que la herida se cerrara, pero no había dios que me juntara el cuero. Yo mismo me lo corté. Ellas me ayudaron, no fuera a ser que me pelara y cortara más arriba de lo necesario. No es gran cosa, ¿sabe? Con un brazo se puede vivir tranquilo. Ni crea que no. Si yo fuera profesor, como dice usted que es, o vendedor, o diputado, no tendría problemas. Bueno, que para ser diputado uno no necesita la cabeza, cuanto y menos va a necesitar dos brazos. Pero es que para ser pescador, plomero, albañil, padre y cualquier cosa que se necesitara aquí que yo fuese, hacen falta dos y tres y hasta cuatro brazos completicos.

—¿Usted tiene hijos?

—Tuve.

—¿Fueron ellos los que lo trajeron aquí?

—¿Usted cree que yo estoy loco?

—En lo absoluto.

—¿Quién en su sano juicio iba a venir por gusto, no?

—¿Puedo preguntarle por qué no se fue con el personal del sanatorio?

—No, no puede. Porque si lo hace le voy a responder verdades que capaz y usted no quiere oír. Igual que yo no le voy a preguntar por qué usted no se va, si usted y yo sabemos que esa investigación suya se huele el rabo.

Por debajo de la ropa mojada sentí una ola de miedo caliente que duró lo que tarda el cerebro en suspender la demanda de fuga, porque pronto vi que Domingo dijo su verdad, pero no era cosa de arrinconarme o de exponerme, más bien era decir pues vamos al punto y en el punto nos encontramos en paz.

—Tómese esa sopita y cuénteme, ¿la tratan bien las muchachas?

—Las pocas que conocí hasta ahora, sí. Pero quiero conocer a las otras.

—Una cuerda de viejas.

—¿Viejas, viejas, tipo de setenta, ochenta años?

—Ni tanto. Pero antes había por bojotes.

—¿Antes?

—Pero no vamos a hablar de cosas tristes. Dígame, ¿le gusta aquí?

Sí, me gustaba ahí. Sí, me trataban bien. Incluso él, dentro de su habitación de hospital devenida cueva, estaba siendo tan amable como sabía ser después de tantos años. Me decidí por la prudencia, esa virtud que en los últimos meses había estado tan escasa en mí. No le pregunté más, dejé que él dirigiera la conversación. Lo que yo

quería, de verdad, era que él me desenmascarara y me dejara al fin libre para preguntarle qué había sido de mi abuela. Pero él no quería hablar del pasado. Quería disfrutar esa noche, tiempo presente, en la que ganaba la oportunidad de ofrecer su acumulada y conmovedora disposición de anfitrión.

Con entusiasmo me enseñó su cocinita a gas y su nevera ejecutiva que usaba de despensa porque en esa ala del sanatorio la corriente eléctrica se había caído cuando el mar empezó a reclamar su espacio. Pero su gran tesoro era, y no le faltaba razón, un radio de pilas en el que emisoras de Venezuela, Colombia, Curazao y Aruba se paseaban por el dial y le regalaban el milagro de la música y la información planetarias. Un puente sonoro entre Isla de Salos y el mundo.

En los últimos años, a Domingo lo habían acompañado más los dramones corta venas de Diomedes Díaz, Pastor López y Vicente Fernández que cualquiera de las muchachas. Era más probable que mi voz acompañara al buen Domingo uno de esos sábados en que mi programa alcanzaba la mayor sintonía, que una Rita o una Adela lo visitaran para compartir una comida de sol. Yo quería entender por qué él decidía ser una isla dentro de una isla dentro de otra isla, por qué no se había ido cuando estaba sano, fuerte, completo.

Porque no lo estaba. Aunque una barracuda tuviera mejor gusto musical, aunque su ejército de perros solo sirviera para ladrar y coger, aunque pareciera un decápodo demasiado longevo y demasiado inútil, algo —alguien— debía unirlo sin remedio a esa isla.

—¿Va a querer irse por donde vino o por dentro?

—¿Es más fácil?

—Ya eso es con usted. Tendría que atravesar toda esta ala. Al final, hay una entrada. Como de cárcel. Y ahí mismito ya están las dunas y la veredita. Pero nadie se arriesga.

—¿Y eso por qué?

—Las únicas dos personas que vienen una vez por cuaresma por

aquí prefieren echarse al mar oscuro a ir con un candil por ese corredor endemoniado.

—Me estoy asustando.

—Es que aquí estaban los pacientes violentos, era un área penitenciaria. Genaro, Samuel, Ramona y otros dos que estaban tan recién llegados que ni tiempo me dio de aprenderme los nombres. Ni ganas tenía yo de saber. Uno de esos era un gigante, como esos de las películas, pero fuerte y ligero como ver a mi perro Parchito, ¿sabe? El más amarillo de la jauría, aquel que es color cagada de amibiasis.

—¿Qué pasó con ellos?

—Usted no sabe lo que era ver el odio en esos ojos. A los médicos les debió dar miedo llevárselos y acabaron dejándolos a todos. En las lanchas no podrían amarrarlos, como estaban aquí.

—¿Esa gente murió de hambre?

—¿Puede creer que cuando yo entré, una semana después, esa mole todavía respiraba? No iba a ser yo el que salvara a la bestia. Recé lo que sabía rezar al lado de él y esperé que se apagara. A todos los otros logramos sacarlos, los echamos al mar y que las criaturas del agua hicieran lo suyo. Pero a la bestia no pudimos. Nos ayudaron los animalitos y el calor, que en tres semanas lo desaparecieron...

—Déjelo hasta ahí.

—Apechugue, Raquel, que usted está llegando tarde, usted no estaba aquí. Tendría que haber estado aquí para entender.

—Yo lo único que entiendo es que me regreso por el mar.

—Tá bueno.

Había que estar ahí para entender y yo no había estado. Jamás podría entender. No estaba tan por encima del bien y del mal como ellos. ¿Cómo fue que médicos, guardias, empleados, compañeros, los habían dejado morir, que es lo mismo que matarlos? No quería entender, quería olvidar que alguna vez me enteré de eso.

Domingo insistió en acompañarme y eso me salvó de la tortura que sería enfrentar el agua sola. Nadamos en la noche más negra, en cuyos sonidos solo existían los perros y la marea. Yo me aferraba al viejo, al desalmado viejo, al imposible buen viejo, y quería odiarlo. Quería que me dijera que Aída no estaba allí ahora y que no había estado cuando Salos dejó de ser un sanatorio para convertirse en un sarcófago de vivos, que los médicos se la habían llevado consigo y ella era inocente de aquella barbarie porque así yo podría ya agarrar mis trapitos y mis falsas teorías y farfullas investigaciones y regresar a aquel infierno de ciudad que era menos infierno que Salos, aunque allá también hubiera quien muriera de hambre y de olvido.

Llegamos al camino. Para ese momento, Domingo ya parecía arrepentido de haberme contado, su rostro se había encapotado, era otra vez Domingo, el inaccesible.

—Buenas noches —le dije.

—Raquel, ¿sabe qué es lo único que da más miedo que la muerte?

—¿El hambre?

—No. La locura.

Fue por ella, por la locura, que marido, hija, nieta, hermanos, desistimos de mi abuela Aída. Y desistir de quien depende de uno, de la retribución concreta de tanto amor dado y de nuestro poner el pie en el zapato del otro y sentir las humedades y los olores y el encaje del dolor ajeno, desistir de quien precisa de uno para algo tan elemental como mantener la cordura, es parecido de más con matar. Aún así, todo mi árbol genealógico puso su cabeza en la almohada cada una de estas casi seis mil noches que pasaron desde aquel soltar de manos y logró dormir en paz.

10.

La poca sensación de privacidad que había alcanzado en esos días se me deshizo al descubrir a Rita dentro de la cabaña.

—¿Se te perdió algo? —dije, simpática, intentando restarle importancia a la invasión.

—Se me perdió un espejo, hace años. ¿Tú no tendrás alguno que puedas prestarme?

La intimidad era una cuestión relativa y fugaz en Salos y eso me tenía un poco sin cuidado, lo que sí me preocupaba era que Rita estuviera haciendo eso por desconfianza, porque sospechaba que yo era una intrusa. Pero Rita era un maniquí cuando así lo quería y, como tal, respondía. Cartón piedra sin asomo de sentimientos.

—Tengo este. —Le entregué el polvo compacto—. Puedes usar también el polvo, creo que es justo de tu tono.

Rita se miró en el espejo muy de cerca y luego lo alejó para tener una visión más completa de sí. Entonces el maniquí se hizo añicos. Ver el paisaje propio tan cambiado la obligó a sentarse, a desparramarse en la cama como si de golpe le hubiera caído el cansancio de todas esas edades que había envejecido sin la dádiva del poco a poco, la devastación que no vemos de tan disuelta que la tenemos en nuestro exceso imágenes cotidianas.

—Adela me dijo que aquí había un peligro. No hay nada más peligroso que los espejos en esta isla —dijo, intentando recomponerse.

Me contó que, por encima de cosas del corazón y del cerebro, de tumores y coágulos reventados, los espejos habían sido la principal causa de muerte. O al menos, la principal forma. Cuántas cosas que nadie nunca debería ver o vivir, Rita tuvo, no solo que ver y vivir, sino también limpiar, escurrir, sepultar. Eliminaron los espejos y

con ellos varias amenazas juntas. El tiempo quedó en buena forma aniquilado pues perdió uno de sus testimonios, acaso el más importante. Ellas ya no podían odiar su imagen ni admirarla en los buenos días, no podían comparar sus envejecimientos y sus sobrepesos. Eran dependientes de la imagen que las otras les construían de sí mismas. Del imperio del tacto. Del reflejo movedizo y distorsionado de la superficie del agua y de los iris ajenos.

Mi espejo amenazaba todo ese equilibrio. Si había herido a Rita, que sabía aguantar dolores, en manos de alguna más débil sería una masacre.

—No podemos tener ese peligro.

Tomé el estuche y lo estrellé contra el piso repetidas veces. Como la Rita maniquí, mi espejo quedó vuelto añicos. Las dos nos reímos. No sé por qué.

—Procura guardar mejor cualquier cosa puntiaguda. Esa pluma con que tú dibujas puede hacer un buen daño.

—Sí, señora.

—Y los lápices tienes que esconderlos mejor todavía, mira que la escritura puede ser muy peligrosa.

Rita me invitó a dar una caminada. La escena que acabábamos de compartir me había abierto una rendija hacia ella. Su autoproclamación como alcaldesa no había sido un acto autoritario, sino heroico. Ella era una misionera y en escasas palabras se había ganado mi admiración. Hice lo posible por no ser ceremoniosa, pero al ver que la propia Rita entraba en personaje para darme el tour, supe que podía mostrarme emocionada o agradecida o intrigada pues para ella aquel paseo tenía algo de sagrado e inédito y sería un error fingir apatía.

Hicimos un camino diferente, esta vez por dentro de «la ciudad», donde callejones querían ser avenidas y restos de letreros oxidados osaban apuntar direcciones y contribuir con la puesta en escena en

aquel decorado de novela que no engañaba a nadie. Cascarones de edificios en diversos estados de conservación denunciaban los intereses de las habitantes de Salos. El cine estaba bastante deteriorado, pero permanecía limpio. Las poltronas organizadas en círculo, algunas de ellas de espaldas a la pantalla, sugerían que ver películas no era una opción en la rutina actual de las mujeres. La panadería parecía estar en uso, aunque algunas máquinas ya no funcionaran. La frutería y el abasto, en cambio, eran un festín de polvo y monte reventando las cerámicas del piso. Al final del callejón, después de una iglesia católicamente única, estaba el que sin duda alguna sería el lugar predilecto de mi abuela en toda la isla, la biblioteca. Clausurada, pero de considerables proporciones y en buen estado, ella estaba ahí como para probar que Salos estaba hecha de espíritus perturbados, pero que la perturbación y la cultura no eran de forma alguna excluyentes. ¿Estarían todavía allí los libros o también ellos habían sido más rescatables que ellas?

—No mires mucho para aquellos lados.

Me tomó de sorpresa el tono burocrático y duro con que me habló.

—¿Puedo preguntar por qué?

—No, no puedes.

Caminamos un poco más, en silencio.

—Me dijo Adela que la biblioteca está abandonada.

—Ajá. Ya no hay quien la cuide.

—¿Qué le pasó a quien la cuidaba?

—¿Tú viniste aquí a hacer preguntas o a traer respuestas?

—Disculpa. Es curiosidad. Pero yo podría ayudar, si ustedes quieren, podemos reactivarla.

—Podemos me suena a multitud.

Estaba casi insistiendo cuando me vi frente a él. Un metro de ancho por cuatro de alto, la división maciza que durante décadas dijo

quién iba al baile y quién solo se lo imaginaba. Rita me había conducido al mismísimo portal. Hospital Psiquiátrico Nacional «San Simeón Salos». Casi podía sentir el peso de las letras talladas en el arco de piedra, apabullante como un elefante bobo y monumental listo para derrumbarse encima de nuestras miniaturas.

Un edificio central extendía sus brazos, separados por un patio que, aunque no podría llamarse jardín, ostentaba un cierto cuidado, una dignidad de cactus y sábilas. Hacia el frente, dos templetes, uno de ellos habilitado con cuerdas en las que pendían batas, vestidos, pantaletas, manteles, todos de la misma tela celeste de hospital en una amplia gama de desgastes. Cuando era pequeño, muy pequeño, recuerdo que siempre junto a mi cama juntaba las manos y de prisa rezaba, mas rezaba como quien amaba, iba siguiéndole el paso a Rita cuando la visión del lugar una vez más me llevó al colegio y al recuerdo de la Hermana Aurelia, con su olor a talco, a clavo y a viejita, enseñándome esa canción en una de esas tardes de esperar a la abuela, y me conmoví como siempre lo hice, aunque ya no hubiera dios en quien creer ni monjas que obedecer.

En el lobby, los vitrales mentían; insinuaban que ese lugar era misericordioso y cálido, como la terraza de abuelo Ignacio, llenita de vitrales increíbles con los más diversos tipos de orquídeas. A luz de ahora no atravesaba flores sino una Sagrada Familia y un Divino Niño Jesús; no bañaba a mi abuela Aída, que no estaba en su casa, acostada en la hamaca o leyendo en la poltrona, sino que llegaba hasta una estatua en yeso blanco de un hombrecito feo, el fulano Simeón de Emesa, que le daba nombre al sanatorio.

Haciéndose pasar por un salos, que en algún idioma árabe, nunca recordaré cuál, quiere decir loco, Simeón enseñaba el Evangelio sin peligro de que lo llamaran bueno. Seguido se quedaba en pelotas, iba a los prostíbulos y a los bares, cagaba en público.

—Nada que yo no haya visto aquí. Era un actor de los mejores, un payaso, eso sí. Pero a cuenta de la supuesta locura, se juntaba tanto con el peor delincuente como con los hombres más correctos, y en esa guachafita llevó a muchos al camino de Cristo. Cuando se murió fue que todos en la aldea supieron que en realidad era un monje que había decidido despreciar la santidad. Siempre fui devota de ese Simeón —concluyó Rita—. Lo último que quería era ser santo y

mira tú, que hasta un sanatorio se ganó el pobre.

—Pues sí, con estatua y todo. ¿Nadie se percató de la ironía?

—Seguro que lo pensaron. Pero también pensaron que, en el fondo, fondo, todos los santos queremos estatuas. El Padre Cicerón fue el que me contó la historia de San Simeón Salos. Él dijo que iba a volver, pero nunca más nos visitó ¿tú puedes creerlo?

No, no creía nada, porque creía haber escuchado a Rita referirse a sí misma como santa y eso era increíble, entonces era mejor no creer nada.

—¿Es verdad que tú naciste aquí? —pregunté, para sacarme de la cabeza la imagen perfecta que ya me había hecho de la estatua de Rita.

—Sí. En el cuarto 4 del pabellón B. Jamás en la vida he dormido fuera de ese lecho, ahí me parió mi madre y ahí voy a morir.

—¿Tu madre era interna?

Rita me miró, en silencio, perpleja con mi atrevimiento.

—Mi madre era mi madre y de ella no se habla porque ella le queda grande a cualquiera. Voy a descansar. Puedes regresar a la cabaña. Y vete directico para allá.

—No me respondiste nada sobre lo de la biblioteca.

—Después vemos. Concéntrate en lo tuyo es lo que es.

Volví sin saber cómo considerar mi encuentro con Rita. El balance general había sido positivo, pero la recta final había sido desastrosa. Mi indiscreción me había regresado al punto de origen, quien sabe si más atrás.

11.

Abrí la puerta y ahí estaba ella, sentada en medio de la roca, en una pesada silla que debió traer consigo del edificio central. La luz del sol parecía atravesarle el cuerpo de tan blanca que era su piel. Tenía aspecto de humo, de gente hecha de neblina. Era una belleza antigua, todavía abismante.

—Buenos días. No nos han presentado, yo soy Ricarda. Vengo por los libros.

—Yo no he tocado las gavetas.

Siempre que ocurría algo inesperado, mis buenas maneras escapaban, cualquier sorpresa era un riesgo inminente y dispensaba toda norma de etiqueta.

—Buenos días —enfatizó ella, por el puro gusto de dejar en evidencia mi descortesía.

Esta mujer, en cambio, era educada hasta en la forma de pestañear. Una inteligencia insolente: de inmediato asocié su presencia en Salos a esa combinación de características femeninas, peligrosa hoy y peligrosa desde siempre.

—Puede llevárselos. Ahora estoy ocupada con otras cosas. Siempre que estoy desarrollando un trabajo, dejo de lado la literatura. Es una vergüenza.

Ahora sí, bien dicho, a la altura de mi educación, de mi histrionismo y de las semejanzas que Rita creía que había entre nosotras y que yo no veía por ninguna parte.

—Entiendo. En ese caso, permiso.

—Bien pueda.

Me quedé parada, más derecha que de costumbre, mientras la nueva intrusa recuperaba su tesoro. Reparé en su vestido, mucho más elaborado y bonito que los que usaban las otras, aunque del mismo azul que ya me daba fatiga. Fue una extracción que yo solo sabría describir como rápida y precisa; Ricarda, en cambio, seguro

usaría un adjetivo como «bistúrica», y Franco, si la escuchase, anotaría la palabra para lucirse en un futuro próximo. Él se babea por mujeres de vocabulario pomposo, de vestido con estampas étnicas y chales en épocas de pantalones rotos y plataformas escarchadas. Solo no se casó con una por timidez, por falta de autoestima para abordarlas. Y entonces me abordó a mí, la término medio por excelencia.

—Disculpa la imprudencia, ¿tú eres de la Universidad del Golfo? —preguntó Ricarda al salir de la cabaña, cargada con unos diez libracos que yo no tenía idea de dónde estaban, cuando mucho sabía de la existencia de cuatro.

Asentí por no saber qué más hacer.

—¿Eres de la facultad de Ciencias?

—Ajá —dije bajito y cerrado, como quien asume un pecado.

—Entonces habrás escuchado hablar de un antiguo conocido mío, el profesor Lorenzo Ballesteros.

—¡Faltaba más! —Ese nombre yo lo conocía, no sabía bien de dónde, pero ahí estaba, latiendo en mi memoria.

—¿Puedes decirme cómo está él? ¿Sigue dando clases o está solo con sus investigaciones? ¡Ya debe tener cuatro postdoctorados!

Era él, el rostro sonriente de lentes redondos en la contraportada de aquel libro sobre efluentes y basura y qué se yo, que Franco dejaba en su mesita de noche boca abajo y que tantas veces yo ponía boca arriba. Decidí arriesgarme, después de todo, había visto tantas veces la cara del sujeto que para mí también era un conocido.

—Pues continúa con sus clases. Se niega a dejar la docencia. Usted sabe cómo es.

—Pues sí, su vocación a veces es tan grande que trabajan incluso después de fallecidos, según me estás contando.

—¿Disculpe?

—Querida, yo no sé quién eres tú ni qué haces aquí, pero si tú no sabes que mi marido, decano fundador de la Facultad de Ciencias, murió hace unos diez años, tú no tienes relación alguna con la Universidad del Golfo. Dime, ¿eres periodista?

Mi cara de accidente cerebrovascular.

—No hagas escenas. Lo peor que tiene esta isla es el melodrama.

Mis signos vitales en una cava con hielo seco. Mi sangre, pasta de hemoglobina.

—Habla, ¿eres periodista? ¿viniste a chuparnos la sangre que nos queda?

Neuronas cortocircuitando y la cuesta arriba labor de convencer a los pulmones de expulsar aire hacia la laringe, comando neural: juntar ene y o, hacer vibrar las cuerdas vocales para producir el fonema en un tono que sugiriera verdad.

—Nnnno.

El miedo acuoso resguardado entre las pestañas.

—¿Eres de la policía?

El deslave.

—¡No!

—Van a pensar que te estoy maltratando y lo único que estoy tratando de hacer es establecer una conversación sincera contigo, si es que eso es posible, a juzgar por tu comportamiento desde que pisaste Salos. ¿Qué hace una mujer joven, casi bonita, de inteligencia sobrestimada, aunque con innegable talento histriónico, en este fin de mundo?

A cada adjetivo bien puesto, Ricarda me iba pareciendo de una peligrosidad mayor.

—Aída Rojo —atiné a decir.

A Ricarda se le desdibujaron las arrugas del rostro.

—¿Qué tienes tú que ver con ese nombre?

12.

Abuelo Ignacio amaba contarme de cuando él y la abuela Aída eran jóvenes. Decía orgulloso que ella era capaz de hacer suyas todas las miradas en cuestión de segundos. Que su voz dulce —que yo heredé, como un presagio—, su sonrisa enigmática y sus comentarios siempre agudos y al mismo tiempo discretos seducían a quien fuera. La abuela que yo conocí era otra. En algún momento de la enfermedad, esa mujer comedida se había desintegrado. Llegaron los tiempos de la extravagancia y la verborragia, los tiempos de una imaginación que se perdía de vista. Jugar con ella era mejor que hacerlo con cualquier niña.

Pero, a veces, la abuela no quería a nadie. Esos días ella me daba miedo. Cosas de loco, decía mi madre. Muchas veces yo sentía que ella la odiaba. ¿Cómo se odia a una madre? Cuando ella se ponía así, yo no me acercaba, no porque creyera que la abuela me trataría mal, sino porque ella misma decía que lo mejor para las rabietas era disfrutarlas en paz, uno solito con la gente que vive dentro de uno, hasta hacer las paces.

Uno de esos días, ella me llamó con una urgencia extraña. Nos encerramos en la terraza y fue cuando me confesó que yo era una Sirena, que pronto comenzaría la transformación y que debíamos empezar a prepararnos. Mi madre me vio salir blanca como clara de huevo y dio y dio hasta que tuve que contarle sobre mi verdadera naturaleza.

Entonces la abuela dejó de visitarnos por un tiempo. Yo insistí tanto en ir a verla que mi madre me llevó. El lugar no se parecía a Salos, no jugaba a ser un pueblo. Era como la casa de retiros de las monjas, como una casa de campo de ricachos intelectuales y

silenciosos en donde de repente comenzaron a aparecer personajes extraños y mi madre me tapó los ojos con una desesperación que la hizo parecer más demente que cualquiera de los pacientes.

Ya dentro de un consultorio, un médico muy bien peinado y demasiado pulcro para ser buen médico me dijo que la abuela Aída estaba enferma y que por eso la vería un poco tristona. ¿Tristona? Mi abuela había dejado ese cuerpo y estaba ahogándose de la risa en algún otro lugar.

Esa primera ausencia duró algunas semanas, que en tiempo niña venían siendo años. Cuando volvió, no llegaba a ser aquella pelirroja encantadora del abuelo Ignacio, ni la compañera de juegos que yo extrañaba, pero al fin estaba conmigo y, poco a poco, nos iban llegando sus partes naufragadas. Lo penúltimo en llegar fue la risa. Lo último, claro, fue nuestra complicidad, que tan caro nos había costado. Solo cuando me llamó Sirena de nuevo, yo pude sentirme perdonada. Unas semanas después, comenzamos la preparación. Yo, a pesar de querer gritar mi importancia, acordé hacer un pacto de silencio.

Relato de un náufrago

Gabriel García Márquez, 1970

Libro pequeño cuya totalidad de páginas

fue substituida por hojas escritas a mano

05/04/1982

Me duele no contarte todo ahora, pero es para evitar complicaciones en el rescate. Estás en una edad leve. Aún no has aprendido la maldad. Por si acaso, te estoy enseñando a mentir, a inventar en un segundo historias alternativas sin titubear. Eso te dará tantas vidas como personajes crees. La suerte de Sherezade.

Aunque aún no entiendas de límites, debes saber que vendrán muchos, Sofía, que te los harán tragar. Pero llegado el momento, no puedes conformarte con alegrías falsas, con alegrías de vaso medio vacío. Ese no es tu destino.

Ino dice que debo estar preparada para que, aun teniendo éxito en mi misión, nadie me aplauda. Mi tarea es toda sacrificio. Pueden incluso perseguirme. Pueden encerrarte. Van a encerrarme. Debes esperar lo peor de los tuyos. Debo esperarlo. Solo la línea del vientre materno tiene el poder de discernir sobre esos asuntos, pero recuerda que a tu hija le cercenaron la escama lobular y ya no tiene esa capacidad. Yo soy la antecesora más vieja de la Sirena. Las otras que podrían hacer el trabajo han muerto. No quiero saber cómo. Debo prepararme. Concentrarme. No tarda.

Aída, tu consuelo es que, aun fallando, si la preparación fue buena, ella intuirá su camino. Mi consuelo es que los Continentes del Afuera la educarán, pero nunca tendrán su confianza. Ella se sabrá fuera de lugar. Un día ella buscará tu isla. Un día avistará tu faro. A.

13.

Los domingos mamá iba a la misa de siete y en la casa los demás seguíamos durmiendo hasta que ella regresara y nos despertara al grito de «¿será que nadie va a hacer nada en esta casa?!». Esa mañana, en cambio, desperté con mi abuela revisando mis gavetas, escogiendo ropas y metiéndolas en mi bolsito de Strawberry Shortcake.

—Hoy va a pasar algo muy importante contigo. Tenemos que irnos ahora mismo a la playa.

Yo tuve mis dudas, pero accedí porque yo por mi abuela era capaz de cualquier cosa. El trayecto en bus fue largo, aburrido, y recuerdo que me mareé porque había un señor que cargaba una busaca hedionda a chivo asoleado. Ella iba repitiéndome las mismas

instrucciones que me dio durante la preparación: que yo era especial y que solo ella sabía cómo protegerme de los demás, que así lo haría siempre. Que yo era una Sirena y unos tales Vigías de Tierra querían anestesiar mis poderes porque no sabían manejarlos. Que no debía confiar en nadie más. Era como una película y yo era la protagonista. Maravilloso.

Se puso feliz al ver que la playa aún estaba casi vacía, dijo que así a Ino le costaría mucho menos encontrarnos. Le pregunté quién era esa y ella dijo que era una amiga que nos ayudaría. Recuerdo que se puso furiosa cuando reparó en mis uñas.

—¡Mira que eres una inconsciente! ¡Andar malgastando las pocas armas que tienes, no hay ni milímetro utilizable, porque es que te comes las uñas hasta el tronquito, pues, hasta los pellejitos!

—Se me olvidó —dije, casi llorando ya.

—Cuando te empiecen a crecer las membranas entre los dedos no puedes andar haciendo lo mismo —me dijo mientras me abrazaba bien apretado.

La lancha tenía doce puestos y ella los pagó todos. Yo estaba que no cabía de tanta alegría, porque por primera vez era rica y tendría el barco entero para mí sola, me podía acostar en el banco si quería y brincar de un banco al otro y hasta meter la mano en el agua sin temor de chispear a nadie y ganar un tatequieto. La lancha avanzaba y el pescador que conducía, un muchacho wayuu muy buenmozo, nos iba hablando sobre las islas de San Carlos y de Toas; sobre Zapara, su favorita; sobre los manglares más altos del lago y los lugares por donde pasaban las aves.

En ese paisaje, mi abuela fue como que achicándose. Todo el entusiasmo del comienzo del día se le había transformado en un desasosiego que ella se esforzaba en esconder, pero era terco el condenado, y cuando no pudo más disimular comenzó a llorar y ya no hubo más espacio para juegos ni para pájaros ni para calmas que no fueran esa calma chicha, que no era la calma chicha del viento pasmado, sino la suspensión de alma con que ella miraba hacia un punto vacío de la lancha.

El muchacho me miró, buscando respuestas y yo solo supe decirle que no se preocupara, que ella era así. Entonces la abuela volvió de su arrebatamiento y, entre sollozos nerviosos, se me acercó y me dijo que había llegado el momento. Ino estaba ahí para buscarme y ponerme a salvo. Me dio un beso en la frente y, sin adioses ni diostebendigas, me empujó para fuera de la lancha. Yo intenté agarrarme del borde, pero ella me soltó diciendo que nadara, Sirena, que viera a Ino, que estaba justo a mi lado, que confiara en ella.

El conductor estaba más asustado que yo. Apagó la lancha y se lanzó a buscarme. Ella le decía que no se metiera, pedía desesperada que volvieran al puerto porque para eso le había pagado, que estaba echando a perder todo el plan. El muchacho llegó hasta mí, que flotaba ayudada por mi chaleco salvavidas y por la mochilita de Strawberry Shortcake, y miraba muerta de horror a mi abuela, esa mujer de repente desconocida que, aunque me atacaba, era el vivo retrato de la indefensión.

—¡Quédate con Ino! —gritó ella, mientras arrancaba la lancha y se iba, adivinando cómo y hacia dónde navegar.

Esa fue la última vez que la vi. Otra lanchita nos recogió a mí y al muchacho un buen rato después. Él no paraba de decir que eso no era cosa de Dios y que esa mujer estaba llena del Mal. Unos pescadores la encontraron boyando cerca de Castilletes, sin gasolina y con marea alta. El episodio. Entre procesos y negociaciones de los que nunca me dejaron saber, la abuela Aída fue internada otra vez y para siempre. Su nombre y su recuerdo quedaron prohibidos en mi casa.

14.

-Llegas un poco tarde, ¿no te parece?

El que la conversación siguiera un rumbo tranquilo, en vez de haber

sido interrumpida, como lo era en todos los escenarios que yo me había planteado, por un puñetazo de sangre goteando y dientes partidos o por una llave de esas de perder el conocimiento o por una ráfaga de insultos finalizada con un escupitajo soberbio, contaba como una victoria, o por lo menos esas fueron mis esperanzas.

—Yo nunca supe que el sanatorio había sido abandonado.

—Fue abandonado en el 94. Ella estaba encerrada desde el 82 y murió sin que nadie viera por ella.

Muerta, a secas. Mi culpa retroactiva se sellaba así, con un luto que ya había sido y que, sin embargo, continuaría regresando a mí como el bumerán cansino del mal recuerdo, como un carrusel de caballos exhaustos que, por más que quisieran huir, nunca lo lograrían porque ya sus patas atrofiadas solo sirven para correr en círculos.

—¿Cómo murió?

—Si hasta ahora no les importó saber cómo vivió, ¿por qué vas a querer saber cómo fue su muerte?

Lo intenté, pero no pude contener las lágrimas; un arrebato de vergüenza por la verdad escupida en mi cara y por ese llanto retrospectivo, inútil y, en la interpretación de Ricarda, decorativo.

—Por favor, no les diga a las otras. Déjeme estar aquí un poco más, quiero estar donde ella estuvo.

—Yo no voy a poner en riesgo a mi familia de aquí por una recién llegada que necesita dejar de sentirse culpable. Sabrá Dios de qué estás huyendo o qué estás buscando tú, pero lo cierto en que en Salos no está. Aquí estamos las que somos y somos las que estamos. No aceptamos hippies advenedizas ni locas voluntarias.

Entonces jugué la única carta posible; el desnudo frontal, completo.

—No sé si usted sabe de Sofía, la nieta de Aída, y de lo que pasó.

—¿Qué tiene ella que ver?

—Mucho gusto.

—¿Tú eres Sofita?

La voz alcanzó mi oído y se convirtió en un aire viciado, candente, que me adoloró los pulmones. Después de perder a la abuela, nadie más me dijo así. Nunca. Creo que pensaban que llamarme como ella me llamaba era matarme un poco, devolverme a aquella escena maldita que nos rompió.

—No puedo decir que sea un placer.

El viejo y el mar

Ernest Hemingway, 1952

Anotaciones en los márgenes

22/07/1982

Mi cabeza está dañada. Podemos desenroscarla y ponerla en la basura. Mis ojos me pasan mentiras como si fueran películas. Mis oídos conversan con lo que no es de este mundo. Todos dicen eso aquí. Pero yo digo otra cosa. Cuando algo se daña, uno lo arregla. Uno cuida el daño. Uno no deja el daño solo. Uno no encierra el daño. Uno no se olvida de él. Mi propia hija me tuvo pavor. No quería saber si yo estaba viva o muerta. Ahora soy yo la que la elimina. Ahora el odio es mío y es gigante. Ella engendró una Sirena y yo se lo dije. Que no es mentira, es una verdad que podría ser bella, pero ustedes no lo permitieron. Que Sofía estuvo cerca de un portal. Tan cerquita que mi vida entera casi valió la pena. Tan cerquita que Adentro ya había fiesta. Les expliqué llorando. Les expliqué calmada. Les expliqué rogando.

Ignacio lloró. Como después de la fogata. Con miedo de verme a la cara. Y yo estaba ahí y él no veía que me tenía. Que yo podía

interceder por él y juntos reharíamos nuestra vida Adentro.

Taís no sabe perdonar. ¡Estás loca! ¡Estás maldita y estás loca! Estoy muerta e instalada en el purgatorio. Ellos no saben que no tienen nada que perdonar. Sino agradecer. Yo no sé vivir así. Sabiendo tanto y sin poder enseñar. A Sofita me le van a ensuciar el recuerdo. Pero ella sabía a lo que iba. Ella sabía el camino mejor que yo. A.

15.

Nunca pensé que Santa Rita Misionera fuera tan fuerte. Ella y Charito me pusieron la camisa de fuerza sin mucha dificultad. En silencio, sin más insulto que sus ojos, que en cualquier momento iniciarían una combustión espontánea.

Mi objetivo de entrar al edificio central se cumplía, aunque no cuando ni como yo lo había planeado. Pasar el portal caminando, como turista, no había sido nada. Esta vez era una enferma más entrando al confinamiento. En Salos, la oficialidad había persistido en una suerte de protocolo de atención al paciente reo. Rita hacía las veces de jefe médica y Charito y otra mujer eran sus asistentes. Me pesaron, midieron mi estatura, mi pecho, mi cintura, mis caderas.

—¿Vienes como periodista? ¿Sabes que Aída odiaba a los putos periodistas?

Me revisaron la boca, las uñas, el pelo. Charito iba anotando sabe Dios qué cosas en unas hojas amarillentas. Luego, la aguja y la vena y la vena y la vena y la aguja y el sueño. ¿Despertando con la noticia? Pésimo nombre. La viñeta amarillista suena en unos altavoces debajo del agua, el sonido es bobo, lento, más atemorizante. Que las criaturas del mar hagan lo suyo. Franco tarda en eyacular y yo aprovecho. Lunes, día de basura. Adela es mi amiga y no quería darme comida de luna. ¿Qué has venido a hacer aquí, Sofía, tienes idea? Mi madre hace las mejores tortas tres

leches del mundo moderno. Ella tenía tu edad cuando se empezó a volver loca. El agua fría, fría, tan fría, del Caribe anonadado. Alabanzas y gracias sean dadas al Santísimo y Divinísimo Sacramento del Altar y bendita sea por siempre la inmaculada concepción de la bienaventurada siempre ¿a qué llamas enloquecer? Virgen María, Madre de Dios y Madre Nuestra y yo con ese uniforme apretado. Las ganas del Adentro. Dice tu papá que por qué no vas con él al mercado, que él no sabe qué comprar y el agua está fría, muy fría. ¿A eso llamas enloquecer, niña pendeja? Y con el frío las tortas se pasman y por eso Franco no acaba, es un problema de levaduras. El agua azulita del Caribe se pone triste cuando se enfría. Tú eres la Sirena. El mercado. Yo llevaba la lista y el dinero. La letra de mi madre sobrecargada de adornos. Metimos en el carrito lo indicado, lo esencial, pero papá tenía sed. Los refrescos blanquitos de frio en las neveras. Código CIE-10: F32.0: episodio depresivo leve y apenas es lunes. Código CIE-10: F33.0: trastorno depresivo recurrente, episodio actual leve, que es chévere para ahorrarse dinero los fines de semana. Él llevó las bolsas más pesadas. En el camino estaba el quiosco de la señora Maritza y le compré el refresco. Código CIE-10: 40: trastornos fóbicos de la ansiedad, ¿quién nunca? Código CIE-10: 41.1: trastorno de ansiedad generalizada: el mejor. Código CIE-10: 43.1: trastorno post traumático del stress, el favorito de mamá de todos los tiempos. Papá se bebió tan rápido el refresco que no me dejó ni una probadita, pero eso no me importó porque ya habíamos llegado a la montaña de algodón y yo podría brincar y brincar hasta que me diera tos aprovechando que tu mamá no está aquí. Mamá lee enciclopedias médicas y hace listas y llega con las listas a la consulta de la doctora Sandra y ella la regaña y le dice que yo estoy bien, que soy una niña normal y mamá no le cree a ella sino a los genes y ellos me acusan. La tercera generación es más propensa. Mamá me evalúa con base en los chismes de sala de espera de manicomio. Me da listas de diagnósticos-salvoconductos para mandar la vida al carajo. Despertando con la noticia.

—¿Quiere decir que tú abandonaste todo para venir a esta aventurita adolescente? —preguntó Rita.

—¿Ah? —balbuceé sobresaltada, a medio camino entre el algodón de azúcar y la camisa de fuerza—. ¿Qué me inyectaron?

—Tú quieres descubrir por qué tu abuela lloraba, como si alguien supiera alguna vez en la vida por qué es que se llora.

No tenía idea de cuánto tiempo había dormido. Sentía el estómago y la cabeza como túneles en construcción, inconexos, con ruido encerrado. Hice un esfuerzo visceral para explicarme dentro de mi escasa vigilia.

—Yo vine por mi abuela. No tenía idea de lo que les pasó.

—A nosotras no nos pasó nada.

—¡Claro que pasó! Y nadie dice nada, nadie nunca me dice nada. Quieren que uno sepa todo y nunca dicen nada.

—Tú no quieres saber nada.

Yo no tenía pruebas de que mi madre hubiera sabido de la crisis del sanatorio, pero el abuelo Ignacio, sin duda, dejó de recibir los recibos y los informes médicos y, a menos que le importase tan poco como para ni siquiera indagar sobre los motivos, supo de lo ocurrido y decidió ser un cobarde. No cansar los músculos de su lengua para contarle a nadie. No asomarse por Salos, por temor de que ese bulto aún cálido, aún amoroso, que sería Aída, se amarrara a sus pies, suplicante.

—Tú crees que quieres, pero tú nunca te vas a volver loca. Sería comprometerse con la locura. Y de honrar compromisos tú no sabes.

—¿Cómo murió mi abuela?

—¿Ahora cómo hacemos? ¿Cómo podemos confiar en que no te vas a ir de lengua? Tú querías vivir en Salos. Querías vivir como tu abuela vivió en el sanatorio. Pues entérate que el sanatorio no era un puto hotel y ahora lo es menos todavía. ¿Cuántos años tiene tú? ¿Veinticinco?

—Veinticuatro.

—¿Me crees si te digo que yo pudiera ser más joven? —dijo Rita, con un desconsuelo anciano—. Yo podría tener treinta, apuraítos. ¿Pero sabes qué pasó? El trabajo y el hambre y putear y cuidar viejas y no dejar que se maten y hacer que quieran vivir, que es como parirlas de nuevo en un nuevo mundo. Eso le mastica a uno el tiempo.

Rita, Santa Rita, merecedora de estatuas, sí, aparentaba más de cuarenta y parecía saber más de lo que era posible acumular en una mente treintañera sin acceso a educación superior ni a cultura ni a mundo.

—¿Tengo que dejarte amarrada o prefieres quedarte por las buenas?

—Yo me quedo —dije, sin un soplo de duda.

Rita me miró un poco aliviada. Con su dulzura brusca y su confianza a media asta, me ganó. Santa Rita Envejecida era digna de emulación: se le oxidaba todo, menos la voluntad.

—¿Y voy a tener que re-parirte a ti también?

—Tal vez.

La isla del tesoro

Robert Louis Stevenson, 1883

Anotaciones en los márgenes

10/06/1984

El doctor Revilla es un caballero. No lo dice así, pero así es como lo quisiera decir: mi cabeza está dañada. Él usa palabras. Cincuenta palabras de mentira y cuatro de verdad. Ino es un daño, un virus mental. La forma de arreglar esto es dormir. Así parece porque una

y otra vez vienen: tienes que dormir, tienes que descansar. Pastillas que me forran el pensamiento con gazas sucias. Pastillas que tengo que tomarme a juro. Porque me revisan hasta las encías. Buscándolas. Quieren que duerma y que olvide lo que sé del mundo. Ellos no saben y no se dejan enseñar. Están anestesiados. Siempre lo van a estar. Duermo. Escribo. Duermo otra vez. Ahora que no tengo vida despierta, quisiera tener vida dormida. Pero ya no sueño. Ya ni eso. A.

16.

Me dejaron todo ese día amarrada, como el perro que en Navidad se pone nervioso por los cohetes y lo amarran en el patio, donde avergüenza, pero no jode. Desde la mañana hasta entrada la noche estuve recibiendo visitas.

—conozcan a la señora sofía, exraquel —repetía Adela cada vez que escoltaba a un nuevo grupo, siempre agregando alguna nueva teatralidad. Mi intromisión había sido perdonada, no sabía cómo ni por qué, no sabía si Adela estaba en capacidad de comprender quién era yo en realidad y la gravedad de lo que había hecho, pero no había dudas de que entendía que ahora yo era una de ellas. Eso anulaba mi castigo por andar como sabueso atrás de informaciones censuradas y arrastrarla a ella junto. Adela sonreía y era una sonrisa de bienvenida.

Las visitantes venían en grupos, en parejas, solas, dependiendo de su condición. Vinieron todas, hasta Luz Lucía; una mujer de mirada inaccesible la llevaba tomada del brazo para evitar que se metiera la mano en la boca. El ser nieta de Aída pesaba. Pesaba mucho. Tal vez la abuela les hubiera contado a algunas las historias de la Sirena y las conspiraciones para anestesiar sus poderes, y ahora la Sirena estaba ahí, a salvo, frente a Adela, y ella tenía la importantísima labor de custodiarla. Yo era un milagro viviente en medio de un público alucinado, avejentado en años luz. Algunas me dijeron sus nombres, otras apenas se asomaron, hubo sombras de gente,

sonrisas perturbadas, todas aquellas reales enfermas a las que Rita había consagrado su vida, aquellas mujeres de nadie, madres de ya no más, hermanas de quién sabe, por las que merecía monumentos. Cállense, no gasten saliva en decirme nombres que nunca recordaré, ustedes son muchas y yo misma soy mucho para mí sola. La santa. La negra. La Sofía Loren. La mujer orquesta. La enormidad. La come mano. Confórmense, como bien saben hacerlo, a ser llamadas por epítetos.

Al final, me sentía exhausta. Cuesta mucho pensar cuando todo es tan nuevo, es como si la cadena de la lógica se desordenara y todo se volviera turbulencia. Pero en eso me engañaba, yo de turbulencias no sabía nada. Mis dramas se ubicaban todos del lado acá de la razón, a pesar de los terrores de mi madre y del apriorismo complaciente de la doctora Sandra. Mi única enfermedad consistía en ser esa persona infinitamente tediosa, saturada de normalidad. Llegar a Salos y no saber si quería salir, ni siquiera ahora que Santa Rita Estilista me había vestido con camisa de truco de magia escapista y estaba rodeada de esa vida-bosquejo y de proyectos de gente abandonados a mitad de camino, no saber si yo quería salir de allí era mi gran revolución y la mayor revancha que yo le podría dar a mi madre, ella, la pobre, que siempre temió que yo enloqueciera sin que eso llegara a ocurrir, ahora ganaba una hija loca voluntaria.

Nunca más sería Raquel, pero tampoco sería la Sofía de los últimos años. A la primera, la extrañaba, ya a la segunda yo quería erradicarla por completo de mí. A esa Sofía le faltaba determinación y carácter; era Sofía, hija callada; Sofía, novia asistente; Sofía, pichón de periodista mediocre. Esa Sofía que ya me era ajena y vergonzosa todavía estaba dando vueltas en la ciudad, sin decidirse a nada, mientras la Sofía auténtica, esa que se me había quedado atascada en la garganta en algún momento de la niñez, retomaba su lugar y, al fin, huía. Huía y, entre las muchas cosas que perdía, encontraba el mapa de sí.

La isla de Róbinson

Arturo Uslar Pietri, 1981

Anotaciones en los espacios libres

entre un capítulo y otro

20/08/1984

Mi cabeza está enferma de mentiras. Recordar bien. Mi cabeza está enferma de mentiras. Repetirlo con todas sus letras. Mi cabeza está enferma de inventos. De Ino y sus inventos. Así lo digo, así se los diré si vienen. Pero ellos no vienen. Ignacio y Taís me sepultaron. Ya no quieren convencerme de nada. Ya no me dicen que lo que sé es mentira. Ya me dejaron en mi mentira que no creo que sea mentira. Desistieron. Y así esperan competir con Ino, que a veces no se oye pero que no me desampara. Mi familia de Afuera no quiere existir más conmigo. Tampoco deja que yo me vaya con mi familia de Adentro. La familia de Afuera es terrible. La familia de Afuera no se cansa. La familia de Afuera se afana con uno. Es más envidia que otra cosa. Tener acceso al misterio es cosa de elegidos. El Padre Cicerón puede decir lo que quiera. Yo sé muy bien cuáles son sus intenciones.

Si me callo y no enseño lo que sé, abren la puerta. El doctor Revilla es un Agente de Transición. Nunca le diré que yo sé. Pero muero por saber a quién vino a buscar. A.

17.

Mamá, tenías más miedo de que yo hubiera heredado la enfermedad de mi abuela que de que yo muriera. La desesperación que sentiste no tenía precedentes. Primero muerta que demente. Y papá, que ahí todavía era papá, te decía, te gritaba que yo estaba bien, que había sido un susto nada más, que me miraras, que me abrazaras.

Abuelo Ignacio se encargó de todo cuando la encontraron. Te preguntó si la querías ver y dijiste que sí. ¿Para qué, mamá? Maldita, le gritaste. Y él no supo qué hacer. Y ella que repetía la historia, su historia, nuestra historia, sin que nadie la quisiera entender. Y ella avergonzada en el Afuera y fracasada en el Adentro. Ella perdida en sí misma y en su imaginación demasiado fértil. Maldita loca, le gritaste.

Y yo que ya no sentía el miedo sino el dolor de verle a los ojos y presentir que la perdía, grité que yo era la Sirena y tu bofetada encajó perfecta y fue el brazo de papá que no te atajó a tiempo, porque él nunca llegó a tiempo, y fue la sangre en mi labio y en el vestido todavía mojado y en mis dedos chiquitos de niña Sirena que pronto ganarían membranas si me hubieran dejado ir allá Adentro donde ella decía que todo era paz.

Y nunca saliste de ese momento. Yo crecía y quería que fueras más mi madre y menos la hija de Aída. Es ese nuestro impasse. Tú no aprendiste a ser madre porque te dio miedo ser hija. Mi única enfermedad son estas ganas de alejarme de ti y no poder. Pensaste que la habías perdido y ahí estaba ella, allí estuvo siempre, toda amor, toda confusión, toda mezcla de vergüenza y rencor, pero toda disponible para mí, para ti, para todos nosotros que no supimos ser familia. Toda Madre.

Aída podría haberme matado y yo podría haberme insuflado de vida por el océano. Ya tú. Ya usted. Ya quién. Me enfermaste de distancia. De títulos y cargos. De vivir a la carrera, como por meta. De comprometer el alma en pantaletas de algodón y navidades de pesebre comprado hecho. De medirme, pesarme, encuestarme. De sentir bajo anestesia. Esa es la única herencia que he recibido de ti.

Estampa del Sagrado Corazón de Jesús

con Oración para los enfermos mentales,

de autor y fecha desconocidos

Aquí estoy, Señor,

cansado de no ser yo mismo,

con miedo a ser manipulado

Por ellos, por los de bata médica y por los que comparten apellido, pero no amores.

y que la gente se ría de mí.

La risa no da miedo, la risa es dolorosa pero sincera, el problema es el silencio.

Aquí estoy, Señor,

cansado de mi inseguridad,

mi inestabilidad y mi egoísmo.

¿Y yo soy la egoísta, Señor? ¿Quién fue el hijo de puta que escribió esto? Traigan el cilicio, entonces, que es lo que falta.

Necesito, Señor,

encontrarme conmigo mismo

y tener la osadía de saber distinguir

y tomar conciencia —sin confusiones—

de lo que no soy y de lo que soy.

No soy yo la que necesita escuchar eso, Señor, son ellos. Yo sé, no solo lo que soy, sino lo que puedo llegar a ser. Ellos no me dejan.

Necesito, Señor,

bajar hasta el fondo de mí mismo

para asumir —sin angustia—

mis sombras y mis espacios de luz.

Aquí no hay más luz, me cortaron el sol. Me incendiaron mis cuadros. Ya no siento los colores.

Frente a la desesperación,

necesito, Señor, poner en mi vida

razones profundas que me hagan vivir.

Primera verdad que leo, Señor.

Frente a esas fuerzas internas que me acechan,

necesito ser libre

y optar sin que nada me empuje.

O me convierta en historia médica.

Aquí estoy, Señor,

y estas son mis penas y mis necesidades.

Señor, yo lo que necesito es cumplir la tarea para la que nací, pero ellos no me dejan.

En el fondo, necesito de Ti,

La necesito a ella. Y ella no llega.

el único que puede entender y atender mi súplica.

Ella es la única que puede llevarme a la victoria.

Ya que estoy destruido en lo más profundo,

¡confírmame por dentro

con espíritu firme!

Estoy destruida, pero sé recomponerme, Señor, llévame al Adentro con espíritu firme y con una Sirena en brazos.

Amén.

Ajá.

18.

Ricarda convenció a Rita de que me soltara. Ella custodiaría mi comportamiento y compartiría habitación conmigo desde esa noche. Agradecí el gesto, pero no puedo decir que me entusiasmara. Ya yo no tenía nada que esconder, pero jamás podría confiar en quien me había desenmascarado con una trampa tan bien construida. Ni siquiera me dejó presentar los resultados de mi falsa investigación a la comunidad. Y yo que hasta estaba preparando unos gráficos.

Me hizo atravesar el patio sin poder arrastrar la maleta para no desvelar a nadie, y la bendita maleta nunca había pesado tanto o yo nunca había sentido semejante dolor de hombros y de codos como estaba sintiendo en ese momento, después de una noche entera engurruñada dentro de aquel trapo verdugo. Apenas una mujer seguía por allí. Caminaba bordeando el muro, no sé decir si con mucha resignación o con mucha paz. Me dio la impresión de que amaba ese muro, de que se dejaba cautivar por la forma en que la luz de la luna enorme y brillantísima reinventaba la textura de las piedras.

—Como tú, yo también vine por voluntad propia. Soy salense por decisión. El Lorenzo con el que te pillamos la mentira fue mi marido. Murió, a pesar de tus noticias —dijo Ricarda, con su voz de triunfo triple: la muy mosca muerta me había descubierto, me había liberado y ahora me acogía en su espacio—. ¿Cómo llegaste tan

lejos con esa historia de la Universidad, de los cangrejos? ¿Dé donde sacaste tanto material?

—Digamos que tengo una gran fecundidad mental.

—Yo lo que tuve fueron dos abortos naturales. Gracias a Dios, mi útero fue más inteligente que yo. Jamás debí mudarme con Lorenzo y poner una mecedora en el cuarto, ¿sabes cuánto tedio cabe en una mecedora?

La velocidad y el tono con que hablaba eran irreales, como una cinta reproducida en ralentí. El tedio que rebasó la mecedora ella se lo guardó todito en su aparato fonador y qué mal negocio deberle favores.

—Entonces me dio por morirme. Abandoné la felicidad-clonazepan, puse una piedra encima del acelerador y dejé que el carro se manejara solo por la Lara-Zulia. ¿Sabes cuántos accidentes mortales ocurren en esa carretera? Millones. Ninguno fue el mío. No hubo un mísero camión que me embistiera. Yo iba acostada atrás, sin cinturón de seguridad, lista para el golpe y el fin de la idiotez. Ni un rasguño serio. Un dolor en la muñeca que no duró dos días. La mala suerte vino cuando quise salir del carro y no pude. El asiento de adelante estaba reducido a vidrio y ramas de árboles. Cuando los policías llegaron, ni siquiera me dejaron inventar una explicación.

Casi podía sentir mi piel envejecer porque ni siquiera su intento de suicidio era capaz de sonar emocionante con esa voz. Como Ricarda no parecía tener intenciones de hacer silencio, me dediqué a organizar mis cosas y me resigné a que ella fuera como el radio o el televisor que uno deja encendidos solo para sentir que no está tan solo.

—Estuve tres semanas internada. Lorenzo contagió de patetismo y cursilería a amigos y parientes que no dejaban de aparecerse y hablarme como si fuera un bebé o como si tuviera algún problema cognitivo. Volví a casa. Tú sabes que todo está mal cuando estás en tu…

Escuchamos un silbido. Ricarda continuó como si nada.

—…En tu casa y los humanos a tu alrededor te dan tanta pena que quieres volver a…

—¿No va a ver quién es? —interrumpí.

—¿Quién más va a ser? —gritó Ricarda, molestísima.

Domingo abrió la puerta de golpe.

—¡Usted a Sofía no me le grita!

Ricarda nos lanzó una mirada insolente, como preguntando de dónde había salido tanta familiaridad.

—Ya vengo, vamos a conversar aquí afuera —dije.

—Ustedes no van a ninguna parte. Rita dio órdenes y sus órdenes no se discuten. Si quieren conversar, que sea aquí mismito.

—No se apure, Sofía, que yo nada más vine a ponerme a su orden para lo que necesite —dijo Domingo, emocionado con la noticia de quién era yo en verdad.

Ricarda tenía un declarado desprecio por Domingo y él no osaba siquiera mirarla. Tanto odio y tanta grosería viniendo de una mujer tan educada no podían ser gratuitos. Ella siguió hablando como si él fuera invisible, como si su voz ya naciera muerta.

—…Cuando la gente a tu alrededor te da tanta pena que prefieres volver a la paz de tu cuarto blanco, con horarios rígidos y enfermeras toscas y el patio lleno de dementes, la mayoría demasiado absortos…

—Después hablamos —me susurró Domingo.

—…Con afectos desordenados, grotescos.

El pobre viejo se fue sin que pudiera siquiera responderle.

—¿Por qué tanto maltrato con el señor Domingo?

—«No busques lo que no se te ha perdido», te diría ahora tu abuela

Aída si estuviera aquí.

—Ay, por favor.

—El mediodía del 24 de diciembre del 80 un enfermero me recibió en el muelle de Punta Hicotea.

—Buenas noches —dije, al tiempo que me cubría hasta el rostro con la sábana.

Pero a esa mujer nadie la dejaba con la palabra en la boca.

—Cuando Lorenzo supo que lo dejaba no lloró ni se puso pálido. Se volvió solo ira y orgullo y me gritó y me dijo que me largara, que nunca lo había merecido y que ojalá me pudriera en el infierno con mis colegas locos. ¡Ése era mi hombre! Lo amo hasta hoy, porque reconoció que tanto yo como el mundo éramos horribles, éramos un mal que no valía la pena acompañar. Vine en paz.

Y en paz contaba su relato a su más nuevo interlocutor. No importaba que yo estuviese en mi más interno anillo de Saturno, yo era un ser vivo capaz de reconocer el no silencio, con capacidades de sentir las vibraciones del ruido de su historia. Entonces ella volvía a existir. Sus decisiones y su presente volvían a tener sentido, porque aun cuando las palabras nunca alcancen para lo que queremos decir, ni las quinientas que manejan los profesores ilustrados y ni siquiera las ocho mil palabras de Cervantes y aun cuando pese sobre nuestras gargantas el castigo ejemplar de Babel, es bueno saber que tenemos palabras para mencionarnos y lenguaje para explicarnos y es reconfortante saber que el enunciado «sufrimiento» remite a una compleja organización de respuestas de nuestros sistemas biológicos, pasando por los músculos, por la actividad del sistema nervioso autónomo y del sistema endocrino, a fin de establecer un medio interno óptimo para el comportamiento más efectivo.

—Su velorio seguro que fue una cosa de poner los pelos de punta. Esa es una cosa que yo hubiera querido ver.

Entonces, ejecutando una enunciación más o menos explosiva, uno llora o gime o patalea o se les tira a los carros en una carretera

nacional o se quiere ahogar con la almohada o hacer una llamada telefónica y ser falsa o ser valiente y decirle al huevón de Franco que podía desaparecer del planeta, pero como uno tal vez todavía amaba a su huevón, a pesar de que él se confabulara con su suegra, entonces mejor decirle que si a él se le ocurría desaparecer en Londres pues tal vez tendría que desaparecer junto con uno.

—Él gastaba toda su soberbia en la universidad y luego venía a mí hecho un muñeco de trapo, buscando un cariño simplón que yo no sabía ni quería dar. Su intimidad desdecía su ser público. Era una estafa. Lo nuestro tendría que haber sido así, siempre en palcos, siempre público —dijo Ricarda.

Siempre público. Siempre, para todo eso, lenguaje. Saber decir por qué uno estaba llorando o, más importante aún, saber decir que no sabía por qué demonios lloraba, era fundamental para sustentar lo que fuéramos. Hablar, llorar hasta tener hipo o gastarse el clítoris con una meta diaria de orgasmos eran actos de absoluta soberanía y jamás quedaban impunes.

¿Dónde estaba mi público entonces? ¿Cuándo empezarían las reseñas y las ovaciones? ¿Dónde estaban los fanáticos y los detractores de mi radicalismo psiquiátrico, esos que me escribirían réquiems y epitafios? ¿Qué haría yo conmigo cuando en el teatro se encendieran las luces y no hubiera más que sillas vacías olorosas a salitre? ¿Quién, si no yo, contaría mi historia?

—Sofía, ¿estás despierta?

—(Casi).

—¿Por qué no me cuentas cómo están las cosas allá afuera?

—(Porque no vale la pena).

19.

Siempre que yo veía a Adela o pensaba en ella, era tomada por una sensación maternal desconcertante. Me caían los años como un balde con hielo, como si de súbito vistiera un hábito de consejera, capaz de guiar con saber de progenitora los caminos de esa criatura. Y eso no tenía sentido porque yo era una cosita insulsa, sin competencias para orientar siquiera mis pies hacia el comedor. Ya quisiera yo amanecer con el nivel de energía que Adela despertaba. Desde que dejé el noticiero, parecía que despertaba, pero permanecía en pausa y solo unas tres horas más tarde comenzaba a ser una persona, antes de eso era Pelma Sofía, mucho gusto, a la orden.

Me dejé conducir por Adela, que no era mi hija ni mi mascota sino mi sombra desde que puse un pie ahí. Fui adormilada pero leve. Me gustaba que me dijeran qué hacer. Siempre me había gustado. Hasta que Franco agarraba las llaves para salir yo no me ponía la cartera al hombro, los cuándos y los cómos siempre fueron suyos. Pero ocurrió que cuando le conté, en nuestro momento de más profunda intimidad, que yo deseaba experimentar ese imposible que era la locura por al menos un segundo, escuché su voz llena de un temor inmarcesible y entonces supe que la tendencia era que la oscuridad comenzara a flotar sobre la percepción que él tenía de mí y que esa sombra se volviera cada vez más bituminosa. Supe que yo podría ser yo apenas conmigo, que estaba irremediablemente sola, recién lo entendía y envidiaba a quienes siempre lo supieron y por eso fundamentaban sus decisiones en el humor de sus ovarios o de sus testículos, sin intromisiones de las oligofrenias ajenas. ¡Benditos ellos! Yo seguía disfrutando la subordinación.

El comedor era un conjunto geométrico y gris, un tablero de scrabble humano donde el juego apenas comenzaba, con las personas-letras reunidas al centro en una mesa larga. Las ollas despedían un olor delicioso, como a cilantro fresco. Guna, la enormidad, servía los platos que Charito le iba pasando para distribuirlos entre las mujeres sentadas en el extremo de la mesa, cuatro señoras bastante viejas, ausentes de todo lo que ocurría. Yo solo recordaba a una, pero en medio de aquella carrandana de visitas que tuve el día anterior, era posible que hubiera agrupado la imagen de las cuatro en una sola, como el muñequito de papel doblado que, al abrirlo, se multiplica en varias figuras tomadas de

la mano. ¿Qué me habían inyectado? Mitad infierno, mitad delicia. Recordaba palabras a medias, rostros de estas y otras realidades, sensaciones amontonadas, sin ser capaz de reconocerlas o, mucho menos, de relatarlas. Podrían dármela de nuevo, la inyección. Ojalá lo hicieran. Prepararía todo para anotar, en los lapsos de vigilia, la lluvia de pasado y verdad que me cayera.

Adela tenía razón, Guna no siempre estaba color furia, hoy era más de un amarillo claro, color tía consentidora. Herminia llegó con una fuente de ensalada y, claro, le ofreció primero a Charito, que tenía cara de pocos amigos y empezó a comer sin esperar a las otras, sin mirar a nadie, absorta en su plato como si la comida le fuera a curar el mal humor.

No puedo decir que me sintiera como me sentí todos los primeros días en colegios nuevos porque nadie estaba muy pendiente de mí. Era más una primera vez en una emergencia de hospital público a reventar. Uno tiene el motivo para estar allí y además tiene la novedad de ese universo trastocado, exento de tranquilidad, donde se respiran hijos tiroteados, miocardios en infarto, dedos comidos por sierras, desvanecimientos, politraumatismos de semáforo en rojo y coño-atiéndanme-ya-por-amor-a-cristo. Alguna mirada me caía encima como por accidente y yo no sabía si tenía libertad para responder el fisgoneo. ¿Después de tanto tiempo, habían superado ellas la sensación de ser animalitos en un zoológico? ¿Estaba permitido ver de nuevo? ¿Había la mirada recuperado su gusto vinculante, compañero, humano? Pues sí. No demoré en percibir que una cierta familiaridad ya había sido establecida. Yo era la Sirena. Por más que examinara con lupa sus excentricidades, para ellas yo era la hija pródiga. Mis ojos tenían derecho al asombro porque el mío era un asombro de vuelos domésticos, el sobrecogimiento ambivalente de todo aquel que vuelve a casa. Aunque muy tarde, regresaba a ellas esa esencia mía que ya Aída había paseado por Salos.

Rita llegó con Alcira y su habilidad de mujer orquesta para los golpes. Tourette, el síndrome, recordé en ese instante. Franco me hizo ver algún reportaje sobre eso en la televisión. En estos días, ya había un nombre para la condición y, que yo recordara, en el programa no habían dicho que fuera un asunto psiquiátrico, sino

neurológico, pero qué podía esperarse si la trajeron siendo apenas una niña y nunca recibió una visita. Rita le puso una camisa de fuerza y le ató los pies a las patas de la silla. Se intuían los músculos de Alcira haciendo fuerza para zafarse, pero la sonrisa en su rostro los contradecía. Adela se sentó a su lado y le empezó a dar la crema de auyama que Herminia le sirvió y confirmé que era ese plato el responsable por el estupendo olor a cilantro.

Rita se acercó y me hizo señas para que me levantara.

—Muchachas, muchas de ustedes visitaron ayer a Sofía. Antes la llamábamos Raquel, pero eso era antes. Olvídense de ese nombre.

—Por más bonito que sea —dijo Herminia, y Charito le sembró un codazo en las costillas.

—¿Saben quién es esta mujer? —continuó Rita—. Esta mujer es Sofita. Sofita, la sirena de nuestra difunta y tan querida Aída.

Hasta las más ausentes sonrieron. Gestos a medio andar, pero gestos. Una gordita de cara redonda y bonachona como la luna llena rodó su silla hasta ponerla a mi lado, donde ya había un asiento libre, y se quedó allí, en silencio.

—Vamos por orden. Esa es Fernanda —dijo Rita, refiriéndose a la luna llena—. Luego tenemos a Laura, Alicia y Cecilia, que son las encargadas de limpieza de las áreas comunes. Se turnan de acuerdo con el día que vaya teniendo cada una.

Yo recordaba haber visto a dos de ellas en la playa un día. Una nadaba, la otra estaba tendida al sol con el vestido arremangado en la liga de la pantaleta. Las miré de lejos y suspendí mi caminata. Esa playa era más de ellas que mía, aunque no la aprovecharan. Con toda seguridad, Santa Rita Salvavidas también tenía dominio sobre eso.

—yo soy la señorísima adela asistente de doña rita y mamá de alcirita la estropeada.

—¿Qué te hemos dicho de llamar así a Alcira?

—me han dicho que está muy bien a todas las lámparas les gusta o

me pongo brava y lloro y los besos se quedan con los peces y me tiro para el agua el agua el agua es mejor que aquí yo no soy chaperona la señora raquel sin nombre que ahora sí tiene nombre se llama sofía y ahora vive…

—Ya basta, Adela —interrumpió Rita—. Paula, responsable del stock, no sale del depósito si no es para dormir o comer y a veces ni para eso.

Adela salió del comedor furiosa. Una de las que cuidaban de la limpieza intentó detenerla, pero Santa Rita Comandante le hizo una seña para que la dejara ir y el almuerzo continuó como si nada.

—Herminia y Charito, que ya conoces, trabajan casi siempre en la cocina. Ellas están aquí para lo que salga. Charito se cree la mánager de los asuntos de Herminia, así que es con ella que debes hablar en caso de que quieras algo de la flaca, para que no te salga con un codazo como el que le acaba de clavar a Herminia. Sí, te vi y te voy a seguir viendo, no me mires así —reprendió Rita a Charito —. Está Aura también. —La reconocí del muro, de la noche anterior —. Martica, cuando quiere, alimenta a Luz Lucía. Susana, Tere, Almudena y Verónica —las cuatro ancianas cuyo ser estaba en otra parte— son el cuarteto feliz, no joden, no lloran, todavía se bañan solas y casi siempre se comen todo: un cuarteto feliz. Y luego tenemos a las repelentes: Claudia —una mujer menuda de trazos indígenas y cara de pajarito pleitero cuya vista se paseaba por todas las presentes, vigilante, desconfiada, como segura de que en cualquier momento alguna fuera a sacar una navaja y comenzar una masacre— y Ricarda, la única voluntaria que permaneció fiel a la causa. Ella es como un monje budista, silenciosa y mirona.

Silenciosa decía Rita, ¡já! Ricarda me encaró, cómplice, y todo el cotorreo al que sometió el día anterior ganó una nueva importancia.

—Está Guna, que es nuestra maravillosa cocinera y artesana, aunque destroce sus propias obras, y que se está portando bien en estos días porque ya no quiere estar brava.

Guna, gigante como era, se volvió solo rubores con el comentario, pareció un pan dulce de aquellos enormes que venden en los kiosquitos de carretera que lo que tienen de grandes lo tienen de

sabrosos y eso era esa Guna, corazón confuso, cuando estaba de buenas.

—A Domingo ya lo conociste y ya te lo metiste en el bolsillo, mira cómo aquí todo se sabe.

Miré alrededor y no lo encontré.

—Los cobardes no comen en la sala principal.

Rita me señaló una ventana que daba a un pasillo oscuro y angosto. Distinguí los cabellos de Domingo y descubrí que el sonido burdo e innecesario de quien chupaba la sopa de la cuchara era suyo y no de alguna de las muchachas, un pequeño gesto que decía «soy» en medio de la invisibilidad que le imponían.

—Y listo. Aquí estamos.

El sonido de la puerta hizo que todas las cabezas voltearan en su dirección. Una última mujer entró con una bandeja.

—¡Ay, se me olvidó la pobre María, qué pecado! si esa es mi mano derecha. Imagínate el trabajo que ha tenido esta mujer, que es la que distribuye los medicamentos.

—¿Medicamentos? —pregunté, escandalizada.

—¿Y cómo no?

La tal María fue bordeando la mesa repartiendo pepitas de colores. Sacando a Herminia, María, Ricarda, y una que otra cuyo nombre tardaría semanas en aprenderme, todas recibían alguna tranquilidad en píldora. «Felicidad-clonazepan», había dicho Ricarda. Rita intentó comer como si nada, pero mi desconcierto era grande de más para intentar esconderlo.

—¿Cómo es que ustedes usan medicamentos? ¿De dónde los sacan?

—No me digas que pensabas que este gentío estaba en paz por milagro.

—Pero ¿cómo sabes...?

—No me vas a dejar comer, ¿verdad?

—Es que es algo grave.

—Mira que ya yo no tengo espacio en la cabeza para más dramas. Sencillo: comencé dejándoles las mismas dosis que fueron recetadas por los médicos hace una eternidad y que yo me sabía de memoria porque estos pasillos fueron mi patio de juego y las enfermeras, las insensatas esas que no volvieron, eran mis compañeras para jugar a la casita y a la prisión y a la siquiatra y a los fantasmas. De allá para acá, hemos ido ajustando, golpe y cuida, ensayo y error. Ricarda, por ejemplo, ya solo toma valeriana antes de dormir. Pero cómo no darle un antipsicótico a alguien como Guna cuando se pone como se pone.

—Qué peligro —dije casi susurrado, pero el oído de Rita parecía que se alargaba hasta llegarle a uno a los propios labios. No había respiro que se le escapara a esa mujer que me parecía más genial cuanto más aterradora se iba mostrando.

—No te horrorices, que eso hacían los médicos de cualquier forma. Lo hacían peor en muchos casos. Te llenaban la panza de pastillas y acababas como un zombi. Como si te forraran la mente con papel burbuja, decía Charito, y nadie lo supo decir mejor. Créeme que ya pasamos los peores tiempos.

—Sí, pero ¿no hubo casos en los que todo saliera mal?

—Si estás hablando de Aída, esa es una respuesta que nunca te voy a saber dar. Y ahora come, que se enfría.

Comí. Veintitrés cabezas y yo absorbíamos nutrientes que venían «porque los merecíamos». Formábamos parte de un orden precario que Santa Rita Farmaceuta mantenía y me sofocaba saber que no era tan distinto del orden que vi aquella vez que fui a visitar a la abuela en su internación de estreno, si es que aquella en realidad fue su primera vez. Ni todas comieron ni todas estaban ahí ni todas habían entendido quién carajos era yo, pero era así como funcionaba; en Salos, tanto la curiosidad como la simpatía sesteaban y despertaban entre narcóticos y muros.

La vida en las islas

John Sparks, 1978

Texto original del libro tachado.

Anotaciones a mano entre las líneas

09/10/1988

Memorandos desde el abismo. Yo no soy. Yo no estoy. Yo presagio. Yo elaboro teorías. Yo no escribo. Yo no sé escribirme. Yo leo. Me callo el silencio. El telégrafo de una vía. El único que funciona en Salos. A.

20.

-Tú ya andas como perro por su casa, qué bueno —dijo Rita cuando me vio en el pasillo.

Su dulzura grosera ya no me afectaba. Los días se habían ido pasando ligeritos y, después de mucho pensar al respecto, no me daba pudor decir que yo era libre. Podía andar descalza, no tenía que peinarme, el maquillaje se había vuelto divertido porque ya no era una obligación sino un juego esporádico. Me llamaban para comer sin que yo hubiera tenido que cortar ni una cebollita y, aunque a la comida a veces le faltaba lujuria, no podía decirse que le faltara amor. Siempre que estuviera acompañada, podía bajar a la playa y tostarme el cuero hasta ponerme negrita como nunca antes. Podía dormir dieciséis horas por día y nadie me llamaría perezosa. El silencio de la isla me ecualizaba el pensamiento, que ya no era

un tsunami sino el delta de un río que abría su abanico de afluentes con la paz de quien no tiene prisa. No había noticias porque no había otro mundo más allá y no había chismes porque las cosas se arreglaban a los gritos o a los golpes y el rencor no tenía espacio entre ellas (¿nosotras?); ya habían vaciado rencor de más en el agua que las aislaba. Era libre a pesar de Aura mirando el muro y de una que otra anciana cagada y de Ricarda y su alocución interminable y de Claudia-pajarito-pleitero y la violencia en su mirada y de Santa Rita Rectora, prócer de mi independencia. Era libre porque, en la isla, Dios era una cosa luminosa pero difusa, sin rituales y sin promesas, y el único juicio que flotaba era el mío, que se negaba a opinar. La importancia del afuera, al menos durante esos días, era igual a cero. La libertad que yo estaba experimentando —y amando — se basaba en la calma, en la sensación de que mi cuerpo a veces era minúsculo en medio de aquellos edificios que ya parecían parte de la naturaleza, y otras veces podía ser enorme, elástico, podía abarcar kilómetros porque había lugar disponible para que el alma de cada una despertara y se expandiera sin que espinas ajenas la espicharan.

—Pues sí.

—Después de todo, no es tan malo —se conformó Rita.

—¿Te acuerdas que te había hablado de la biblioteca? Las muchachas me contaron que mi abuela se la pasaba ahí.

—Si hasta un colchón metió ahí.

—¿Puedo entrar?

—¿A hacer qué?

—Puedo limpiar, arreglar.

—¿Y eso para qué? Desde que ella murió, nadie le presta atención a la biblioteca. Nadie saca libros, nadie quiere limpiar, nadie quiere llevar el control. Nadie sabe cómo. Hasta abandonamos los jueves de lectura. Una lástima, porque les estaban haciendo mucho bien a varias de las muchachas.

—Yo puedo encargarme de todo eso.

—¿A cambio de qué? —preguntó Rita, desconfiada.

—¿Por qué no ayudar? Mal no va a hacer.

Rita me clavó los ojos, en silencio. Hizo una pausa como estrategia ya tradicional de su intimidación réptil, o quizás para una búsqueda sincera de contraargumentos. Luego se me acercó y quiso ser severa, pero no logró contener una sonrisa de canto de boca:

—Al primer resbalón te saco de ahí.

—Trato hecho.

Y Rita me abrazó con una alegría pura. Cosa de santos.

—Vamos, te llevo allá.

Me enlazó el codo como lo hubiera hecho una buena enfermera cuando en ese lugar no había veintiún sino ochocientos pacientes. En mi nuevo estatus, fui capaz de imaginar el patio central poblado y llenar los pasillos con las voces de los pacientes y sus delirios y sus fantasmas y sus dobles. Ahí hubo un brutal hacinamiento, si no de cuerpos, de tristezas. Una multitud llorosa de la que no habían restado ni siquiera las historias clínicas, porque el agua se las tragó.

La biblioteca, por sí sola, era un universo suspendido. Una casi irrealidad, cautivante como la vista a través de un mosquitero; un tul de polvo bastante cinematográfico. Entramos, Rita, como si nada; yo, como si todo.

—A ver si te logras hallar en medio de este desastre. Aída revolvía todo como le daba la gana, pero ella se entendía.

—¿Y la gente sí venía a leer?

—Casi nadie, pero Aída salía arronzando a las muchachas para que vinieran. Después le agarraron el gustico.

—¿Y tú no venías?

—Yo siempre estudié sola y lo que me provocó.

—Me imagino.

—Avisa si necesitas ayuda o si te hace falta algo más para limpiar.

—Prefiero hacerlo sola.

—Como quieras. Ahora esta es tu área.

—Gracias.

Y la gratitud me salió bajita, mosqueada, porque el haber conquistado un lugar para mí venía con un sello de permanencia peligroso.

—No te pongas a imaginar mucho.

Dejando ese consejo-amenaza en el aire, como era su marca de estilo, Santa Rita Terrateniente salió de la parcela que recién me había adjudicado.

Nueva jefa designada, paseé por mi reino haciendo una ronda de reconocimiento y deslumbre. En el estante más visible estaban los textos de literatura. Ningún orden general aparente. Grupos de libros organizados según la escala cromática, típico de mi abuela. Otros, por tamaño. La mayoría, fuera de cualquier parámetro deducible en esa primera exploración. Los libros de humanidades, los más abundantes, ocupaban varios estantes y, salvo uno que otro texto fuera de lugar, seguían el orden clásico, lo que permitía concluir que la abuela no se había interesado mucho en ellos. Atrás, los cucarachosos libros de ciencias exactas hablaban de una ausencia de científicos en Salos, hecho más que comprensible en un territorio dominado por la patafísica.

La dialéctica con que mi abuela había organizado los libros habría dejado en pánico a cualquier bibliotecario desprevenido, pero Rita se equivocaba si creía que era un desorden aleatorio. Ella había

conocido mucho, más que yo, a mi abuela, pero yo conocía y protagonizaba su más íntima ficción. Con el antecedente de la enciclopedia cofre que encontré en la casa del abuelo, yo tenía certeza absoluta de que en Aída Rojo no había nada accidental; cada palabra escrita y camuflada respondía a la aplastante lógica de su misión. Un delirio con coherencia interna, a pesar de sus grandes lapsos de arbitrariedad sentimental.

Pedí que nadie fuera hasta que yo hubiera terminado la rehabilitación. Por ser el lugar escogido por la abuela para dormir y para trabajar, esa biblioteca tenía algo de escena del crimen. En la espera de encontrar otra matrioshka literaria, me pasé dos días revisando el estante de novelas que, según mis cálculos, contenía unos mil quinientos títulos. Manteniendo el orden impuesto, los bajaba por grupos, les quitaba el polvo y daba una hojeada tan veloz que después temí haber pasado algo por alto.

En la mañana del tercer día, Marinero en tierra sobre los ángeles. Rafael Alberti, 1985. Un verso subrayado: «¿Por qué me desenterraste del mar?» y, por todo el alrededor del poema, la espléndida y minúscula caligrafía que yo recordaba como si nunca la hubiera dejado de ver. La firma: A.

Marinero en tierra

Rafael Alberti, 1924

Anotaciones alrededor del texto

El mar. La mar.

El mar. ¡Solo la mar!

¿Por qué me trajiste, padre,

a la ciudad?

¿Por qué me desenterraste

del mar?

En sueños la marejada

me tira del corazón;

se lo quisiera llevar.

Padre, ¿por qué me trajiste

acá?

Gimiendo por ver el mar,

un marinerito en tierra

iza al aire este lamento:

¡Ay mi blusa marinera;

siempre me la inflaba el viento

al divisar la escollera!

15/04/1990

Desde donde estoy, los sonidos no se escuchan. Desde este portal entre dos mundos solo escucho el mar. Y el mar lo tengo yo adentro. Los portales tienen oídos para todos lados. A

21.

Yo estaba siguiendo el orden de los estantes para evitar confusiones, cuando un detalle me pellizcó el ojo. Era un libro pequeño, delgadito y sin etiqueta de catalogación. Era el único que no tenía. Y con razón. Pocos textos tan inclasificables como ese, no tanto porque fuera de García Márquez, sino porque, dentro de la portada de Relato de un náufrago, lo que había eran páginas y más páginas escritas a máquina, firmadas por Aída Rojo.

«Todo lo que sabes del mundo es mentira y te lo voy a probar», ella decía, y se extendía en una explicación detallada sobre los Continentes del Adentro y del Afuera. La historia, que para mí siempre se contó completa diciendo solo que ella hablaba con una mujer imaginaria llamada Ino, que aseguraba que yo era una Sirena y debía, por lo tanto, volver al mar, era muchísimo más rica. La abuela, su química confundida, sus frustraciones en eclosión o vaya a saber Dios qué magia neurológica reversa, crearon todo un funcionamiento paralelo, al que ella se rendía con una confianza desconcertante y al que yo quise, durante no pocos segundos, tener la (dis)capacidad de entregarme.

«¿Qué ocurre con una Sirena que nunca logra volver a casa? Que nunca se sentirá a gusto. El sentimiento de estar fuera de lugar es irremediable. Buscará, buscará, buscará, y no encontrará nada». ¿Qué era eso si no el más exacto de los presagios? ¿Qué era mi abuela sino un oráculo que venía del pasado para alertarme sobre el futuro? Yo buscaba, buscaba, buscaba. No había encontrado nada, salvo una historia fantástica en la que yo tenía trayectoria de protagonista, a diferencia de mi historia antes de venir a Salos, en la que yo era un personaje secundario, coadyuvante de mi madre y su dementofobia.

—¡Yo a ti te conozco, figurita!

Di un salto que casi hizo volar las hojas. Era Adela con su mala

costumbre de llegar como flotando y solo hacer ruido cuando ya estaba encima de uno. Debo haber envejecido un año en ese segundo nomás.

—la señorita rita nos mandó dijo que la señorita aída había vuelto sus letricas y sus animalitos y que ahora aída es la señorita sofía yo quiero aquel libro que está allá arriba.

—Pero es que yo no he terminado de limpiar… ¿No puede ser mañana, o pasado? —Quise deshacerme de ellas, que estaban llegando en el peor momento; había comenzado a leer una entrada del diario sobre la organización de la vida en el Adentro.

—yo quiero pintar dónde están los colores los colores de la señorita aída pintar el manglar traer las jaibas de papel no es cosa de ángel.

—¿Los colores de Aída?

—No le pare —respondió Herminia, que estaba entrando—. Ella no sabe de qué está hablando.

—ustedes creen que yo nunca sé nada yo sé todo sé todo hasta la hora en que voy a morirme y los peces van a volver a las lámparas los colores están en aquella gaveta.

—¿Mi abuela llegó a pintar aquí? —pregunté ya en camino hacia la gaveta, donde apenas había veinte creyones, la mayoría sin punta, y tres pinceles espelucados.

—No, no podía ni oír hablar de eso —respondió Herminia—. Pero una vez recibió por correo una caja con todos los instrumentos que te puedas imaginar, fue un regalo de cumpleaños, y, en vez de usarlos, los tiró al agua y se encerró aquí. Nosotros rescatamos casi todo, suerte que los creyones son de madera y flotan. Las pobres acuarelas sí se volvieron nada, pero fue bien bonito, el agua parecía un lienzo grandote.

Esa ofrenda ostentosa pero lejana tenía la cara de mi abuelo Ignacio. Seguro había sido él. Más ahora que yo sabía que él le había frustrado la carrera y ella se había dejado.

—No sabía que aquí se celebraban cumpleaños.

—Antes, sí. Se esforzaban de más, diría yo. Esa vez hubo hasta globos, pero Aída los explotó uno por uno mientras gritaba una jerigonza de mandar a todos a la mierda.

—¿Y después nunca más se celebró nada?

—Nada. Y tanto que yo quería. Yo creo que lo que más extraño, y te lo digo sin que me quede nada por dentro, son las fiestas, la guachafita, la calle.

Supongo que puse cara de lástima, porque de inmediato ella se sacudió la nostalgia.

—Pero no te creas, el resto era una porquería. Aquí estamos bien… A todo uno se acostumbra.

Esa tarde, entre escasas lecturas de poemas Giraluna, de Andrés Eloy Blanco, lo que más hicimos fue conversar. Y fue un diálogo del que yo no salí ilesa, no había cómo. Con los pocos creyones que había y unos papeles sueltos, Adela se dedicó a sus hormigas gigantes, mientras dejaba que Herminia me contase su historia, como si oír su vida en la boca de otra persona le garantizase una cierta trascendencia o mérito; el aura de literatura que toman las cosas cuando son relatadas. Adela entró en Salos el propio día que cumplió dieciocho años. Su padre la dejó allí para que hiciera un tratamiento de dos semanas y nunca más volvió. La imagen que estrenó a Adela como residente de Salos fue una niña con las rodillas ensangrentadas que vino corriendo, se abalanzó sobre ella y se escondió en la falda de su vestido, para escapar de dos enfermeras que trataban de darle un medicamento. Era Alcira, de diez años. Sabrá Dios bajo qué negociaciones y con qué ausencia de corazón la internaron. Adela la adoptó en el acto, la hizo el foco de su amor fraterno, exagerado y repentino, como todos los afectos que ella juntaba.

Con cada lancha que atracaba en el muelle, Adela salía llena de frenesí, recogía sus cosas —Alcira entre ellas— y besaba a compañeros, médicos, enfermeros y administrativos, a todos, todos, todos en la boca, porque la vida volvía a ser vida porque la rescataban.

—besos con lengua ellos respondían ellos respondían ellos respondían muchos.

Luego se revolcaba de rabia y frustración entre las piedras, porque no, la lancha no era para ella, la vida sería esa vida salada y distante para siempre y lo único que tendría era esa Alcira, siempre desbaratada, siempre cicatrizando, para calmar juntas sus euforias.

—Aquí cada una tiene una camarada que la salva —dijo Herminia, con tono de cierre.

—¿Y tú?

—la señorita herminia es herminia y charito —dijo Adela.

—Lo único que hay que decir sobre mí es que estoy bien sanita y que si pudiera salir me iría muy, muy lejos, de los que una vez fueron mi familia. Y como eso no es posible, porque el dinero no es posible, Salos está bien porque está bastante lejos de ellos. Yo solo quisiera mandarles un papelito donde diga que les agradezco la libertad y la distancia. Y que, si pudieran enviarme mi colección de música clásica de El Nacional, podría incluso comenzar a perdonarlos.

Por supuesto que no le creí eso de que estaba sana. Es cierto que parecía cumplir los requisitos mínimos de la racionalidad y la coherencia, inclusive más que muchas personas que yo conocía, pero si estaba allí, algo había.

—Antes de que pregunte o especule, se lo digo bien clarito: yo soy lesbiana.

Yo, que nunca tuve muchas amigas, ahora tenía, no solo amigas, sino amigas «invertidas», como decía con pudores mi abuelo, y dementes, la pesadilla de mi madre. Ni una ni otra característica las volvía tan diferentes. Y si la normalidad era aquel bando de culebras que mi madre tenía por amigos; la familia de Herminia, que la encerró por algo tan ridículo como lo es siempre la vergüenza; o el padre de Adela, que la engatusó con promesas de salud para después abandonarla para siempre, entonces valía la pena, valía mucho la pena, mi excursión a los territorios

excepcionales.

Adela y Herminia eran leves, simples, eran como monjitas buenas y reclusas, si las monjitas buenas y reclusas fueran buenas por opción y no por estar sujetas a creer que hay sufrir en la tierra para ganar la vida eterna. Ellas ya no consideraban la reclusión en Salos un castigo, no sentían lástima ni vergüenza de sí mismas. Yo era capaz de entender todo eso, pero demoré en entender cómo era posible aquella paz, con tanto dolor en el recuerdo.

Billy Budd, Marinero

Herman Melville, 1924

Anotaciones en el dorso de la portada

12/12/1992

Odio con una intensidad que me asusta los llantos inútiles de estas personas. Quitando a Ricarda, el resto habla, habla, habla, pero ninguna hace nada, parece que no quieren vivir. Odio su renuncia. Cuerda de cobardes. Dicen que el ala masculina es más patética todavía, porque les duele más.

Muchachas que hoy son mis amigas, mañana no lo serán. Pero soy gentil, aunque no quiera. Las trato bien, inclusive cuando me sacan de quicio. Gajes de este oficio de prisionera. Ino las detesta a casi todas y la mayoría adora escuchar sobre ella. A Luciana, por ejemplo, Ino no la soporta. Ella está siempre triste. Y cuando la vienen a visitar, se pone más triste. Luciana, tu hijo está tan bueno que me hace sentir casi viva. Me siento. Soy un ser un poco vivo. Y los vivos lo pueden todo. Pueden incluso decidir morirse. Felices ellos. A.

22.

El criterio para la selección de los libros lienzo era invisible de tan transparente. Todos aquellos cuyo título incluyese la palabra «mar» o alguna derivación, como «marinero», habían dejado de ser un libro, para ser varios. Aída Rojo nunca se repetía, era muy inteligente para eso y, bajo amenaza, sabía ser una estratega de primera. Despreciada, dopada, lobotomizada o no, había sido más astuta que todos sus carceleros.

Con miedo de que su «conocimiento» cayera en manos inadecuadas, mi abuela disolvió su diario —la verdad no era ni diario ni semanario ni entrega mensual sino más bien un cuando-y-como-medio-la-gana atrás de otro— transformándolo en memorandos, noticias desde el calvario.

Desde 1981 hasta 1996, repartió en las páginas de los libros su testimonio. Lo que comenzó usando la enciclopedia como cofre y portadas de libros para esconder contenido íntimo, fue transformándose en una franca expropiación de la autoría. La gravedad de la usurpación parecía obedecer a nadie más que a sí misma, a sus apetitos y a los apetitos del teatro que ella coordinaba sin mucha autoridad. Así, a veces era respetuosa y escribía apenas en las hojas en blanco o en los márgenes. Otra variante, mi favorita, comenzaba un diálogo con el texto, lo refutaba, lo ironizaba, se burlaba de él. En días más desolados, sin ánimo de conversar, mandaba a callar a los escritores consagrados, casi todos hombres, los tachaba y se apoderaba de sus páginas sin la menor consideración.

Salos vino a encajarse a la perfección en su delirio, como corroborando la teoría que su psique inquieta le llevó a construir. Como los escritos tenían fechas —nunca supe si eran reales, pues había grandes lagunas entre los relatos— logré reconstruir, si no la línea de tiempo real, al menos la dramaturgia de la ficción que vivía esa Centinela de Mar que firmaba «A».

Durante todos esos años, la posibilidad remota de mi abuela se

había mantenido en el horizonte como una promesa pespunteada; hilo presente, hilo escondido, hilo presente, hilo escondido. Ahora, entre los garabatos de su escritura marginal, yo me encontraba con ella y forzaba reverberaciones de su vida en la mía. 1984 fue el año en que papá nos abandonó. No avisó, no pidió el divorcio, no mintió que volvería. Hizo la maleta y se fue, llano y simple como tomar agua. La abuela escribía «Mi familia de Afuera no quiere existir más conmigo» al mismo tiempo que yo sentía que mi padre desistía de mí y no tenía ni siquiera el alivio de poner mi angustia en palabras. En el 88, es probable que yo estuviera aprendiendo a besar. Tenía doce años y me estrenaba en historias de amor con José Antonio, un morenito avispado e inolvidable con quien viví las tres semanas intensas que me oficializaron como adolescente trágica. Ella, perdida entre antipsicóticos, no entendía más de sí —«Yo no soy. Yo no estoy. Yo presagio. Yo elaboro teorías». En la navidad del 92, mientras ella hablaba mal de las muchachas —aún no me recuperaba de la imagen de esa abuela que ofendía y juzgaba a quienes, según mi entendimiento de corto alcance, debía tener por hermanas—, yo desertaba de mi primer intento de perder la virginidad, pero triunfaba al terminar de leer, ese mismo día y en tiempo récord, Orgullo y prejuicio.

Yo imaginaba que ella me tenía como única lectora destino y que esa exclusividad reataba nuestro vínculo, pero también me entusiasmaba —no sé bien por qué, tal vez por ansias vengativas— pensar en un lector futuro, aleatorio y accidental, de un futuro post Salos, post encierro, post delirio, que compraría alguno de los ejemplares adulterados sin saber toda la historia que estaba comprando.

También estaba la población de Salos, los de antes y las de después, como legión de potenciales lectores ladrones, curiosos que quizá guardaban entre sus documentos o botaban entre sus basuras la infinidad de textos que yo imaginaba que faltaban y que quedarían faltando para siempre.

Más emocionante todavía era pensar en el lector cazador de libros raros y malditos, que transformaría esta Fe de erratas de mi historia familiar en un ítem coleccionable. Un ricacho excéntrico y sin oficio, que compraría la biblioteca entera del manicomio y, solo por

diversión, excavaría en nuestras tramas hasta rastrear a mi madre anciana y le escupiría en la cara y se burlaría de sus cabellos blancos; uno que profanaría el asilo donde se encontrase mi padre y lo despertaría del sueño que él habría dormido los últimos ochenta años; uno que buscaría al doctor Franco y le diría que yo, Sofía Sirena, desde universos remotos y a pesar de todo, le dedicaba el extrañar en todos los tiempos verbales, porque no era su culpa que mi madre lo quisiera y que yo quisiera odiar a mi madre. Y le diría también que fue mejor la saudade que el odio a cuentagotas que surgiría en ambos y acabaría en divorcio o nos envenenaría de esa unanimidad que ataca a las parejas sosas, que no debería ser confundida con la complicidad de compañeros o el vínculo de los que no necesitan ni hablar porque con solo mirarse se saben de acuerdo, no, esa unanimidad que ya comenzaba a cubrirnos era solo falta de coraje.

23.

-¿Ya te contó Herminia de la vez que casi nos fuimos? —me preguntó Charito.

—Casi no, nos fuimos —corrigió Herminia.

Aunque mi búsqueda se pausaba cada vez que ellas llegaban, Herminia era una compañía perfecta. Ella entraba, escogía algún libro para leer en voz baja y se concentraba en él con disciplina samurái. Yo aprovechaba esos recreos de mi proyecto arqueológico para distanciarme de la escritura de mi abuela, para ponerla en contexto y desarrollar fortalezas críticas que no se conformaran con la figura de Aída Rojo, víctima. A veces se nos unía Charito y entonces Herminia le leía, queriendo ella o no. Por esos días, Veinte mil leguas de viaje submarino la tenía fascinada. Herminia leía y leía y Charito interrumpía e interrumpía, hasta que Herminia se resignaba y se entregaba al chisme.

—¿Ya te contó? —insistió Charito.

—¿Y por qué volvieron? —me adelanté, sin tener la delicadeza de preguntar primero cuándo o cómo. Por suerte, Charito no admitía paréntesis ni desvíos.

—Fue poco después de lo del 93. ¿Puedes creer que ya pasaron cuatro años? Claro que tú puedes creer porque vienes de afuera y ves a este poco de mujeres que podrían verse más jóvenes, pero cómo lograr eso, de dónde amor si no hay cariño. Pero para nosotras como que no pasa el tiempo. Si yo pienso en cómo eran las tetas de Herminia cuando ella llegó aquí y cómo son ahora, siento un poquito que ha pasado el tiempo. O cómo hemos engordado, o las várices. Pero eso es si me pongo a pensar mucho, a querer recordar con detalles, porque la verdad es que cuando uno agarra unos pechos todos los días, con las mismas manos de siempre, las dos pieles envejeciendo juntas, uno ni se entera.

—Al grano, Chari —dijo Herminia, un poco molesta, tal vez ofendidas sus tetas.

—Calma, negrita, que tus tetas son lo mejor que tiene esta isla.

—Esta metrópoli, dices tú —retrucó Herminia.

—¿Se escaparon? —pregunté.

—Sí. Bueno, no. No fue un escape. Lo único que lo hizo parecer una fuga fue que no hubo despedidas.

—Nosotras avisamos, pero ninguna vino —dijo Herminia.

—Y no fue por malas, es que estaban, estábamos todas, como sacudidas. Después de la crisis, del grupo que quedó, cada una fue saliendo de donde estaba escondida, y una semana después ya éramos nosotras, todas juntas. Entonces Herminia y yo vimos que ya no había nadie que nos obligara a estar encerradas y empezamos a soñar con la vida que haríamos allá afuera, en algún lugar nuevo, con las páginas en blanco.

—Las muchachas no se esperaban que nosotras también quisiéramos dejarlas.

—Ni nosotras esperábamos arrepentirnos tan rápido.

No pasaron de Punta Hicotea. ¿Qué había afuera tan maravilloso que valiera más que Salos, la isla que ahora era solo suya, sin más ley que la que ellas pautaban, sin más restricciones que las de la supervivencia? ¿Qué podía ofrecer la misma ciudad que antes las había expulsado, qué había cambiado en ella para que, de repente, se mostrara amable para amparar sus existencias? ¿Qué torbellino había desordenado prejuicios en aquellos que, en vez de amarlas como dictaban la sangre y el buen juicio y el peso de la historia y la ternura y la conmiseración, las habían excluido sin siquiera una visita? Nueve años, Herminia. Dos, Charito. ¿Qué había cambiado en el afuera? Nada. Los nueve años de encierro de Herminia podrían ser dos o quince o cuarenta y cinco y la supuesta melancolía que anotaba su historia médica seguiría ocultando que su desánimo con relación al género masculino y a la vida que se

esperaba de ella era inversamente proporcional a su evidente, irrefrenable —y diabólico, alguna enfermera agregaría— gusto por las mujeres y la bohemia.

Los excesos emocionales, aquellos que llevaron a Charito a aguantar dos años con el alma adormilada por el excesivo litio que le prescribían, seguirían considerándose excesos. Ella aún sería una maniacodepresiva en vez de una «entusiasta», como Herminia le había enseñado a defender, y ese entusiasmo, que poco a poco sentía volver desde que estaban a la buena de Dios en Salos, sería de nuevo sedado.

—Y quién sabe cuántas veces puede resucitar la alegría —dijo Charito, como quien cuenta un milagro.

Yo no tenía verdugos fuera de mí. Yo era yo, ensimismada. La enfermedad que me acechaba no era la de Luz Lucía ni la de Adela, sino una enfermedad de vacío y de cuarto oscuro y de ya no más, y ellas no eran así, ellas estaban llenas de algo que yo no sabía qué era porque yo no lo tenía. Lo mío era un problema político. Aburrimiento pequeño burgués. Impostura. Malcriadez. Mi desconsuelo yo lo podía rastrear, mensurar, oler; era como una bola de plastilina que va incorporando la mugre de las manos y de las superficies que toca y que nunca será arte sino distracción, entrenamiento que bajo ningún concepto garantizaba destreza en otros materiales.

Yo no pasaba de una pobre imitación de Simeón. Ellas, en cambio, eran santas potenciales. Rita tenía razón. No hay santo cuya historia no sea una historia de desequilibrios propios o ajenos. Bárbara y sus senos cortados, los ojos de Lucía, las flechas rompiendo la carne de Sebastián, las cabezas descepadas de tantos. La santidad es un tema muy cercano a la mutilación y ellas, todas, eran unas inocentes amputadas. Tajo a tajo, habían perdido desayunos, viajes, sofás, diostebendigas, jardines, ollas, quincenas, bibliotecas, partidos, jeans, orgasmos, aceras, hermanos, sábanas, bicicletas, maridos, carros, ladrones, buenosdíasmiamor, padres, menús, ventanas corredizas, luces de navidad, vestidos, filas del banco, cafés, pintura fresca, credos, hijos.

Billy Budd, Marinero

Herman Melville, 1924

Anotaciones en el dorso de la portada

07/03/1992

Ricarda recibía muchas cartas y siempre las respondía. Antes. Algunos lloran porque les llega lo que no quieren y otros porque no les llega nada. No hay sentido en ese llanto. Las risitas de los que reciben carticas y se sienten mejores que los otros también son absurdas. Todo es una gran excusa. Quien ama, visita. Quiere besar. Quiere abrazar fuerte. No quiere mandar garabatos en hojas. Alfabeto inútil. Descomunica.

Yo ya ni las recibo, yo las desprecio, Sofía. De nada sirven los dibujitos que tu madre me manda en las hojas. Es su culpa dibujada y a esos dibujos yo no les veo el sentido. En las hojas no vienen ni el perdón ni las reconciliaciones. Por eso las boto.

Yo sé que tú me escribes cartas que no te dejan enviar, Ino me tiene al tanto. Tus palabras sí que tienen peso. Nadan hasta aquí y me calman. A.

24.

-Te está gustando jugar a la casita y eso no es bueno, muchacha.

—¿De qué está hablando?

—No me hagas querer morirme otra vez, que ya yo no estoy para esos trajines.

—No estoy entendiendo.

—Te pasas el día entero metida en esa bibliotequita miserable. En el puerto de paleticas de polo. Con la plaza y las calles que no llegan a medir dos metros de ancho, pero bien que les acomodaron un nombre. Esto era un pobre pesebre viviente y no quiero que sea así otra vez. Porque cuando lo era, a veces me provocaba morirme. Querían que esto fuera un pueblo, cuando lo que necesitábamos era que fuera lo más diferente posible. La única auténtica era Aída.

—¿Por qué ella?

—Porque Aída sufría como se debe sufrir en un lugar así. Y porque, sufrida y todo, se apoderó de esta isla con sus ideas.

—¿Ustedes fueron amigas?

—Pues cómo no, por esa valentía suya, éramos amigas. ¿Sabes que siempre me imaginé a la tal Ino catira? Pero Aída insistía en que era una guajira maciza y bella.

Ese nombre me había acompañado todos estos años y, durante los primeros meses después de lo que pasó, yo culpé a Ino como se culpa a una persona de carne y hueso, la soñé, la dibujé. Y era catira, sin duda, y muy alta y tenía una voz grave y unos pies enormes. La odié por quitarme a mi abuela, por sacar lo peor que había en ella. En Salos aprendí que odiar a Ino era odiar a mi abuela, que era su autora.

—¿Ustedes hablaban sobre ella?

—Había días en que Aída no hablaba de otra cosa. Aquí todo el mundo se sabía sus teorías. Algunos colegas hasta las creían.

Mi abuela tenía sus teorías para huir de una realidad que le resultaba insoportable y lo que nunca entendiste, mamá, es que quitarle la fantasía era condenarla a demonios más feroces, por más reales. Yo intuía dos o tres o mil cositas sobre cuáles eran esos demonios y cuáles sus orígenes y de alguna forma me reconfortó saber que los últimos tiempos encontró quien la acompañara en su fuga a esos mundos a los que yo debía haberla llevado y no lo hice

por estar ocupada dejándome anquilosar por los mismos demonios feroces y reales y sin descanso de la maldita vida real que es también tu vida real, mamá, esa cosa de nacer hembra y crecer mujer en estos siglos y en este planeta hecho de alcahueterías.

—¿Y los medicamentos no ayudaban?

—Sí, sí, y no vale la pena que te pongas a inventarte historias sobre eso. Rita no era tan astuta ni tan odiosa como las enfermeras, era más fácil engañarla. El día que los médicos se fueron fue el último día de Aída medicada. Ella fingía tomarse las pastillas, pero se las escondía en las encías. Después las sembraba en el jardín en una pobre mata de sábila que yo no sé si serán ideas mías, pero se empezó a poner extraña.

¿Santa Rita Farmaceuta, libre ahora de sospechas de dosis erradas o demasiadas, había sido entonces una Santa Rita Negligente y había dejado que mi abuela muriera de otros males?

—Ricarda, cuénteme cómo murió mi abuela. Yo necesito saber.

Ella me miró con una tristeza casi táctil. Pero entonces llegó Adela y, como quien estalla una burbuja de jabón con el dedo, rompió el clima que se había creado entre nosotras. Rita la había mandado a buscarnos para la cena. Maldije a Adela, a Rita y a la cena, pero la mirada de Ricarda me dijo que esa conversa duraría la vida entera si yo así lo quisiera y no había nada de qué preocuparse.

De noche, el comedor parecía un lugar diferente. Varias preferían comer en sus habitaciones y las que iban lo hacían pensando en que, apenas una de ellas terminara de comer, acomodaría una mesa para jugar rumi. En eso pasarían horas, a veces la madrugada entera, cuando Rita estaba de buenas. En esos momentos uno podía incluso convencerse de que no estaba donde estaba, sino en una gran casa en la que un matriarcado comandaba los días entre hacer comida, hacer oficio, hacer el amor y hacer apuestas. Esa noche tuvieron que armar dos mesas. De las jugadoras yo solo conocía bien a Herminia y a Charito. Guna parecía feliz con sus cartas. El trío que se encargaba de la limpieza, con el que nunca intercambié

más que un saludo cordial, también estaba allí, junto con Aura y Marta, dos completas desconocidas que me caían bien. El ambiente era el ideal para relacionarme con ellas, descubrir si mi brújula estaba bien con relación a mis afectos gratuitos, entender quién era quién, cómo era ganar y cómo era perder por estos lados, cómo era eso de apostar donde todos los bienes eran colectivos. La ocasión se prestaba para hacer todo eso, pero yo solo quería conversar con Ricarda, ahora que su monólogo había pasado a ser sobre su amiga Aída.

Tuve miedo de que mi custodia se revelara una jugadora tenaz, pero eso sería incongruente. Esas mujeres jugando y divirtiéndose como si este lugar fuera una casa de playa era justo la vida de maqueta que Ricarda tanto odiaba. Apenas terminé la sopa de arvejas, me quitó el plato.

—Huyamos mientras se puede.

Bajamos al muelle. La noche estaba fresca, el cielo limpio y encendido. Nos sentamos. O ella se sentó y yo la seguí.

—Sí notaste que en el juego de ellas nunca nadie pierde ni gana, ¿verdad?

—¿Cómo así?

—Ellas juegan por puntos. Están jugando por puntos desde 1985. Herminia, por ejemplo, tiene unos 75 mil. Guna, 40 y tantos. Y así vamos. Hasta yo tengo mi acumulado. Ya discutimos sobre hacer una final, pero son pocas las que se emocionan. El resto, no sé decir por qué, vemos linda esa carrera ad infinitum.

—¿Esperanza?

—Estupidez.

—¿Y quién lleva esa cuenta?

—Adivina.

—Santa Rita Calculadora —dije, y no me aguanté la carcajada.

Ricarda me miró seria y yo intenté componerme, pero entonces fue ella la que reventó y así estuvimos un buen rato, tratando de contenernos, hasta que nos rendimos y reímos enloquecidas hasta llorar. Reí toda la risa que se me había quedado sin usar los últimos meses, hasta que Ricarda volvió a ese aquí y ahora donde las risas se quedaban vestidas esperando un paseo que nunca llegaba.

—Santa Rita, nada. La santidad y la putería son excluyentes, Sofita.

—¿Putería con los hombres de las lanchas?

—Disfruta tu ignorancia. Mira este cielo perfecto y olvídate de Salos, que hoy hasta yo quiero creer que este muelle es un muelle de otra historia y que nunca vio tanto vaivén de locos. ¿Sabías que a tu abuela ni siquiera la acompañaron hasta aquí? El insensato de tu abuelo la montó en el barco de los locos, con su maleta y su sombrero bello, que ella decía que había comprado en Panamá, y le dio un beso en la mollera, ¡en la mollera, después de más de veinte años juntos, él se despidió con un beso en la mollera!

—Igual no debe haber sido fácil para él.

—Le dio un beso en la mollera, el muy desalmado. El bote salía de Punta Hicotea dos veces por día. Los familiares que querían venir hasta aquí podían hacerlo, y había a quienes les gustaba. Del lado fuera del muro, ya tú ves, es como un hotel. El proyecto era una maravilla. Dio trabajo a cientos de personas. Horrible. El puerto se volvía un espectáculo horrible. Gentuza y lo que no era gentuza con los ojos desorbitados viendo quiénes eran los nuevos locos y quiénes los familiares. Por seguridad, todos debían tomar un calmante y algunos permanecían maniatados. Iban en filas, la mayoría sentada cabizbaja, con vergüenza de no saber de qué sentir vergüenza o saber de más. Algunos nunca despegaban la vista de quienes se quedaban en el puerto. En los peores días, había hasta pacientes que se desnudaban y lloraban y gritaban y por ahí va, pero eso no era siempre. Aquí llegaba también mucha gente sana. Los que estorbaban allá fuera. Muchos gritaban una atrocidad seguida de otra, apurados, sabiendo que pronto el sedante haría efecto y que, cuando estuvieran adentro, la rabia y la decepción no le importarían a nadie. Guna y Aída llegaron juntas. Año 81.

—82. Mayo.

—Eso. La gorda llegó dormida, noqueada. Para bajarla necesitaron cuatro hombres, fuertotes, y eso que en aquel entonces no estaba tan gorda. Antes de venir aquí estuve dos meses rondando el puerto y estudiando todo ese teatro. Por eso yo tuve la decencia de llegar en lancha particular. Aída siempre decía que la primera vez que la internaron no la llevaron desconocidos en un bote vergonzoso, sino su marido en el Chevrolet Nascar del 57 que tenían y que era la envidia de todos.

—¿Y ella hablaba de él, de mi abuelo?

—Lo defendió un tiempo. Cuando la trajeron. Pobre, parecía una condenada. Un trapito. Si vieras cómo se ponía los domingos, cuando el sanatorio se dividía en dos: el mundo de los que recibían visitas y el mundo de los que se quedaban esperando en el portón que apareciera un conocido. Los lunes eran iguales, la película de los que recibían cartas y la película de los que nunca escuchaban sus nombres en el altoparlante.

—¿Mi abuela recibía muchas?

—Algunas. Pero no te sé decir qué las hizo. Después de leerlas, pasó los peores momentos que ella tuvo aquí, yo creo. Quedaba como ausente de sí misma, como si su vida estuviera transcurriendo allá afuera y ella se la estuviera perdiendo. Peor: como si se lo mereciera. Después dejó de esperar visitas y exigió que, si alguna carta llegaba para ella, por favor, no se la entregaran. A la larga, creo que le hizo bien.

—Mi madre nunca hablaba de ella.

—En cambio, Aída siempre hablaba de ustedes. Bien o mal.

—¿Usted sí va a contarme cómo murió?

—Tu abuela se murió cuando se quiso morir. Agarró a Esther, cuando Esther también se quiso morir, y juntas se echaron al mar bravo.

—Al Adentro.

—Y sin sirena —dijo Ricarda, llena de compasión, y yo sentí que ya ella había encontrado la paz que yo había ido a buscar allí y que ya no encontraría, sabiendo que mi abuela no vio otra solución que desistir.

Piedra de mar

Francisco Massiani, 1968

Anotaciones en las páginas en blanco

23/04/1996

Las Centinelas de Mar de Maracaibo no descansan. Por tanta Sirena. Ino, cuánto trabajo. Cuánto trabajo, Aída, cuánto trabajo.

Maracaibo y su esfuerzo me arden en los ojos. Y yo que no estoy en Maracaibo. Ciudad de portales. Sino en esta isla que no existe. Desamparada ella, desamparada yo.

Salos no es un portal. Salos es una calle ciega. Salir es el infierno. Quedarse es el purgatorio. Vale la pena intentar darle un fin a tanta humillación.

Apenas pones un pie fuera de la cerca y las piedras afiladas comienzan a aparecer. Y a seducirte. A.

25.

Después de haberme incorporado a la rutina de Salos como lo hubiera hecho la mejor paciente —quitando el detalle de que mi permanencia se debía (casi) con exclusividad a la cacería de los textos de mi abuela— me sentía con la valentía y el crédito suficientes como para pedir a Rita que se abriera una excepción y celebráramos el cumpleaños de Herminia.

La convencí con el argumento de que, según había escuchado

Domingo en la radio, ese día habría un eclipse de luna y, en caso de que no quisiera hablarse de fechas, podríamos hacer una fiesta en honor a los astros, que brillaban sin distinciones para todo el mundo. No necesité decir mucho más. A Rita le emocionó la idea de una forma que yo no habría podido prever. Volvió a ser una adolescente, una niña que recibía su primera bicicleta o se enamoraba por primera vez.

Le ofrecí a las muchachas mis vestidos, accesorios, maquillaje y hasta convencí a Ricarda de montar un atelier improvisado, para que, con ayuda de todas las que supieran coser y tejer, hiciéramos los ajustes necesarios y diseñáramos nuevas piezas, usando la pila de uniformes y lencería que quedaban de cuando Salos era un sanatorio y no esta casa de retiro forzoso; una pila que no se agotaba, según Adela, gracias a las muchas oraciones que ella le hacía a San Simeón porque no quería ver a tanta vieja desnuda. Tomando como modelo mi propia ropa, actual, cara y primermundista, las veintidós mujeres de Salos desfilaron atuendos nuevos, todos en color celeste hospitalario, sí, pero lindos. Y la mujer número veintitrés, la homenajeada en un secreto a vox populi, Herminia, estaba radiante.

¡Yo quiero ser como Ariel, yo quiero ser como él, que escribe, canta, diseña y hasta le baila ballet! En el patio ya sonaba la Billo's Caracas Boys en el radio de pilas que Domingo accedió a prestar a cambio de que lo dejaran participar de la fiesta, y, al ritmo de la guaracha, el cuarteto feliz arriesgaba unos pasitos lentos como los de las tías segundas que todos en el mundo alguna vez tuvimos, mientras que, en otra esquina, el viejo, tierno e infeliz, bailaba con una compañera invisible.

El ambiente de Salos, al menos del muro para dentro, se había trastocado por completo, había pasado a tener esa alegría melancólica de los domingos familiares en las escuelas, de las yincanas y las verbenas, de las fiestas parroquiales. Incluso Aura, la estudiosa del muro, y Claudia-pajarito-pleitero estaban de buen humor, armando un mesón en el centro, y no habían terminado de poner el mantel cuando llegó Guna con Adela y Laura cargando ollas olorosas y calderos humeantes y platos y cubiertos limpiecitos.

—¡Con calma, que está que pela, con calma!

Y eran los treinta años de Herminia y era también una Navidad y un Carnaval y un Fin de Año y los quinceaños de Alcirita-mujer-orquesta y las bodas de plata de Almudena y su difunto marido y la fiesta de graduación de Ricarda y el Día de la Milagrosa y todas las fiestas grandes que no tuvieron porque parecía que celebrar con alegría mayúscula era algo que los otros hacían y que en un manicomio no se podía hacer porque cómo evitar que delirios, fantasmas, alucinaciones, espantos, miedos, fobias, manías, dolores, tics, estupores y demás aguafiestas se metieran de arroceros e hicieran de tan importantes ocasiones un show de horrores. ¿Quién las había convencido de eso? Nadie y todos. La culpa que, en silencio, asfixiaba el entusiasmo.

—¡Salud, pues!

Rita llegó con una caja llena de cosas de fiesta, desde ron y güisqui hasta serpentinas y globos. No caí en la provocación de preguntar. Eso también «nos lo merecíamos». En todo caso, era ella quien lo trabajaba y lo compartía con esa generosidad que solo los mártires conocen. Si ella era Santa Rita Prostituida, era por opción propia ¡y salud por eso!

Se comió, se bebió y se bailó como en las mejores fiestas a las que yo había ido. Adela, reina total de noche, comió hasta la saciedad, bebió hasta que no pudo más, vomitó hasta la bilis, volvió a comer y beber hasta la saciedad y entonces fuimos juntas a vomitar la bilis, después de que se me ocurriera competir con Rita a ver quién bebía más güisqui y perder por mucho contra ese hígado milagrero y ese cerebro inapagable que no solo filtraban el alcohol como si fuera agua, sino que también tenían claridad para chismear que Herminia estaba riéndose alto y agudo como siempre que gozaba un buen orgasmo y para escuchar a Luz Lucía decirle «dame» a Alcirita, cuando ella se empinaba el vasito de ron con Coca-Cola con que le substituyeron los calmantes. Tenía claridad para confirmar que aquellas que no podían beber un milímetro tuvieran siempre recargada su buena dosis de ron placebo y para ver cómo Domingo se bailaba al cuarteto feliz en pleno, con la Billo's y Los Blanco y Los Melódicos y La Sonora Ponceña y hasta los cortes comerciales de la FM que mejor sintonizamos y que nos acompañó toda la noche y nos avisó, minuto a minuto, como un Feliz Año Nuevo a

destiempo, la llegada del eclipse. Fueron dos horas y veintiún minutos desde que la tierra le empezó a hacer sombra a la luna hasta que la luna se arrimó, se arrimó y tuvo luz de nuevo.

—¡Ay, qué noche tan preciosa, es la noche de tu día… todos llenos de alegría, en esta fecha natal!

En esos minutos que no hubo luna, no hubo tampoco quien frenara a Guna cuando empezó a cantar el cumpleaños feliz para Herminia, sin torta y sin velitas.

—¡Tus más íntimos amigos esta noche te acompañan, te saludan y desean un mundo de felicidad!

Sin que nadie lo ordenara, nos juntamos todas alrededor de la festejada y cantamos a gañote abierto.

—¡Yo por mi parte deseo, lleno de luz este día, todos llenos de alegría en esta fecha natal!

Y esa canción, que a mí nunca me había emocionado, se escuchó más solemne e importante que cualquier himno. Un sonido fósil que nos dejó a todos con morriña de otros tiempos, sin saber de cuáles.

—¡Y que esa luna plateada brille su luz para ti, y ruego a Dios porque pases un cumpleaños feliz!

Sin torta y sin velitas, faltó a la cumpleañera el instante de cerrar bien apretados los ojos y pedir el deseo de la nueva edad, ese que dicen que siempre se cumple porque es algo así como un regalo cósmico. Si hubiera tenido la oportunidad, es posible que Herminia, tomada por la sorpresa, ni siquiera supiera decir qué deseaba, si es que deseaba algo. Pero luego, organizados sus anhelos, podría decir que sí, que quería vivir en una ciudad muy lejos de allí, lejos de la playa, tener algún trabajo que le solucionara el diario, sin horarios estrictos, y plantar albahaca y orégano en materos en la ventana de la cocina. Pero el mayor deseo, el que haría que todos los demás valieran la pena y fueran suficientes, sería no tener recuerdos de la vida anterior a Salos ni de dentro de la isla. Y así, con el corazón lavado, suavizado y planchado, conocer a Charito un día cualquiera en una callejuela vecina y amarla con su curriculum vitae

reinventado. Pero tenía treinta años y estaba en Salos. Defendía a muerte la alegría en el pesebre viviente que Ricarda decía odiar, pero del que no salía por nada del mundo.

—¡Vamos despertando! —me gritó Rita. Me despabilé con el sol del mediodía en la cara y la noticia de que Adela y Claudia no aparecían por ningún lugar.

Al final de la noche solo quedábamos Herminia, Charito, Adela, Claudia y yo, que no me acordaba de las últimas horas. Ni siquiera recordaba cómo habíamos llegado al muelle. Esa mañana no hubo desayuno ni baño. Rita estaba como si le hubieran puesto cafeína endovenosa, dándonos órdenes a todas para buscar debajo de cada piedra de la isla.

—Apúrate y ayuda, que la idea de todo este desbarajuste fue tuya.

—No fui yo la que buscó el güisqui.

—Nadie te dijo que hablaras. —Rita casi no terminó de decir y rompió a llorar.

—Ya las vamos a encontrar —dijo Charito, mientras la abrazaba y me fusilaba con la mirada.

—En los pabellones de allá tampoco están. —Llegó Domingo jadeante.

—No deben haber pasado del muro, vamos a revisar bien aquí —dijo Guna, que se fue con varias más.

Revolcamos veinticinco habitaciones y ni rastro de ellas. Íbamos camino al edificio de administración cuando Aura, que en todo ese tiempo había estado en una caminata incesante alrededor del muro, buscando en ningún lugar, excepto dentro de sí misma, vino corriendo desesperada y le dijo algo en el oído a Rita.

—Me dejo de llamar Rita si no es allí que Adela y Claudia están.

Fuimos todos para el auditorio, en el corazón del espacio administrativo. Un lugar destinado, durante el auge del San Simeón Salos, lo mismo a congresos, charlas y seminarios que a festejos y bailes. Las encontramos debajo del tableado del escenario, agachadas entre el polvo, los animalitos y los cables, amalgamadas en una sola bola de carne, huesos y miedo.

—¿Qué hacen aquí? —reclamó Rita.

—la noche era igualita claudia dijo la noche la noche idéntica la noche idéntica ellos llegaron ellos dijo la señorita claudia que ella escuchaba mejor que ella ya estaba escuchando que venían otra vez escondan las lámparas las lámparas la señora raquel sofía los traía ya comenzó la estampida.

—¡No, no, yo no traigo a nadie, yo vine sola! —me apresuré a decir, como si pudiera servir para algo.

Claudia se deshizo del abrazo de Adela y salió, le costó mucho trabajo erguirse y cuando quise ayudarla me lanzó una mirada de cuchillo. Cerró sus puños frente a mi cara con tanta fuerza que pude ver las manchas blancas y rojizas que se formaban en su piel por la circulación alterada. Gritó, no palabras, no frases: una sola sílaba tuerta, y se fue corriendo toda renga.

—¿De quiénes habla Adela? ¿Cuál estampida? —pregunté en voz baja a Ricarda.

—¿Qué es lo que quieres tú? ¿Una clase de historia? ¿Una visita guiada? —reaccionó Rita en medio del llanto.

—Disculpa.

—Adelita, ven, mami, está todo bien, no pasa nada.

Adela permanecía en el fondo, en un monólogo susurrado, sin la menor intención de salir, pero un rato después se acercó un poco y Rita aprovechó para halarla por el brazo.

—aquí estamos aquí estuvimos bien aquí es seguro aquí no nos ven los perros que no ladren la estampida fue una estampida se fueron como ratas no como gatos ni como perros y yo decía barriga no

rujas búsquenme encuéntrenme la gente buena mamá papá antonio sean gente buena mamá linda mami con su vestido de florecitas amarillas mamá no llores cuando me mires los ojos se espichan y la estampida comenzó nadie entra nadie sale nadie entra nadie sale yo no salgo claudia no podía no vino a buscarme y ella vio la estampida y yo no pero la oí y duró mucho mucho muchísimo porque mi barriga rugía y ya habían pasado varios soles y lunas y soles y lunas claudia trajo unos tenedores para defendernos claudia no me mires no me mires afuera ya no había nadie que la estampida fue de todos.

—Charito, llévenla al cuarto —pidió Rita, bastante conmocionada.

—donde hay estampidas no queda nada porque el piso se deshace pero este piso no es piso es una piedra en las piedras las estampidas duelen en los pies.

Herminia y Charito, cada una por un brazo, condujeron a Adela.

—que respirar duro no se puede oye las botas claudia no respires duro enséñale a rita cómo se respira suavecito la señora raquel sin nombre con nombre ahora de sofía que aprenda también si la estampida se regresa aquí nos vamos a esconder y vamos a meter a domingo y a los perros y que se coman los jugueticos de guna que guna también se calle y después vemos.

Aun cuando ya iban lejos, podíamos escuchar las palabras de Adela resonando en la isla como un castigo injusto, democráticamente distribuido entre todos.

—que si la estampida se regresa la piedra se va a hundir porque la piedra ya no quiere saber nada los que se fueron se fueron la piedra ya tiene sus comidas de sol y de luna y la señorita rita que baile su vals que nunca pudo bailar.

Rita fue atrás de ellas, de repente encogida y distante. Mujeres de posguerra juntando los destrozos. Yo, culpable de reanimar dolores, me quedé sin palabras. En mi vocabulario hecho de privilegios no había nada para ofrecer.

Relatos de los mares del sur

Jack London, 1911

Texto original del libro tachado.

Anotaciones entre los borrones

29/11/1994

Quién es Aída, nadie sabe. ¡Aída, Aída! Yo la llamo y no me respondo. Cuando Ino la llama, yo voy sin pensarlo. Ella hace que me escuche y que yo la escuche a ella.

Ino, la única fiel. Mi amiga de verdad. Ha vuelto para acompañarme en mi pena. Planeamos estrategias. A.

26.

-Si quieres irte es ahora. La lancha tiene suficiente gasolina para llegar hasta Punta Hicotea. Ahí la puedes dejar, que nadie la mira. Yo resuelvo para traerla de regreso. Ya me odian, que me odien un poquito más.

—¿Usted cree que quiero irme?

—¿Y cómo no?

—Pues porque no.

Domingo me había invitado a dar un paseo en su lancha y yo accedí porque era él y porque, desde aquel fin de fiesta, digamos que la amabilidad no abundaba. Había comida, buenos días y acceso normal a la biblioteca, pero no mucho más que eso. Adela, por

ejemplo, andaba agazapada, callada, como arrepentida de haber hecho algo muy malo. Y la culpa era enterita mía, la forastera que vino a querer remover lo quieto.

—Yo tenía más o menos tu edad cuando llegué aquí. Pero antes a esa edad ya uno no era un carajito. Estaba enamorado como la gente ya no se enamora más. La conocí en el psiquiátrico de Maracaibo, yo trabajaba en la limpieza y ella era ella. La gente decía que ella no sentía nada, que ella no sabía de mundo, ¿alguna vez ha visto una persona así? Lela, pues. Lela. Pero Esther sentía. Sentía mucho. Se le veía el miedo en los ojos. Nosotros miramos de los ojos para fuera, ella miraba de los ojos para dentro. A veces Luz Lucía mira así, ¿sabe?

—Sí, así mismo, para dentro.

—Bueno, así. Entonces Esther empezó a hablar, empezó a moverse. Y empezó a decir que era yo el que tenía que darle la comida, y el que tenía que llevarla y traerla y todo. Yo, que no era enfermero ni nada y que lo único que tenía que hacer era mantener limpio el pasillo. Cuando vimos, ya estábamos cogiendo en la salita de máquinas. Y me disculpa la palabrota. Un mes después, inventamos una fiestica de matrimonio, aunque la verdad no era matrimonio ni nada parecido porque los locos no pueden ni casarse. Pero no me dejaban llevármela a mi casa ni me dejaban quedarme ahí por no ser paciente. ¡Qué ganas tenía yo de estar loco en esos días, muchacha!

(Si mi abuelo Ignacio fuera así).

—Y entonces averigüé que aquí aceptaban parejas y nos metí en la lista de espera, ella de paciente y yo como plomero. Unos meses después me llamaron. Esther estaba otra vez mal, pero nosotros nos entendíamos incluso cuando ella estaba lela. Cuando ella se ponía mal, era como si el mundo se me tumbara. Pero ella volvía. Ella siempre volvía.

(Si mi abuelo Ignacio fuera así).

—Y cuando ella no estaba, yo la extrañaba y más me enamoraba, más me jodía. Cuatro años después, tuvimos a Rita.

—¿Usted es el padre de Rita?

Y así, sin esperarla, llegó mi respuesta.

—¿Y por qué más yo iba a estar aquí, pues?

—¿Y qué pasó que no se hablan?

—Que ella es mucha hija para mí.

Domingo prendió el motor. Santa Rita Pecadora no sabía honrar al padre. Santa Rita Pecadora, strike one.

—Sofía, yo no sé qué fue lo que tú supiste antes ni por qué llegaste aquí apenas ahora…

—Yo tengo mi versión y me toca a mí cargar con ella.

—Pero la versión que no es versión, sino verdad, es que cuando Adela habla de la estampida, habla de 1994.

—El año del que todos hablan y nadie dice nada.

—Era así, el mar y los buques estaban normales, con su lleva y trae, lleva y trae. Hasta que uno de esos buques resultó ser una fragata con bandera colombiana y se llegó al faro del islote aquí de al lado y ahí se instaló. Los directores andaban del misterio a la zozobra y los teléfonos no paraban de tocar, pero a nosotros no nos decían nada. Empezaron a salir las lanchas, porque aquí antes había muchas lanchas, y no nos dejaron ni una, y de treinta en treinta fueron vaciando el sanatorio. El barco de los locos hizo más viajes en un día que los que hacía en un mes. La mayoría no se dio cuenta, pero yo lo vi clarito desde el principio: se estaban llevando a los ricos y a los que tenían quien los visitara.

—¿Y el resto?

—El resto hicimos colas que no avanzaron nunca y preguntas que nadie respondió. Cuando no quedaban ya trabajadores ni médicos, lo vi venir. Tiros y tiros al aire y buques de un lado y del otro, llegando y zarpando. El Padre Cicerón trató de calmarnos, pero entramos en pánico.

Me contó Domingo que apenas el barco de los locos volvió a la isla y fue para hacer un último viaje. Había alrededor de ochenta personas todavía y en la embarcación solo cabían treinta. El Padre dijo que volverían por todos, pero que debían tener paciencia. Él escogió a dedo a quiénes llevarse y se decidió por los casos más graves, siempre que tuvieran quien cuidara de ellos. No escogió ni uno solo de los sanos que todo el mundo sabía que estaban aquí porque molestaban a alguien allá afuera.

—Es que al Padre Cicerón también le molestaban. Y ellos que pensaban que él los quería. En un santiamén se llenó el barco, y algunos se quedaron agarrados de los bordes, suplicando, intentando subirse.

Pero ellos prendieron el motor y, desde el muelle-abandono, Domingo y los otros los vieron alejarse. De uno en uno fueron cayendo los pobres que imploraban. Algunos se mantuvieron firmes hasta que los perdieron de vista. Dicen que dos cuerpos llegaron a la orilla unos días después. En el nombre del Padre, del Hijo, del Espíritu Santo, a ver qué carajo hacen con sus vidas, Amén. Y ellos que pensaban que él los quería.

—¿Pero cómo fue que no salió en las noticias?

—Salió, muchacha, la payasada de la peleíta por el territorio que no quedó en nada salió. Y de resto, sobre nosotros, a duras penas nos mencionaron, cuestión de sigilo y esas pajas. Dime tú, ¿cuándo en la vida los locos han sido noticia?

Reunidos alrededor del radiecito, los cuarenta y pocos que aún quedaban, escucharon que Colombia y Venezuela estaban en un impasse diplomático, disputaban la Isla de Salos que, según Colombia, había sido cedida como territorio venezolano por medio de negociaciones irregulares y cuyo nombre verdadero era Isla de Las Piedras. Sobre el San Simeón, apenas dijeron que estaban estudiando reubicar a los pacientes, si no se resolvía el conflicto con rapidez.

—Estábamos ya alegrándonos con lo que había pasado, cuando llegó la Guardia Nacional y ahí sí se terminó de joder todo. Muchos celebraron que al final los venían a rescatar e hicieron su filita, pero

la mayoría ya no quería saber de ser rescatada. Algunos se escondieron en el manglar. Charito se metió en una de las ollas gigantes de la cocina.

Y el resto, incluyendo a mi abuela Aída, se escondieron bajo el entarimado del auditorio, donde encontramos a Adela y a Claudia. Escucharon gritos de los guardias desde todos los rincones de la isla. Se quedaron dos días ahí, pasando hambre, hasta que no oyeron más a esos héroes que les fueron enviados y que no tenían la menor idea de dónde, por qué y a qué estaban yendo.

—Esther fue la única con fuerzas suficientes como para cantarle el cumpleaños a Rita.

—¿Rita cumplió años encerrada ahí?

—Cumplió quince años como no cumplir nada —dijo, soplándose de la nariz—. Aída no está aquí muchacha. Y usted tampoco está. Termine de irse y olvídese que alguna vez vino.

—Yo no me puedo ir. No he terminado lo que vine a hacer aquí.

—Para luego es tarde.

—¿Por qué tanta insistencia?

No sé cuánto tiempo más nos quedamos ahí, a merced de la marea, el motor en descanso. En silencio. Él, mirando lejos, como su rutina le exigía. Y yo ahí, vertiginosa, incapaz de organizar mis deseos y mis vísceras. ¿Era tan importante recuperar los escritos de Aída, tenía algún sentido, algún impacto? ¿O era un nuevo espejismo, una nueva inercia, un nuevo dejar estar? ¿La oportunidad estaba en la ciudad, en el regreso, o estaba ahí, donde yo era alguna figura intermedia entre prisionera y voluntaria? ¿En qué pensaba Domingo cuando miraba el mar? ¿Y por qué no aceptar el ofrecimiento de Domingo y no llegar a Maracaibo, ni a Londres con Franco, sino irme a cualquier otro lugar?

—¡No me vaya a vomitar la lancha, Sofía, saque la cabeza!

Tarde. El vómito me vació el cerebro. Domingo me echó agua en la cara. El viento hizo el resto. La sensación de la máscara de agua

secándose, deshaciéndose, me recompuso un poco.

—Si ese era el paseo, ya podemos volver —dije.

—Que Dios la ampare y la favorezca.

—Amén.

27.

-Ya se les va a pasar, no te martirices —me dijo Ricarda, ya cuando estábamos listas para dormir—. Queriendo o no, tu visita reanimó los caldos, Sofía. Adela es lo más bonito que hay en la isla y todo lo que le pase a ella es como si nos pasara a todas. A unas más que a otras, claro. Pero es cuestión de esperar.

—No sé cuánto tiempo más voy a soportar aquí.

—¿Esa era toda la entereza que tenías? No pareces nieta de Aída.

—Y tengo derecho a no parecer, ¿no? A final de cuentas fue muy poco lo que conviví con ella.

—No, no tienes derecho, querida. Lo perdiste el día que llegaste aquí usando tu parentesco como pasaporte.

Ella se enrolló en su cobija con un gesto exagerado, hecho con el único fin de marcar el fin de la conversación, pero yo tenía tanta cosa girando en la cabeza y tan poco a perder, que me arriesgué a provocarla.

—¿Ricarda?

No respondió.

—¿Ricarda?

Nada.

—Ricarda, ¿qué fue lo que pasó con Domingo y Rita?

Y ahí sí le toqué el punto que le dolía. Se quitó la cobija y bien dispuestica se sentó en la orilla de la cama.

—Pues sí, tú te amigaste con el canalla de Domingo. Confías más en él que en nosotras.

—Es que nadie dice nada, ¿cómo puedo odiarlo así porque sí, por imitación?

—Imitación no, solidaridad.

—¿Qué fue lo que pasó?

—Domingo nada más sabe echar a perder las cosas y pedir perdón, para luego echarlo a perder todo otra vez.

—Él parece tan gentil, tan servicial.

—Él es muy servicial, claro. La única opción que había aquí para no morirnos de hambre era aprender a pescar y fue él quien nos enseñó, eso no lo olvidamos jamás. El problema es que él es servicial y burro, entonces parece que está siempre listo para comenzar un desastre.

—¿Mi abuela aprendió a pescar? —pregunté, alegre con la imagen de ella en el mar.

—Sí aprendió, pero tenía paciencia. Por eso ella asumió trabajos más administrativos, digamos. Porque vivir para comer es de animales. Aquí queríamos vivir lo mejor posible. Rita fue la que organizó todo. Ella era la que mejor conocía cómo funcionaba todo y reprodujo con tanta fidelidad lo que hacían las enfermeras y los médicos que por momentos nos asustó.

—Santa Rita Alcaldesa.

—Eso mismo. Ella y Aída distribuyeron las funciones. Aída se apoderó de la biblioteca, Guna de la cocina, María de la farmacia y así fuimos. Un grupo grande, la mayoría, pescaba. Después, Domingo y los otros hombres que había aquí, todos una cuerda de

cobardes, negociaban con los pescadores y revendían los pescados y las jaibas en Punta Hicotea. Todo funcionaba, con dificultad, pero funcionaba.

—¿Y qué pasó con esos hombres?

—Ojalá que se hayan vuelto carroña esos canallas. Dependíamos de ellos, porque los pescadores no querían nada con nosotras.

Pasó que el inútil de Domingo ayudó a escapar a los últimos cuatro hombres que quedaban y puso en riesgo todo lo que habíamos logrado. Seguro que él se iba a ir con ellos, pero se arrepintió, por el resto de consciencia que le quedaba. Menos mal, porque los pescadores no querían nada con nosotras. Si le tienen miedo a las mujeres sanas, imagínate a nosotras. Los hombres también eran pacientes del hospital, pero eran hombres. ¿Y qué hizo Domingo? Los ayudó para que se fueran en la última lancha que teníamos. Él iba a irse junto con ellos, fue él el que inventó el plan.

—Por lo menos se arrepintió.

—Arrepentido o no, perdimos la lancha y, sin lancha, no podíamos ir para altamar y pescar de verdad. Imagínate tú si la canoíta esa de él va a aguantar esas aguas. Aquí cerca solo hay jaibas, lindísimas, azules y brillantes, una criatura elegante. Pero después de la plaga de los traidores vino la plaga de los cangrejos grises, y fue entonces que las jaibas desaparecieron y, con ellas, la tranquilidad. Después tu amigo Domingo, tan servicial, tan voluntarioso, echó todo a perder definitivamente, eso fue lo que pasó. Buenas noches.

—¿Qué más hizo?

—Sofía, duérmete.

—¿Tiene que ver con los hombres de las lanchas?

—Si tu quieres ser amiga de él, puedes serlo. ¿Qué podemos hacer?

Ricarda bostezó y se recostó de nuevo, sin responderme.

—¿Y nunca vino nadie más? —intenté cambiar el tema.

—¿Me estás entrevistando? ¿Te está saliendo ahora lo periodista?

—Si usted supiera la cantidad de preguntas que tengo y que no me atrevo a hacer.

—Vinieron, vinieron. Pero no los dejamos entrar.

—¿La policía, la guardia?

—Familia.

—¿Y si era alguien queriendo recuperar a alguna de ustedes?

—Eso quedó atrás.

Más por fastidio que por ganas, Ricarda se levantó. Buscó debajo de la gaveta de su mesita de noche unas hojas amarillas que tenía escondidas junto con otros papeles viejos y fotos.

—Así será de bizarro este lugar que una loca comprometida con su locura como era tu abuela inventó leyes y el resto las aprobó casi por unanimidad, más por pereza de hacer otras propuestas que por otra cosa. Una mezcla entre campamento hippie y una reunión de condominio, pero bueno, lo cierto es que necesitábamos de ese mínimo de organización.

Eran unos pedazos recortados de un sobre tipo manila. Me las entregó con gravedad, como en una ceremonia ya sin sentido, pero ceremonia al fin.

—Por mí, te las hubiéramos dado apenas llegaste, para supieras en lo que te estabas metiendo, pero cuando Rita dice que no, es no.

Sobre tipo manila recortado y convertido en varias páginas

El mundo nos ha expelido. Eso, lejos de empequeñecernos, ha elevado la altura de nuestras conquistas. Hemos hecho de la prisión, paraíso, y esa es una victoria inapelable. En aras de preservar la

convivencia pacífica, saludable y armónica, hoy, día veintisiete de noviembre de 1994, se ha celebrado la primera asamblea de voluntad popular en Isla de Salos. De antemano, aclaramos que cualesquiera otros puntos que surjan, podrán ser discutidos y anexados en las subsiguientes asambleas de voluntad popular. Los abajo firmantes acordamos que:

CLÁUSULA PRIMERA. Cada habitante de Isla de Salos debe la más alta lealtad a sí mismo como principio irrenunciable. El compromiso que cada individuo tiene con la propia supervivencia emocional es el sustento de la supervivencia colectiva. Solo siendo leales a nosotros mismos y a la armonía alcanzada, podremos defendernos de las deslealtades con que el Afuera nos hirió.

CLÁUSULA SEGUNDA. Siempre que se considere necesario, cualquier habitante puede convocar a una reunión de consulta popular para discutir asuntos de interés común.

CLÁUSULA TERCERA. Todos y cada uno de los lugares de Salos pueden ser visitados y habitados por los pobladores. Se observará el criterio de orden de llegada para aquellos lugares que sean deseados como íntimos por más de una persona.

CLÁUSULA CUARTA. Aun cuando se acepta su naturaleza cambiante, los vínculos establecidos, a los que nos referiremos como «simbiosis», son de carácter sagrado. Las simbiosis forman parte fundamental de la sobrevivencia emocional en la isla, objetivo tan fundamental como la sobrevivencia física y de alta exigencia para la administración. En este sentido, se distinguen tres tipos de simbiosis:

a) Amistad: típica relación basada en la cooperación mutua (física y emocional), la intimidad conversacional y la ausencia de coito (observar otras formas de pagamento en caso de intercambio de favores). Una persona puede establecer vínculos de este tipo con cuantas personas quiera, respetando el secreto de intimidad conversacional con cada una de ellas.

b) Remorismo: relación establecida entre una persona sana y una persona con capacidades cognitivas y/o físicas disminuidas, que llamaremos «rémora». Se basa en la cooperación física unilateral, otorgada por la persona sana a la rémora, y cooperación emocional mutua. El grado de intimidad conversacional será establecido por los propios miembros del vínculo, al igual que la posibilidad de coito (observando las limitaciones especiales de este con relación al mutuo consentimiento y satisfacción garantizados).

c) Amor: típica relación basada en la cooperación mutua (física y emocional), la intimidad conversacional, la presencia de coito con satisfacción garantizada para ambas partes y la posibilidad de compartir habitaciones.

CLÁUSULA QUINTA. Se considera desleal intervenir en simbiosis ajenas y participar en más de una simbiosis de tipo amor. El castigo puede ir desde trabajos forzados hasta confinamiento y será estipulado en función de la voluntad popular.

CLÁUSULA SEXTA. Basta comprobar que la supervivencia emocional de una persona miembro de una simbiosis tipo amor corre peligro para que tal simbiosis sea sometida a suspensión temporal o definitiva.

CLÁUSULA SÉPTIMA. Está permitida la violencia como forma de contención de episodios problemáticos, sean estos individuales o grupales. Sin embargo, excesos considerados innecesarios serán castigados de acuerdo con la voluntad popular.

CLÁUSULA OCTAVA. Se asume como norma que las cosas buenas ocurren como premio a la integridad de carácter y a la bondad mente-sangre-corazón, pero no por eso debe concluirse que las cosas malas representen algún tipo de castigo; las cosas malas vienen del Afuera, porque el Afuera no perdona que existamos. Por este motivo, solo podrán ingresar a la isla ítems que hayan sido solicitados y aprobados en exhaustiva revisión.

CLÁUSULA NOVENA. En Isla de Salos no existe el robo como crimen. Cuando un habitante toma para sí algo que pertenece a otro

individuo o es un bien común, se da por sentado que lo repondrá en breve, sea sustituyendo el propio ítem por uno nuevo o pagando el valor equivalente en otros ítems que la colectividad convenga aceptar. En caso de que el beneficiado no informe sobre su acción o se niegue a pagar, cabrá a la voluntad popular definir un castigo. Formas de trabajo forzado prevalecerán por encima de otras puniciones.

CLÁUSULA DÉCIMA. Especial mención merecen la videoteca y la biblioteca, cuyos bienes son de uso colectivo irrefutable y bajo ninguna excusa deben ser retirados del local sin autorización de la persona encargada.

CLÁUSULA DÉCIMA PRIMERA. Es permitida cualquier actividad que los habitantes deseen ejecutar para fines de subsistencia, siempre que la misma respete las restricciones anteriores y cualquier ganancia obtenida sea distribuida entre el pueblo de la isla en partes iguales. Para ejercer la pesca, el individuo debe comprobar, sin derecho a margen de error, que tiene las habilidades pertinentes. ADENDA: Es válido el coito como forma de pago, siempre y cuando este sea de mutuo acuerdo y tienda a ser satisfactorio para todos los participantes.

CLÁUSULA DÉCIMA SEGUNDA. Es permitida cualquier actividad que los habitantes deseen ejecutar para fines de educación y recreación, siempre que la misma respete las restricciones anteriores. Para ejercer la natación, el individuo debe comprobar, sin derecho a margen de error, que tiene las habilidades pertinentes.

CLÁUSULA DÉCIMA TERCERA. En Salos se respeta la libertad de credos, sin embargo, la colectividad concuerda en designar a San Simeón Salos como patrono de la isla, santo maricón, santo de los locos y los titiriteros, representante literal de la línea de los «Locos por Cristo». Y coincide también en que sea su suplente la pobre Santa Dympna, mártir quinceañera atosigada por su maldito padre, quien resolvió casarse con ella al no encontrar mejor substituta para su difunta esposa.

CLÁUSULA DÉCIMA CUARTA. El stock es el sagrario de Isla de Salos. Sin medios ni capacidad de producción, el bienestar común

depende por entero de estas reservas. En caso de escasez, podrá negociarse cualquier mercancía con individuos del Afuera, en condiciones a ser discutidas y decididas por voluntad popular.

CLÁUSULA DÉCIMA QUINTA. En la eventualidad de que el mar presente las condiciones apropiadas, será efectuado el Festival del Agua, periodo durante el cual cada habitante tiene el deber de pescar en la modalidad que así prefiera y el derecho de disfrutar el mar, mientras haya luz solar, en cualquier tipo de actividad recreativa.

CLÁUSULA DÉCIMA SEXTA. Las visitas están prohibidas. Familiares, amigos y allegados han perdido el derecho de pisar en suelo salense y es considerado una ofensa el navegar a menos de un kilómetro de sus límites.

CLÁUSULA DÉCIMA SÉPTIMA. Visitantes de otras índoles pueden llegar a ser admitidos en función de los beneficios y/o soluciones que puedan aportar durante su estadía que, bajo ningún concepto, debe superar los treinta días. El otorgamiento o no de tal concesión será sometido a la voluntad popular.

CLÁUSULA DÉCIMA OCTAVA. Queda prohibida toda acción que delimite, marque o enfatice el paso del tiempo. En Isla de Salos hay día y noche y la semana empieza en domingo y termina en sábado, pero no hay meses ni fechas. Por tanto, no hay cumpleaños ni aniversarios y es considerado ofensivo mencionar fechas. Relojes y espejos están vetados en la isla y sus alrededores.

CLÁUSULA DÉCIMA NOVENA. Debido a incompatibilidades con legislaciones válidas en otros lugares, ningún habitante de Isla de Salos podrá salir de la isla, en observación del riesgo inminente de desalojo que sufrirían sus compañeros. La partida puede llegar a ser castigada con la muerte. La forma en la que la misma será aplicada variará conforme lo dicte la voluntad popular en cada caso.

Irse de Salos es irse del mundo.

Aída Rojo, Redactora.

02 de julio de 1994

28.

Rita me agarró desprevenida por la espalda y me amordazó. Adela me amarró las manos. Ellos eran unos diez, o doce. Parecían cien, pero eran nadie. Si quería irme ya no era ahora, irme solo había sido posible en aquel ayer en que Domingo no quiso hablar claro y decirme que se acercaba la fecha del trámite mensual al que condenó a su hija. Me dejó decidir por el sacrificio sin saber. Es válido el coito como forma de pago, siempre y cuando este haya sido de mutuo acuerdo y tienda a ser satisfactorio para todos los participantes.

Nosotras éramos cuatro: Charito, Adela, Rita y yo, la novedad que haría que esta vez la lancha viniera más cargada. Charito y Rita pusieron sábanas nuevas en los colchones tirados en el piso del depósito y, como en un ritual de autosacrificio muchas veces practicado, asumieron cada una un lecho, ridículas, sincronizadas, sordomudas. El hombre pequeñito que yo había visto con Rita aquella primera vez en el muelle, el nadie más nadie de todos, estipuló el orden y me dejó fuera del circuito porque él comenzaría por mí y me soltaría solo cuando quisiera porque eso es lo que hacen los jefes con la mercancía nueva, protocolo de prueba y aprovechamiento.

—la señora sofía sin nombre usted está aquí usted ya tiene derechos y deberes usted ya llegó —dijo Adela bajito, mientras el nadie más nadie de los nadie empezaba una lucha contra la barrera de sequía y rigidez que mi cuerpo había montado, un cuerpo inteligente guerrillero obstinado de mutuo acuerdo.

Santo es el rencor. Él me trajo hasta aquí. Santa es la venganza. Ella me

trajo hasta aquí. Santo es el castigo. Él me trajo hasta aquí. Santos son mis ovarios. Ellos me trajeron hasta aquí. Santas son mis tetas. Ellas me trajeron hasta aquí. Santa es la unanimidad. Ella me trajo hasta aquí. Santo es el abismo. Él me trajo hasta aquí. Santa es el hambre que ruge. Ella me trajo hasta aquí. Santa es la sed que pregunta. Ella me trajo hasta aquí. Santo es el odio que quiero y no puedo sentir. Él me deja estacada aquí. Santo es el perdón que llueve. Él tiene que sacarme de aquí.

Yo quería poder cerrar los ojos pero el asco no me dejaba, el asco iba varios tiempos más rápido que yo y me ordenaba que mirarse, que mirase y guardase esa imagen nada y aquellos nadies en ese rincón censurable donde guardo mi gigantesca, silenciosa y humana capacidad para la barbarie, el asco ya estaba más allá del momento de la carne y el alma y la psiquis invadidas, el asco ya estaba planeando puñaladas mutilaciones estragos plurales e irreversibles y potes de formol y colección de vergas mansas muertas maceradas y tienda a satisfactorio. Tuvo que cerrarme los ojos para seguir, pero ni el dedo tocando en mi iris fue capaz de finalizar la mirada. Falló la sábana con la que quiso cubrir mi rostro y falló su mano en contener mi grito, porque mandíbulas como la mía, entrenadas por la frustración, están siempre dispuestas a devorar manos, dientes-defensas cuya mordida ya comenzaba a dejar la sábana encharcada de sangre de nadie cuando un alboroto de ladridos rompió la transacción en esa Salos hecha de estampidas.

Era Domingo, que venía con más rabia que sangre en el cuerpo, y una jauría lista para desgarrar, pero que él dejó afuera pues el asunto no era de desgarre sino de interrupción y conversatorio porque, aunque hasta ese momento él solo hubiese sabido quedarse callado, esta vez el viejo intentó quitar de encima de mí y de encima de las muchachas tanto nadie, y los otros nadies desocupados se le fueron encima. Pero Rita le ganó y dio un espectáculo de catarsis en el que nadie se atrevió a intervenir. Todos los nadie fueron menos que nadie en ese momento en que ocurría esa cosa bestial que estaba más allá de sus cortos entendimientos de compra y venta, de polvos malucos y de mercado de quince y último. Santa Rita alzada, Santa Rita incontestable. Puño cerrado y oceánico al rostro del padre. Puño animal al corazón del respeto. Puño ancestral al pasado que llevó a ese

hombre a querer salvarme siendo que no salvó a su propia hija cuando fue ella el menú del día. Puño sobreviviente al heroísmo tardío. Un rencor de cicuta, de tortura y de descuartizamiento, que respingaba en mí. Adela y Charito intentaron separarlos, pero Domingo no lo permitió. El viejo dejó que su hija lo golpeara hasta que se cansara. Hasta que agotara, por algunos minutos, toda su falta de padre.

Vengan y lávenme con el amor que faltó aquí. Vengan y griten aquí en Salos, donde Aída fue maltratada y olvidada, pero donde también fue amada y llorada, griten que ella era una asesina. Vengan y justifiquen lo que le hicimos. Vengan a leer esto y díganme una vez más que ella era un monstruo y que no había nada que pudiéramos hacer. Vengan y díganme que fue todo por cuidarme y por cuidar de la familia, ese modelo de compañía, solidaridad y alegría que jamás hemos sido. Vengan, que les tengo una suite presidencial aquí mismito, cerca de la mía, entre el gigante ensoberbecido que murió de hambre y la puta cuidadora que es una santa puta. Visítenme aquí y conozcan el resort de olvido en el que encerraron a nuestra víctima y verduga. Vengan y pregúntenme qué hago aquí. Vengan y escuchen de mis labios que hay gente que tiene vocación de infierno, gente que no sabe qué vínculos defiende ni cuáles la definen. Ven, papá, te juro que aquí puedes seguir siendo tan invisible como eres, incluso más, aquí las muchachas te ayudan, ellas saben bien de esos no trajines porque aprendieron de los mejores cómo quedarse sordas, ciegas y mudas en sus rincones. Que venga abuelo Ignacio y vea en Domingo a su colega perdedor que no sabe desistir. Que vengan tíos, tías, primos, conocidos y allegados, que traigan los álbumes familiares porque quiero enseñarles a todos cómo se reconoce la hipocresía. Vengan, tráiganme a Franco y que vea este maratón de horrores. Vengan y prostituyan, como hacen desde siempre, a Santa Rita Quinceañera, que no pudo bailar su vals. Ven ahora, mamá, tú, que tal vez viniste antes. Ven francotiradora. Ven antiséptica. Ven cauterizadora. Ven a limpiarme ahora esta suciedad infinita de la que tu silencio me advirtió. Ven y lávame este cuerpo tan mal usado. Ven y trae contigo un aguacero de agua bendita que me desinfecte la memoria.

—Si todavía te arde, tenemos sábila. Pídele a Herminia.

A mi lado, Rita tomaba baño. Intentaba silenciar pequeños quejidos cuando el jabón tocaba los aruñazos que le dejó la pelea con Domingo.

—¿Por qué me hicieron esto?

Rita me compartió el jabón, sin decir nada. Había que limpiarse las entrañas, limpiarse mucho y limpiarse bien, después de la transacción.

—Dijiste que querías vivir como había vivido Aída.

—Quieres que yo sea un chivo expiatorio, eso sí.

—Así vivió ella. Así le tocó vivir a ella.

—¿Y ahora sí me gané el derecho a estar aquí?

—No seas insolente, Sofía, tú estás de paseo, actuando una película, esperando que te vengan a rescatar. Tú con veinte estabas terminando la universidad. Yo con veinte aprendí a distinguir las maticas que servían para aplacar el hambre de las que apenas servían para largar garganta y culo entre vómitos y diarreas. Si yo hubiera huido, mi vida hubiera sido otra, sería médico, de las más brillantes, yo que te lo digo. Pero mi vida no podía ser otra, mi vida era esta. Tú hablas de merecer estar aquí, como si fuera un logro. Nadie jamás merecería esto, muchacha bruta. ¿No te das cuenta? Tu visita no tiene el menor mérito.

—¿Tanta cosa, tanta y tan difícil, y todavía no me reconoces nada? Santa Rita, Santa Rita, lo que se da, no se quita.

—Difícil es quedar con hambre tres veces al día. Difícil es que la gente se te muera y la tengas que echar al mar, porque quisiste, intentaste con todo lo que dio, abrir una fosa en esta piedra desgraciada, intentaste hasta casi largar los brazos, y a la piedra no se le hizo un rasguño. Difícil es que el médano traidor te haga creer que se tragó el cuerpo y que dos vienticos después, ahí esté la ruina,

descubierta. Difícil es ver ese bulto que ya no se parece a tu madre flotando en el agua y querer que la corriente se lo lleve y que la malparida corriente lo traiga de vuelta en un nudo de algas. Difícil es no saber si Aída la quiso matar o si ella quería morirse. Difícil es apechugar. Lávate ese chocho sin dramas, que una cogida una vez por mes no es nada. Y ni como cogida cuenta porque llegó el héroe. A mí nunca nadie me salvó. Conmigo sí que saben ser brutos. Conmigo son unos mastodontes. ¿Santa Rita? Santa Rita decide lo que pone y lo que quita.

¿Por qué me hicieron esto? Porque llegué tarde. Porque mi historia se debería parecer a la de Rita y no. Ella nació en un manicomio y es fiel a él. Le conoció las entrañas. Resistió. Ella cuidó a mi abuela. La vio llorar por nosotros. La vio desearnos la muerte, en este plural que de repente parece mi parentesco hablando por mí. Ella escuchó su teoría mil veces y faltó poco para convencerse. Ella vio cómo, poco a poco, mi abuela Aída llevaba a su madre a la muerte.

La vida en las islas

John Sparks, 1978

Texto original del libro tachado.

Anotaciones a mano entre las líneas tachadas

15/04/1996

Rita es fuerte y va a dejarse las uñas en esta piedra si es necesario para cuidar a las muchachas. Rita sabe de mi gratitud. Ella sabe. Si alguien ha descubierto cómo existir y que esa existencia tenga algún sentido, es ella. Porque sabe que en ningún lugar del planeta su presencia será tan hermosa como lo es en Salos. Ella va a regalarle su vida a «sus muchachas», como le dio por llamarnos cuando era una niñita corriendo por todos los rincones de la isla. De esta isla que es comienzo y fin de su mundo.

Rita, yo invito a tu madre. Yo me llevo a Esther conmigo. Porque ella está en cualquier lugar, menos aquí. Ella tiene su espacito allá. Yo llego sin la Sirena, pero llego con ella. Y allá la quieren a ella. Con ella, ellos me dejan entrar.

Si quieren ceremonia, hará falta alguna flor. De plástico o de madera de mangle. De las que tiene la gorda Guna en su cuarto. Pido apenas una oración, unas palabras, alguna solemnidad. A.

29.

Él aguantaba, estoico, mientras yo lloraba por los dos. Aunque quisiera, no podía parar. Algo, la humillación, tal vez, me comandaba sin que yo pudiera hacer nada al respecto. Aun si yo pudiera engañarme la mente con distracciones, mi cuerpo seguiría temblando, somatizando la abyección. Domingo tenía la cara reventada, el arco de la ceja derecha estaba tan hinchado que casi le cerraba el ojo, una bola de color rojo violencia.

—Domingo, yo creo que te va a tener que ver un médico —dije, mientras le limpiaba las heridas con las tres miserables gasas que Rita mandó.

Bastó su silencio para que yo repensara mi impertinencia.

—Disculpe. Después le pregunto a Herminia si tienen algún analgésico, un antiinflamatorio.

—Ni pregunte nada. Pasa rápido.

Recostó en la cama su cuerpo magullado y lento, tranquilo como si cada segundo de dolor lo aproximara más a la posibilidad de la reconciliación. Enjuagué las gasas ensangrentadas y, cuando quise seguir la cura, Domingo me rehuyó y se dio vuelta en la cama. Cuando ya me disponía a salir, empezó a hablar.

—Es tanta rabia junta que cuando explota salpica a todo el mundo,

muchacha. Perdone a Rita. Y perdóneme a mí, que soy el culpable de todo esto.

—Yo no me puedo ir de aquí sin entender lo que pasó.

—Ay, mija, había que estar aquí, ya te dije.

—Había que estar y no estuve, pero estoy ahora y creo que merezco una respuesta.

Me acerqué en la expectativa de que se volteara para continuar hablando, pero eso no ocurrió. O se desahogaba o me miraba: no había cómo conciliar ambas tensiones.

—Estábamos ya casi pasando hambre. Intentamos pescar y que los pescadores revendieran en el pueblo lo poco que sacábamos, pero no funcionó. Ellos hasta trataban, pero, para poder ganarle algo, tenían que ponerlo más caro y no se vendía. No hubo opción, tuvimos que negociar con esos hijos de puta traficantes.

—¿Traficantes?

—Es lo que más hay por estos lados, mija. Esos mierdas son los dueños de todo. Usan todas estas islas para hacer sus marramucias. Teníamos varios días estirando las últimas caraotas, cuando esos zamuros se aparecieron por aquí ofreciendo un préstamo. Rita no quería, pero Aída y yo insistimos. Y ahora aquí ellos guardan sus basuras y de ñapa matan la cachuera.

—Pero ¿cómo llegaron a ese punto, Domingo?

—Por culpa ese mar que no dio más jaibas desde que los cangrejos malparidos comenzaron a aparecer, la deuda creció, y creció, y ellos pues cobraron con lo único que había en esta isla. Aída hizo el acuerdo y no dejó que ninguna de las mujeres se negara. Yo creo que ella pensaba que iba a ser más fácil, pero no tardó mucho en joderse la cabeza de tanto asco y salir pidiendo perdones.

Aída Rojo, Redactora. Aída Rojo, que había sabido ponerlo en papel, había sabido también abrir las piernas en aquellos mismos colchones. Aída Rojo pactó ese festín de abusos.

—Gracias por defenderme, Domingo.

Él asintió, pero no dijo una palabra. Lo arropé con una sabanita transparente de tan vieja, de ese beige unánime al que llegan todos los colores antes de morir.

—¿Seguro que no quiere que me quede?

Y como no hubo respuesta, me hice lugar entre los perros, que esa noche no pelearon ni cogieron.

30.

Adela y Herminia no pasaron de la puerta ni intentaron detenerme. Cuando percibí que habían llegado, me dio la sensación de que estaban ahí hacía tiempo, viéndome sin saber qué hacer. Debían pensar que, después de lo que me hicieron, yo tenía derecho al desahogo o a lo que fuera que estuviera haciendo.

—¿Quieres que te ayudemos en algo? —preguntó Herminia.

—limpiar barrer dibujar polvo hoy huele a lluvia pero hay sol a los perros no les gusta cuando llueve domingo no quiso salir a no pescar los perros tampoco la señora sofía está encerrada porque está brava está triste está como guna cuando la beso —le dijo Adela a Herminia, y me sonó tan triste que me sacó por un momento de mi frenesí.

—Pueden guardar esos que están en el piso.

Ellas bajaron la cabeza y se concentraron en organizar los libros. El trabajo de búsqueda que durante dos semanas mantuve en secreto era ahora un desorden de pilas de libros por todas partes. Había terminado de revisar los libros de literatura y no había encontrado ningún texto de mi abuela, ni siquiera un garabatico indeciso, sobre los días más terribles. Parecía que había concentrado todos sus esfuerzos en aquel código-sentencia que parecía más una broma de mal gusto que un código de conducta en ese lugar donde la única regla real era aprender a recibir coñazos.

Pero yo no me conformaba con eso y, sin nada más a perder, ni siquiera mi cuerpo, dirigí toda mi furia a completar el rompecabezas de mi abuela. No hubo libro que no pasara por mi lupa. Sentada encima de una mesa y rodeada por una muralla revuelta de ciencias exactas y humanidades, descubrí la carta. Un papel que daba la impresión de deshacerse un poco más a cada línea leída y, con él, los argumentos que durante toda mi historia

sostuvieron el juicio contra mi madre. Adela y Herminia me vieron llorar sin atreverse a preguntar nada.

Yo no tenía esperanzas de encontrar las cartas que mi abuela, según Ricarda, recibía. Imaginaba que, si hasta los instrumentos de pintura habían ido a dar al mar, las cartas habían tenido fines de papel higiénico, como mínimo. Pero lo cierto era que, guardada en La pintura flamenca, justo entre El jardín de las delicias y La torre de Babel, estaba la única carta que ella había guardado. El libro injerto que yo estaba haciendo con todas las páginas en que encontré anotaciones de mi abuela y que arranqué sin pena de los libros ganó un capítulo inédito, el capítulo que me permitía la tregua. Entre el edén convertido en infierno y el comienzo de los diálogos imposibles, mi madre intentaba, con genuina torpeza, acercarse. Y mi abuela la expelía, con el beneplácito de el Bosco y el Viejo.

La pintura flamenca:

de Jerónimo Bosch a Rubens

Skira Carroggio, 1977

Carta con anotaciones en los márgenes y entre las líneas. El uso de diversos colores de tinta de bolígrafo hace suponer que fueron hechas en fechas diferentes

Maracaibo, 13 de junio de 1985.

Mamá,

Espero que estés bien, cada día mejor.

En las cartas hablas de ti, de tus viajes, de tu trabajo. Y aun así esperas que te responda. ¿A quién habrás salido tan egoísta? No me preguntas cómo estoy, te conformas con desear que yo esté bien y

me estén cuidando. Te da miedo preguntar. Pero te aguantas el miedo.

Algo me dice que tú sí lees mis cartas y decides no responderme. Yo no sé escribir cosas bonitas, soy tosca, directa. Tú lo sabes mejor que yo.

Todavía no estoy lista para verte. Creo que, por el bien de las dos, es lo mejor. La rabia es muy grande y no quiero confundirte más. Tengo miedo de herirte. Mi odio es hacia esa otra mujer que tomó tu lugar y te empujó a hacer esas barbaridades. Pero yo sé que abajo de ella, o dentro de ella, no sé ni cómo decirlo, aún estás tú.

Esta carta la mantengo conmigo como prueba de nuestra distancia. La única en que fuiste sincera, aunque te equivocaras. Creías que yo, la verdadera, era aquella otra tonta que no sabía de nada, pero yo soy yo, esta nueva que sabe lo que tú nunca podrás soñar, porque eres lerda, eres superficial, eres tan básica que a veces dudo que yo sea tu madre.

Yo sé que no eres tú. Expulsa ese demonio y vuelve con nosotros. Mi rabia va a pasar cuando te vea libre de él. Sé que estás luchando allá. Sé que vas a escogernos a nosotros.

Te amo, mamá. Creo que nunca te lo había dicho. Sé que nos necesitas y que quisieras estar aquí, pero antes necesitas curarte.

No me quiero curar porque no sé cuál es mi enfermedad, si ella o ustedes. Lo único que todo esto ha comprobado es que Ino tiene razón. Ustedes son mis enemigos.

Estamos rezando mucho por ti. Tía Fátima nos recomendó rezarle a Santa Dympna, que es especial para tu condición. Por si te interesa, aquí te mando una oración:

A ti recurro, querida virgen y mártir, confiando en tu poder con Dios y tu buena voluntad para coger mi causa entre tus manos. Alabo y bendigo al Señor por ofrecerte a ti como patrona de quienes padecen problemas emocionales y nerviosos. Confío firmemente que por medio de tu intercesión Él me devolverá mi serenidad perdida y la paz mental. Quiera Él hablar a mi corazón y asegurarme: «Mi paz te doy. No dejes que tu corazón se preocupe ni tenga miedo».

Ruega por mí, querida Santa Dympna.

Amén.

P.D.: Papá está desolado. Intenta ponerte buena rápido.

Tu padre está desolado, ajá. Manda regalos y más regalos, pero es incapaz de venir. Tan desolado no estará.

Taís.

Mi deseo más grande en estos últimos días es verte morir de orfandad. Morir de darte cuenta de que en los genes míos que te tocaron no cupo nada de esta sabiduría, ni de este talento, ni de esta belleza que es ser una Centinela de Mar.

Estoy convencida de que del Adentro me mandan estos sueños contigo solo para atizarme el odio. Tú, chiquita, pegando esos gritos insoportables.

Taís, tanto tiempo, ya no sé cuánto, y tu nombre todavía me deja con este mal gusto en la boca. Si tuviera que enviarte algo, te enviaría este párrafo.

31.

El criterio de escoger los libros cuyo título incluyera alguna alusión marítima tenía esa única excepción. Leyendo, entendí el motivo: a diferencia de todos los otros escritos, en este, yo no era el destinatario. Ella no quería que yo combinara a la Aída Rojo, madre atroz, con la Aída Rojo, abuela salvadora de Sirenas.

Si en esa carta era ella o la enfermedad hablando, nunca lo sabré. Salos no me dio ninguna respuesta, pero amplió mis dudas al punto de que ahora mi madre cabe entre ellas. En su silencio de todos estos años, cupieron visitas rechazadas, cartas nunca respondidas e intentos de acercamiento fallidos de los que ella me protegía y yo, al margen de todo, opté por ver un egoísmo compacto en esos vacíos que ella acorazaba. Desde lo alto de mi juicio pueril, fue más fácil ponerle a ella la etiqueta de antagonista —aprendí con la doctora Sandra— y explicar toda la mutilación que ella le hizo a mi ingenio a partir de esa aura de villanía maniqueísta, de la que mi madre nunca se hubiera librado si no fuera por mi viaje o mi fuga, por ese crucero aun tan turístico a los territorios del accidente.

Mi abuela se me ensució de humanidad. Mi madre se sacudió un tanto la barbarie. ¿Cómo se odia a una madre? De la misma manera en que se odia a una hija. Y esa manera es ninguna, porque dentro del supuesto odio, lo que hay es carencia y ansia; unas ganas inconmensurables de reparación.

La enfermedad de Aída no era el encantamiento ni la percepción aguzada ni la creatividad en explosión. Tampoco era un demonio poseyéndola desde adentro ni el abandonarse a ficciones desbordantes. La enfermedad era un abismo ganándote, abuela, y nosotros no sabiendo construir puentes.

32.

Me desperté asustada en medio de tanto escándalo que armaron cuando Santa Rita Yemayá se asomó por la ventana y decretó:

—¡Despertando, pues, que hoy hay Festival del Agua!

Y veintitrés mujeres y un hombre adolorido contribuyeron con festejos bullangueros desde todos los puntos habitados de la isla. Entre septiembre y noviembre, me había dicho Domingo, ocurrían esas raras brechas de paz en aquellas aguas que el resto del tiempo eran feroces como pocas.

Era una cosa bonita de ver, el mar sereno y bajito lleno de mujeres con arpones y sacos al hombro que parecían vivos de tantos pescados rebeldes que tenían dentro. Adela hacía que pescaba cuando en realidad jugaba con Alcira, a quien el agua parecía calmarle los tics.

Guna, Rita y María, sentadas desnudas e inmóviles en la orilla, todas blancas y de pelos negros, tenían algo de tótem prehistórico, una colección de Venuses ya no de Milo ni de Willendorf, sino de ese cachito de tierra enmudecida que flotaba en el Atlántico y de cuyo nombre pocos se acordaban.

Charito y Herminia estaban lejos del grupo, en la lanchita de Domingo, y yo por momentos tenía la firme certeza de que el mayor espectáculo del día sería verlas desaparecer como antes no tuvieron el coraje de hacerlo.

—No pierdas el tiempo apostando que no vuelven —me dijo Ricarda. La voluntaria de Salos estaba tirada al sol en pantaletas y sostenes, como yo y otras varias inútiles. De tan blanco, su cuerpo rebotaba el solazo como un espejo y ella parecía disfrutar de ver los rostros encandilados de quienes se acercaban.

—Yo no estoy apostando nada —dije, cubriéndome los ojos.

—Yo tampoco —retrucó con una sonrisita irónica.

—¿Cómo es que todo el mundo trabaja y usted siempre está descansando?

—¿Descansando? Mis trabajos son otros, Sofía. ¿No te acuerdas de cómo te descubrí?

—Labores de inteligencia.

—De espías.

—Usted no sabe pescar, apuesto.

—No me gustan las mentiras. Con peces o sin peces, con jaibas o sin ellas, aquí las cosas no van a cambiar.

El Festival del Agua, desde la deuda con nadie, era un teatro de independencia. Durante pocos días, el mar como que se cansaba de bregar y les ofrecía la felicidad de no necesitar de nadie para poner comida en un plato, un intervalo en el que Charito y Herminia, cada vez más lejos, coqueteaban con ultramares.

—¿Y si se fueran?

—¿Ah?

—Herminia y Charito.

—Aquí la única que está pensando en irse eres tú, Sofía. Y ya vas tarde.

Mi espía se equivocaba, era muy temprano todavía. Domingo había convencido a Igor de esperarme en el manglar al atardecer. ¿Cómo podría quedarme, para qué? Yo no tenía lo que ellas tenían, yo no arronzaba conmigo ese currículo de sufrimiento y nunca lo haría. Ni yo ni nadie teníamos por qué hacerlo. Mi permanencia no tenía otro efecto en ellas que no fuera el constante recordar aquello que solo merecían olvidar. En Salos no encontré lo yo buscaba, pero sí hubo el sacudón, la bofetada, el ojo abierto, el sudor, la piedra en la mano, las ganas de vivir en demasía que yo necesitaba. No había nada más que robarles a las muchachas ni más nada que ofrecerles de mí. Yo debía dejar de inventar vidas posibles en reductos ajenos. Completas las palabras sueltas de esa Aída Rojo, ahora des sublimada, restaba apurarme, cortar ese túnel hambriento entre nosotras y nuestros rencores de Hijas, miopes por naturaleza y juezas por antonomasia, y volver a cuando las preguntas no tenían

respuestas y la vida era buscar.

El violáceo del cielo nos agarró a todas echadas en la arena, como una fila de plátanos maduros asándose para alimentar a una familia entera. Cuando me levanté, demoré guardando aquellos rostros en mi despedida de hasta nunca, con la excusa de sacudirme la arena. Quise creer que no tardaría para que legiones de jaibas, las mismas que habían perdido el territorio en la lucha contra los cangrejos invasores, volviesen de repente como un resarcimiento portentoso. Miles de vencedoras improbables, heroínas de la isla, infestando la orilla con la noticia de su abundancia; la buena noticia que nosotras, Sofía, Sirena, Raquel, queríamos haber dado.

—Saludos a todos por allá —murmuró Ricarda, mientras Adela rompía filas y se lanzaba de nuevo al mar, contagiando a las otras muchachas ancianas, escandalosas en su alegría como cualquier otra marabunta de mujeres en este trópico disparate.

Me escabullí con supuesto éxito y un nudo que me apretaba no solo garganta, sino también lengua, amígdalas, cuerdas vocales, esófago, pulmones. Y ella, que de esos nudos sabía todos los secretos, llegó más rápido que yo a la habitación.

—Te estás yendo y todavía crees que somos estúpidas.

—Rita, tú misma te cansaste de repetir y de demostrar que yo no debería estar aquí.

—Exacto. Y aún tienes las agallas de creer que puedes irte sin que sepamos.

—Quería evitar alboroto.

—Le dije a Igor que viniera al muelle de los almacenes, para que no tengas que llegar a donde vayas con los pies encharcados de barro de mangle.

Ella se levantó de la cama y se sacó del bolsillo una hoja. Al instante reconocí que era una de las páginas escritas por mi abuela y vi todos mis esfuerzos valer nada.

—Jodiste un poco de libros.

—Y me estoy yendo jodida también —reclamé.

—Yo sé. Por eso vamos a asumir que estamos pagas.

—¿Dónde está el libro?

—Donde mismo lo dejaste, en el fondo de la gaveta. Pero esta hoja se queda conmigo. Es sobre mi madre y ya de esta isla se fue todo lo que se iba a ir de ella. Yo me llevo a Esther conmigo. Porque ella está en cualquier lugar, menos aquí.

—Justo.

Busqué el libro y lo revisé.

—Está todo ahí.

Bajo la mirada de Rita, triste, para mi sorpresa, guardé en la maleta las tres cosas que sobraron de todo mi equipaje inicial y que ya estaban organizadas debajo de la cama, listas para la fuga.

—¿Te puedo dar un consejo?

—Siempre y cuando sea un consejo y no una orden.

Nos reímos, cómplices inéditas.

—Piensa bien si quieres que tu madre lo lea.

Santa Rita Cancerbera me dio una para siempre insuficiente palmadita en la espalda y se fue.

Regreso al mar

Rodolfo José Morán, 1980

Anotaciones en los alrededores de una página

que contiene este poema en prosa titulado Dulce Naufragio,

todo subrayado y circulado con un trazo grueso y nervioso

Aquí estoy. Tengo conciencia de que desciendo, lentamente, suavemente. Sé que estoy siendo aspirado, succionado hacia abajo. Hacia el dulce abismo. Abismo submarino insondable de impoluto lapislázuli. Aún no lo veo, pero trasciende hasta mi mente todo el cortinaje de sus algas doradas, follajes azules y selvas rosadas; todo el volumen de su lecho argentino, espumoso y tierno. Arriba se aleja la superficie, superficie pasado con su aire pedregoso, de trabajoso respirar. Descendiente en las aguas sedantes. No sé si respiro, pero eso ya no importa. En mi alrededor bulle el plancton en fosforescentes muestras de regocijo por mi llegada, al parecer, definitiva. Una coreografía de peces azules me da una calurosa bienvenida. Sobrellevo mi cuerpo con una ingravidez casi soporífera, pletórica de bienestar. No hay sonidos, pero hasta mi mente llega el arrullo mimoso de una formación de calamares de exactitud militar, que me miran jubilosos. Sigo bajando. A mi derecha, una muralla. La voy recorriendo. Orgía de colores mientras floto hacia abajo. Dorados sublimes de los corales, como palmas. Azules hidrógenos de las algas, como cafetos. Púrpuras imposibles de las esponjas, como el éter. Desde una oquedad, los ojos felices de una manada de cangrejos que celebran alborozados mi marcha hacia el sino, con el cositeo crepitante de su aplauso. Lentamente voy sintiendo que mi cuerpo gana calor. Toda mi piel se sensibiliza al máximo. Creo que falta poco para llegar.

29/04/1996

Ino dice que este Sireno fue solito al Adentro y volvió. Una y dos. Y dos y tres veces. Hasta rescatar a varias otras criaturas que querían ir junto con él al Adentro, de tanto y tan bien que él supo contar nuestro mundo. Lo mismo haré yo. Por mi Sirena, pero también por Taís y por Ignacio. Porque allá Adentro no cabe el rencor que dejé crecer. Cuando me recupere, comenzaré el rescate de ustedes.

¿Cómo reciben a los suicidas en el Adentro? Igual que a cualquier otro. Ino dice que estaremos algunos momentos en proceso de

transformación. Bajando, bajando. Y cuando terminemos de deshilacharnos camino al Adentro, seremos transparentes. Tendremos algo de aguamala. De noche subiremos a la superficie. Seremos como noctilucas, algo se nos encenderá dentro a todos los que llegamos fracasados. Y se nos agradecerá el esfuerzo, con o sin Sirena. Algo se nos encenderá, a todos por igual. La paz de la alegría completa.

Allá no extrañaré. Allá me esperan mejores versiones de mí y de ustedes. A.

33.

¿Cómo se odia una madre? Que alguien me diga, mamá, porque yo te amo de más, a pesar de tu maternidad burocrática, y lo único que quiero ahora es perdonarnos. Ve, broncéate las tetas con tu topless solitario en Cancún, pero acepta que eres triste. Puedes jugar canasta toda la noche, pero grita por ayuda cuando nadie esté viendo. Puedes pisar la arena, nadar un kilómetro diario, irritarte la nariz cuando inspires agua salada sin querer, puedes tener sal seca en los dobleces de la oreja, pero nunca perdonarás al mar, mamá, hasta que yo lo pacifique para ti.

¿Cómo era que te llamabas? ¿Existías? Te desvivo, extraña; al no recordarte, no te doy a luz sino a oscuridad. Te quito la condición de hija, esa que tanto te duele. Te relevo de ser madre, eso que no supiste hacer. Por el ansia de sanar, hagamos de cuenta que nunca coexistimos y exoneremos a Aída Rojo de esa función de fardo que tanto nos hunde. Ya no sé a quién le estoy hablando. A un parentesco tenue, quizás, a una foto amarillenta. El nombre de aquella no madre no cabe en mi memoria. Por eso te bautizo como libre de pasado. Nos perdono.

Llego a tu puerta y la toco. Escucho ladrar al perro del vecino que yo no conozco porque nunca te visito. Tus tacones irritantes, como pasó a ser todo en ti, percuten en la escalera. Quiero proponerte

horas gentiles, señora extraña. Quiero pedirte que leamos juntas, una y otra vez, hasta contagiarnos de mundo, este libro-oportunidad. Que inventemos un nuevo sosiego y aprendamos a repararnos.

El sonido de la llave entrando en la cerradura me alebresta los poros, los colores, las pupilas, y yo nada puedo hacer. Soy este cuerpo agotado y bronceado de inclemencia, pero al fin despierto. Soy lo que restó y eso es suficiente para aprender a crecer. Yo sabré hacerme Sirena y construiré portales donde no haya, para llevarte conmigo y reclamar nuestro derecho a la alegría completa.

Abres la puerta y yo soy este silencio por primera vez amable. Lo único que mi cuerpo y yo hacemos es abrazarnos a ti como no lo hacíamos desde los tiempos heridos. Y ambas sabemos, mamá, que este es un pacto de comienzo de mundo.

****

Los Continentes del Adentro

terminó de digitalizarse en las oficinas

de Ménades Editorial entre el 15 de abril,

día de la amiga y hermana en los Continentes del Adentro,

y el 20 de abril, día de la Madre Tierra

en los Continentes del Afuera

****